Duke University Library
JAN 6 1949
Durham, N. C.

Revista Iberoamericana

Organo del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana

HOMENAJE A SANIN CANO

Volumen XIII | Febrero de 1948 | Número 26

XUM

Latin-American Folklore

Arena, L. Prado Celeste. Leyendas de flores. Ill. B. A., 1944. $ 4.75

Arias, J. de D. Folklore Santandereano. Vol. I. Bucaramanga n. d. 1.50

Baucke, F. Iconografía Colonial Rioplatense 1749-1767. B. A., 1935. 12.75

Cabrera, A. S. Rutas de América. El folklore. La música. La historia. La leyenda. Las costumbres. B. A., 1941. 2.10

Cimorra, C. El Cante Jondo. Origen y realidad folklórica. B. A., 1943. 1.20

Coll y Toste, C. Tradiciones y Leyendas Puertorriqueñas. 2 vols. Barcelona n. d. 3.00

Coni, E. A. El Gaucho. Argentina. Brasil. Uruguay. B. A., 1945. 1.80

Flury, L. Tradiciones, Leyendas y Vida de los Indios del Norte. B. A., 1945. .75

Fogón de las Tradiciones. (Bibl. Pampa Argentina.) 2 vols. B. A., 1945. 2.50

Granada, D. Supersticiones del Río de la Plata. B. A., 1947. 9.00

Gudino Kramer, L. Médicos, Magos y Curanderos. B. A., 1945. .75

Guinasso, L. M. Uruguay, Tibia Arcadia. Montevideo, 1945. 1.25

Imbelloni, J. Concepto y Práctica del Folklore como Ciencia. B. A., 1943. 2.10

Inchauspe, P. Voces y Costumbres del Campo Argentino. B. A., 1942. 1.80

Monsalve Pozo, L. El Indio. Cuestiones de su vida y su pasión. Cuenca, 1943. 3.00

Morales, E. Leyendas Guaraníes. Xilografías. B. A., 1946. 6.00

Rincón Gallardo, C. El Libro del Charro Mexicano. Ill. México, 1946. 7.00

Rosado Vega, L. El Alma Misteriosa del Mayab. Tradiciones, Leyendas y Consejas. México, 1934. .90

Rosenblat, A. La Población Indígena de América. Desde 1492 hasta la actualidad. B. A., 1945. 10.00

Saubidet, T. Vocabulario y Refranero Criollo. Ill. in color. B. A., 1945. 8.00

Silva Valdés, F. Leyendas, Tradiciones y Costumbres Uruguayas. Montevideo, 1936. .90

Valcárcel, L. E. Ruta Cultural del Perú. México, 1946. 1.40

Verger, P. Fiestas y Danzas en el Cuzco y en los Andes. Profusely ill. B. A., 1945. 6.00

STECHERT-HAFNER, INC.

31 East 10th Street. New York 3, N. Y.

MEMBERS AND SUBSCRIBERS

THE *Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana* was organized in 1938 in order to advance the study of Iberoamerican Literature, and to intensify cultural relations among the peoples of the Americas.

To this end, the Institute publishes the REVISTA IBEROAMERICANA, on the 15th day of the months of February, June and October of each year and it maintains Standing Committees to facilitate: the coordination of linguistic and literary research; the promotion of cultural relations; the creation of chairs of Iberoamerican Literature in the United States, and of chairs of North American Literature in Iberoamerica; and the printing of notable books by Iberoamerican authors —in their original languages and in English translation—, and of works of erudition and text books for teaching.

Members of the Institute meet every two or three years, and are of two categories: regular members who pay $4.00 a year, and *Patron Members* who pay a minimum of $10.00 a year.

Institutions such as universities, colleges and libraries will become subscribers (at $4.00 a year), or *Subscribing Patrons* (at a minimum of $10.00 a year) without holding membership in either case.

Regular members and suscribers receive the incoming issues of the REVISTA IBEROAMERICANA free, but *Patrons* (whether *Members* or *Subscribers*) receive in addition all the incoming publications of the Institute, such as the CLASICOS DE AMERICA, the MEMORIAS of the Congresses, etc., and their names will be printed in the REVISTA IBEROAMERICANA at the end of the year.

NOTICE

We hope that you will become a member of the Institute, and if you cannot become one of its *Patrons* we urge that you obtain a *Patron Subscription* for your school library, which then will receive the full cultural benefit of our publications. Let us count upon your cooperation.

Name of regular member or subscriber ($4.00) .....

.....

Name of Patron Member or Subscriber ($10.00, minimum) .....

.....

Address in full .....

Please make your checks payable to the *Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana* and mail your dues to Dr. Martin E. Erickson, Treasurer, — Louisiana State University, Baton Rouge, La., *the only person with whon you are to deal in matters relating to the circulation and distribution of all the publications of the Institute.*

SOCIOS Y SUSCRITORES

EL *Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana* se organizó en 1938 con el fin de adelantar el estudio de la Literatura Iberoamericana, e intensificar las relaciones culturales entre todos los pueblos de América.

Con este fin, el Instituto publica la REVISTA IBEROAMERICANA, cada cuatro meses, en los de febrero, junio y octubre, y mantiene Comisiones Permanentes encargadas de facilitar: la coordinación de investigaciones lingüísticas y literarias; el intercambio cultural; la creación de cátedras de Literatura Iberoamericana en los Estados Unidos, y la de cátedras de Literatura Angloamericana en Iberoamérica; y la publicación de obras notables de autores iberoamericanos —en el idioma original y en traducción inglesa—, y la de obras de erudición y textos de enseñanza.

Los socios del Instituto se reúnen en Congresos cada dos o tres años, y son de dos categorías: el socio de número, cuya cuota anual es de *cuatro dólares* en los Estados Unidos y de sólo *dos dólares* en los demás países; y el *Socio Protector*, cuya cuota mínima es de *diez dólares* al año.

Las bibliotecas, colegios, universidades y demás instituciones que, sin ser socios, sí favorecen al Instituto, son de dos categorías: el suscritor corriente, cuya cuota anual es de *cuatro dólares* en los Estados Unidos y de sólo *dos dólares* en los demás países; y el *Suscritor Protector*, cuya cuota mínima es de *diez dólares* al año.

La REVISTA IBEROAMERICANA se sirve gratuitamente a los socios de número y a los suscritores corrientes del Instituto, pero tanto los *Socios Protectores* como los *Suscritores Protectores* reciben, además de la revista, las demás publicaciones que vayan saliendo, tales como los CLASICOS DE AMERICA y las MEMORIAS, y sus nombres se publican en la REVISTA IBEROAMERICANA al fin de cada año.

ADVERTENCIA

El Instituto invita encarecidamente a quienes simpaticen con los fines que persigue, a que se hagan cuanto antes, ora socios, ora Protectores de él. Quienes así lo apoyen deben enviar su cuota anual, *por adelantado*, en forma de giro postal o bancario pagadero al Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana y por conducto del Dr. Martin E. Erickson, Tesorero —Louisiana State University, Baton Rouge, La.—, *que es la única persona encargada de la circulación y la distribución de las publicaciones del Instituto.* De la venta de la Revista, en la República Mexicana y demás países iberoamericanos, está encargada la librería Andrés Botas, Justo Sierra 52, México, D. F.

La REVISTA IBEROAMERICANA establecerá el canje con otras publicaciones análogas cuando así lo soliciten por escrito, y *siempre y cuando el canje se haga por el conducto único de su Director Literario, Dr. Julio Jiménez Rueda, Puebla 394, México, D. F.*

Revista Iberoamericana

Organo del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana

Publicación a cargo de:

Julio Jiménez Rueda: Director Literario
Puebla Nº 394, México, D. F.

Francisco Monterde: Director Técnico
Universidad Nacional de México, México, D. F.

Coeditores:

John E. Englekirk
Tulane University
New Orleans, La.

Sturgis E. Leavitt
University of North Carolina
Chapel Hill, N. C.

Carlos García-Prada
University of Washington
Seattle 5, Wash.

A. Torres-Rioseco
University of California
Berkeley, Calif.

E. Herman Hespelt
(Sección de Anuncios)
New York University
New York, N. Y.

XUM

Mesa Directiva del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana

PRESIDENTE

Arturo Torres-Rioseco, University of California, Berkeley, Cal.

VICEPRESIDENTES

J. R. Spell, University of Texas, Austin, Texas.
Raimundo Lazo, Universidad de La Habana, La Habana, Cuba.
Mariano Picón-Salas, Embajada de Venezuela, Washington, D. C.

SECRETARIO

John A. Thompson
Louisiana State University
Baton Rouge, La.

TESORERO

Martin E. Erickson
Louisiana State University
Baton Rouge, La.

DIRECTOR DE PUBLICACIONES

Julio Jiménez Rueda
Puebla 394, México, D. F.

DELEGADOS

Miguel N. Lira, *México*; L. E. Nieto Caballero, *Colombia*; Arturo Uslar Pietri, *Venezuela*; Augusto Arias y Abel Romeo Castilla, *Ecuador*; Estuardo Núñez, *Perú*; Fernando Díez de Medina, *Bolivia*; Alberto Zum Felde, *Uruguay*; Cecilia Meireles y William Berrien, *Brasil*; Raimundo Lida, *Argentina*; Raúl Silva Castro, *Chile*; David Vela, *Nicaragua*; Catalino Arrocha, *Panamá*.

COMISIONES PERMANENTES

I. Sección de Coordinación de Investigaciones Lingüísticas y Literarias:
Presidente: E. K. Mapes, State University of Iowa, Iowa City, Ia. Vocales: L. B. Kiddle, Julio Jiménez Rueda, Eduardo Neale Silva, Raúl Silva Castro.

II. Sección de Bibliografías:
Presidente: Ernest A. Moore, University of North Carolina, Chapel Hill, N. C. Vocales: Madaline Nichols, Ralph Warner, Fermín Peraza Sarausa, C. K. Jones.

III. Sección General de Publicaciones:
Director: Julio Jiménez Rueda, Puebla 394, México, D. F. Vocales: Sturgis E. Leavitt, Angel Flores, L. B. Kiddle, John E. Englekirk.

SUBCOMISIONES

Revista Iberoamericana, Julio Jiménez Rueda, Director Literario.

Clásicos de América, Julio Jiménez Rueda, Editor; Coeditores, Arturo Torres-Rioseco, Carlos García-Prada, William Berrien y Mariano Picón-Salas.

Obras de Altos Estudios Literarios y Lingüísticos, Editor, Sturgis E. Leavitt; Coeditores, Otis H. Green, Irving Leonard y Astrojildo Pereira.

Traducciones: Angel Flores, Editor; Coeditores: Harriet de Onís, Katherine Anne Porter, Duddley Poore y G. W. Umphrey.

Diccionarios: Editor, L. B. Kiddle.

IV. Sección de Intercambio Cultural:
Presidente: John A. Crow, University of California, Los Angeles, Cal.
Vocales: Lawrence Dugan, Concha Romero James, Alberto Lopes y William Berrien.

Esta Revista aspira a constituir, gradualmente, una vital representación de los grandes valores espirituales de la creciente cultura iberoamericana.

Sus directores, así como el Instituto, quieren hacer vivo el lema que cifra el ideal de su obra: A LA FRATERNIDAD POR LA CULTURA.

Se reflejará en sus páginas una clara imagen del pensamiento de Iberoamérica.

SUMARIO

EDITORIAL

Significación de Sanín Cano 215

ESTUDIOS

GERMÁN ARCINIEGAS: Sanín Cano 223

JOSÉ ANTONIO PORTUONDO: Elogio del "dilettante" 237

FRANCISCO ROMERO: Un maestro de América . 249

MARIANO PICÓN SALAS: Don Baldomero . . 255

GABRIELA MISTRAL: Palabras sobre un Rector . 259

ROBERTO F. GIUSTI: Un humanista moderno . 263

J. GARCÍA MONGE: Mi deuda con Baldomero Sanín Cano 269

LUIS EMILIO SOTO: Sanín Cano, amigo e intérprete de la Argentina 273

JUAN MARINELLO: Baldomero Sanín Cano, sabiduría libertadora 283

MAX HENRÍQUEZ UREÑA: Sanín Cano, maestro del ensayo breve 287
JORGE MAÑACH: La ausente presencia de Sanín Cano 291
MARCOS A. MORÍNIGO: Sanín Cano, filólogo . 297
LUIS RODRÍGUEZ-ÉMBIL: Vivencia del maestro Sanín Cano 307
JOSÉ MARÍA CHACÓN Y CALVO: El maestro Sanín Cano 311
ANDRÉS IDUARTE: Sobre Sanín Cano, maestro . 319
HERNANDO TÉLLEZ: Estampa de Sanín Cano . 325
MANUEL PEDRO GONZÁLEZ: Antecedentes de este homenaje 329

TESTIMONIOS

JUANA DE IBARBOUROU 339
PEDRO SALINAS: Saludo 341

ADHESIONES

DE JOSÉ MARÍA CHACÓN Y CALVO 343
DE RAÚL MONTERO BUSTAMANTE . . . 345
DE ESTEBAN RODRÍGUEZ CASTELLS . . . 347
DE MOISÉS VINCENZI 349
DE GENARO FERNÁNDEZ MACGREGOR . . 351
Otras adhesiones 353

Advertencia 355

XUM

El "grande humor" 357

Rafael Maya o la pasión estética 369

Jorge Brandes o el reinado de la inteligencia . . 375

RESEÑAS

GASTÓN FIGUEIRA: *Mapa de la poesía negra americana*, por Emilio Ballagas 385

———. *La sombra nace en el cielo*, por José Miguel Ferrer 386

———. *As imaginaçoes*, por Ledo Ivo . . . 387

———. *Fronda sumergida*, por Paulina Medeiros 391

———. *Ternura*, por Gabriela Mistral . . 392

———. *La serpiente en la medicina y en el folklore*, por Tobías Rosengerg 393

MARÍA DE LOS ANGELES MORENO ENRÍQUEZ: *Romances y corridos nicaragüenses*, por Ernesto Mejía Sánchez 394

LOTA M. SPELL: *La familia de Sor Juana Inés de la Cruz*. Documentos inéditos. Introducción y notas de Guillermo Ramírez España. Prólogo de Alfonso Méndez Plancarte . . . 395

RAFAEL HELIODORO VALLE: *Obras completas de José Martí* 396

CLOTILDE M. WILSON: *Derelictos y otros cuentos*, por F. de Ibarzábal 398

VOL. XIII México, D. F., 15 de febrero de 1948 Nº 26

EDITORIAL

SIGNIFICACION DE SANIN CANO

CON la publicación del presente número especial dedicado a don Baldomero Sanín Cano, el Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana y esta revista que es su órgano de expresión, cumplen un anhelo que hasta ahora no había podido realizarse: el de honrar al príncipe de nuestros ensayistas y decano de las letras hispanoamericanas.

Como bien lo explica el profesor Manuel Pedro González en la nota titulada "Antecedentes de este homenaje", el Instituto y la REVISTA IBEROAMERICANA aspiraban a que ese tributo fuese algo más provechoso para nuestra cultura y más digno del glorioso anciano que el sencillo acto que hoy se le rinde con este votivo *symposium*. Lo que el maestro merece y la cultura americana necesita es lo que propusimos en nuestro número de no-

viembre de 1939 y ahora reiteramos estimulados por la coincidente solicitud que en este mismo número hace Gabriela Mistral, tan alerta siempre a las urgencias de la vida espiritual en nuestra América. Tanto el Instituto como su portavoz, la REVISTA IBEROAMERICANA, hacen suya la petición de la gran poetisa y del profesor González, y de nuevo instan a la intelectualidad y al gobierno colombianos para que lleven a la práctica el proyecto que auspiciamos en 1939 y muchos intelectuales europeos y americanos apoyaron.

América no cuenta hoy con una figura más digna de tal distinción ni con una ejecutoria intelectual más fecunda y ejemplar que la de don Baldomero Sanín Cano. Confiemos, pues, en que los colombianos lo comprendan así y quieran enriquecer nuestras letras y honrar al eximio escritor en la forma que en aquella ocasión sugerimos.

* * *

Se publica este haz de ofrendas con que nuestros hombres de letras le testimonian su adhesión y su afecto, al cumplirse exactamente el septuagésimo aniversario del primer escrito publicado por don Baldomero. En estos setenta años de labor sin pausas ni desánimos, el maestro nos ha dado el más alto ejemplo de amor y de fe en la cultura, de dedicación devota a los valores de la inteligencia y del espíritu, de probidad intelectual y de ático buen gusto. De ahí la impagable deuda de gratitud que todos tenemos contraída para con él. Porque es dudoso que se haya producido en las tres últimas generaciones

un intelectual de alguna talla en América que, directa o indirectamente, no se haya beneficiado con el magno y sostenido esfuerzo realizado por este noble obrero de la cultura en sus formas superiores.

Sanín Cano encarna en América ese rarísimo ejemplar que denominamos intelectual puro, desligado de otros intereses y preocupaciones, fuera de brevísimos paréntesis. Forzado por la necesidad tuvo en su juventud que distraer parte de su tiempo en menesteres docentes o en subalternas tareas comerciales — como Sarmiento, Martí y Silva, por vía de ilustres precedentes. Luego compartió las faenas administrativas, durante el gobierno del general Reyes y más tarde desempeñaría una cátedra de español en la Universidad de Edimburgo y fugaces misiones diplomáticas.

Habría que mencionar también la rectoría de la Universidad de Popayán que ejerció ya en la ancianidad. Mas exceptuados estos cortos intervalos, don Baldomero ha preferido el modesto pasar que su labor de hombre de letras le proporcionaba, antes que subordinar el gozo de la lectura y el deleite de la creación, a posiciones de dudoso brillo y más lucrativas, pero absorbentes, que acaso habrían malogrado —en parte por lo menos— su función de hombre de pensamiento y de estudio. (La burocracia y las profesiones han frustrado las apetencias culturales de muchos de nuestros hombres mejor dotados.) Sanín Cano supo limitarse y resistir la falaz sirena de la política, para seguir el único sendero que conduce a los remansos de la sabiduría, la serenidad y la creación

perdurable. Aun en esto nos ha señalado el norte y nos ha dejado un ejemplo de renunciación que ojalá tenga emuladores para bien de nuestras letras.

* * *

No es nuestro propósito —ni sería fácil hacerlo— dar aquí idea cabal del valor humano ni mucho menos de la inteligencia luminosa que es don Baldomero Sanín Cano. Esta imagen total sólo puede dárnosla la lectura de su obra escrita. Sólo una mínima parte de ella ha sido recogida, en cinco volúmenes, por admiradores y amigos. Lo demás —ópima cosecha— yace desparramado por toda América y enterrado en las montañas de papel impreso que son las colecciones de nuestros grandes diarios y revistas. Mas nuestros lectores menos familiarizados con su obra podrán adquirir una idea clara tanto del subido mérito de ésta como de la ejemplaridad integral del hombre, en la serie de estudios con que aquí le honran sus cofrades en las letras americanas.

Si alguien nos instara a darle una semblanza perfecta de don Baldomero, recomendaríamos la lectura de alguno de sus propios ensayos sobre escritores europeos que guardan estrecha afinidad con él: tales sus estudios de Fitzmaurice-Kelly y Jorge Brandes, por ejemplo. Especialmente el consagrado a este último, en Buenos Aires en 1925. *Mutatis mutandis*, todo lo que allí dice Sanín Cano acerca del excelso crítico e historiador danés, es aplicable a él mismo. Ninguna de las hermosas siluetas que para este homenaje han escrito sus admiradores y amigos,

nos da idea tan cabal de esta finísima inteligencia que es don Baldomero Sanín Cano, de su insaciable apetencia intelectual, de la universalidad de su cultura, de su capacidad de análisis y de síntesis, como su propia exégesis de Brandes, ya citada.

Sin proponérselo ni de ello tener conciencia, el ensayista colombiano, al escribir sobre Brandes, hizo un autorretrato que hasta ahora no ha sido superado. Si donde dice Jorge Brandes pusiéramos simplemente "él", en el párrafo que aquí transcribimos, y en lugar de siglo XIX leyéramos siglo XX, con América como punto de referencia, ¿qué lector familiarizado con su obra y enterado de nuestro movimiento intelectual en los últimos cincuenta años, no reconocería sin titubeos, en este juicio, al propio maestro antioqueño? ¿Quién ha sintetizado mejor el espíritu de su obra ni ha dado idea más cabal de su empeñoso anhelo superador, sin limitaciones de escuela, fronteras, o banderías?

> Jorge Brandes, crítico internacional, apenas ocuparía la atención de los literatos, acaso de los filósofos; pero este hombre es mucho más y mucho mejor que un crítico. Es, en primer lugar, un símbolo extraordinariamente luminoso y competente de la vida intelectual del siglo XIX, en su época más brillante y característica. Es, además, un gran carácter. Por último, representa un anhelo general de la especie humana, un anhelo desvirtuado por la incomprensión, por el juego sombrío de tahures fulleros en el destino de los pueblos, por la magnitud de intereses equívocos que han logrado hasta ahora, con asombro de las mentes perspicaces, sobreponerse a los intereses verdaderos de la humanidad.

> Jorge Brandes ha usado de toda su inteligencia, de su inexorable voluntad y de su excepcional perspicacia para promover el entendimiento de unos pueblos con otros. Es internacional en el sentido generoso de la palabra, porque presume que hay ciertas nociones generales de justicia, de humanidad, de cortesía, comunes a todos los pueblos cultos, y ha puesto todo su vigor intelectual en acercar los unos a los otros, señalando las semejanzas que los unen para hacer más fácil y plausible su cultivo, y haciendo notar las desemejanzas, no con el ánimo de que desaparezcan, lo cual empobrecería al espíritu humano, sino con el propósito de hacerlas mutuamente comprensibles y amables para los pueblos entre los cuales subsisten.

Difícilmente podría encontrarse en América una figura literaria tan afín con don Baldomero en el temperamento, predilecciones ideológicas, amplitud de los conocimientos y universalidad de intereses, como Jorge Brandes. Amamos, admiramos y comprendemos más y mejor aquellos espíritus y mentalidades que más íntimas tangencias guardan con los nuestros. Las inteligencias y las sensibilidades paralelas son almas fraternas que fácilmente se descubren e identifican, aunque una se exprese en danés y otra en español. (Así el caso de Unamuno y otro compatriota de Brandes, Sören Kierkegaard.) Por eso el maestro colombiano ha interpretado tan finamente a Brandes. Por eso, también, le descubrimos en todo lo que sobre Brandes ha escrito, mejor que en cuantos estudios ha inspirado.

* * *

La REVISTA IBEROAMERICANA desea aclarar que al invitar a unos cuantos intelectuales representativos a enviar testimonios para este homenaje al maestro, se vió precisada a limitar el número de los colaboradores, debido al escaso espacio disponible y a otras circunstancias. No fué su intención excluir ninguna firma importante y nadie debe sentirse preterido. Nuestro deseo hubiera sido dar cabida a todos los que se sienten identificados con las ideas de Sanín Cano y admiran su tesonera prédica; pero éstos son legión y la revista apenas dispone de doscientas páginas. Sirva esta explicación como atendible excusa de lo que, sin ella, podría parecer un injustificable olvido.

XUM

ESTUDIOS

Sanín Cano*

IGNORO en qué año naciera Baldomero Sanín Cano. Pudo ser lo mismo en el 60 que en el 63. Quienes hemos sido quizás sus más cercanos amigos no se lo hemos preguntado nunca. Con él se ha establecido un compromiso tácito de coquetería, reservando una zona para la incertidumbre en que podamos siempre decirnos: ¿tendrá 85? ¿Tendrá 89? Hace varios años venimos celebrándole los 85, porque nos ha parecido como una cifra redonda para festejar la eterna juventud del espíritu. Temo que ahora, al publicarse este número de la REVISTA IBEROAMERICANA, la diligencia de los profesores vinculados a universidades norteamericanas, venga a decidir la cuestión del año exacto en que vino al mundo don Baldomero. Los norteamericanos son inflexibles en estos casos. Deplorémoslo.

Para mí lo fundamental es que la primera juventud de Sanín Cano, los primeros veinte años de su vida, transcurrieron entre dos fechas que son de la más profunda resonancia en la vida política — que es la vida de las ideas animadas en Colombia. Para un colombiano estos dos años —1863 y 1886— iluminan todo el panorama

---

* Destinado este homenaje a ser leído por gente de muchos países y de varias lenguas y, por consiguiente, poco familiarizada en su mayoría con el ambiente histórico, político y social en que transcurrieron los años formativos de don Baldomero Sanín Cano, la REVISTA IBEROAMERICANA ha creído que sería provechoso para el lector iniciar este *symposium* con el admirable ensayo de Germán Arciniegas tan fino conocedor del ambiente apuntado como de la vida y la obra del maestro. (N. de la R.)

XUM

del siglo XIX. Es difícil que en la historia de América la oscilación del péndulo que se mueve entre el ideal generoso del liberalismo y las reacciones de una nostalgia conservadora haya podido precisarse entre dos fechas más nítidamente demarcadas, Sanín empieza a despertar a la vida cuando la llamarada del 63 empuja a los colombianos ingenuos por un camino de románticas empresas progresistas, y llega a los veinte cuando un personaje de fino oportunismo sale al balcón de la presidencia de la república y con voz de flauta exclama: el 63 ha muerto.

Las gentes de fuera que conocen la obra de Sanín Cano, por lo mucho que en ella se compendia de las inquietudes universales, no siempre alcanzan a oír esa recóndita, íntima nota cordial, en donde quedaron resonando para siempre las experiencias de 23 años de tremendas luchas en que el espíritu colombiano libró sus batallas decisivas. Es ésta la contribución, por cierto decisiva, de la provincia, en la biografía de una cultura universal. En esto hay una inversión de términos que parece una paradoja. Las pequeñas experiencias concentradas dentro del cuadro parroquial en que se inicia cualquier vida, quedan colgando como el telón de fondo de las más grandes aventuras de la inteligencia. Lo que es pequeño viene así a desplegarse en una dimensión prodigiosa, y reduce lo universal a discretos términos de proporción humana. Indáguese un poco y se verá siempre el inevitable fondo personal que tiene cualquier filosofía, por ajena al sujeto que parezca. Se le descubrirá un contacto con el mundo, un puñadito de tierra en donde agarra una raíz. Puede ser, suele ser la plaza de la aldea hecha para el ocio y el negocio, el vallecito en donde el filósofo empezó a ver alboradas y crepúsculos cuando era apenas un niño. Es decir, cuando por primera vez sus ojos limpios, bien dispuestos a aceptar lo maravilloso del mundo, supieron ver mejor alboradas y crepúsculos.

* * *

Hablemos, pues, amigos, de Río Negro. De Ríonegro la villa vieja de Sanín Cano, la misma en cuya plaza grande se encendió la hoguera del 63.

Se puede hablar del Ríonegro de la infancia de Sanín Cano casi con exactitud. Ahí están todavía las casas intactas. El final de cada calle en el mismo sitio hasta donde llegaba entonces. Ríonegro

se detuvo, y abajo en el valle, Medellín reclamó el privilegio de ser ella la que se transformase, la que recogiese todo el alborotado entusiasmo de los burgueses que enriquecían, de las industrias que iban naciendo. En Ríonegro se mira el siglo XIX, o el XVIII, o el XVII. En Medellín, el XX espoleado por el insaciable, ambicioso afán de los capitanes del comercio y por la gracia de las mujeres finas, las mujeres ricas que han aprendido a *vivir rico*.

Ríonegro, no. En un plan —el plan de Ríonegro—, donde la tierra fragosa de Antioquia por un instante duerme y reposa, ahí está con sus casonas chatas de teja ya verde, y los mismos árboles a cuya sombra los convencionistas del 63, mientras llegaba la hora de sesionar, sacaban de sus jaulas de lona gallos finos y jugaban hasta dejar la arena llena de claveles de sangre. Por los anchos zaguanes se entraba a aquellos patios inmensos, de flores siempre frescas. Cada casa en la villa tenía reminiscencia de las de hacienda. Las familias patriarcales se multiplicaban en una fertilidad de nacimientos que llenaba los corredores de cunas toscas y primitivos juegos infantiles. Por la enorme casona de la familia de Sanín Cano, que ahí está todavía con su gran puerta en el chaflán de la esquina, el maestro ha visto pasar gentes de seis generaciones de su familia. Porque son gentes sanas, sanotas, que se crían a toda leche, que no mueren fácilmente, que viven llevando sin problemas la rutina ininterrumpida de su trabajo, que llegan con la piel no muy ajada a la línea de los cien años.

Cuando Sanín era un niño, a las seis de la tarde, pasada ya la cena, se dormía profundamente en los hogares. Las dos enormes alas de las puertas se cerraban, y era raro que algún sujeto se moviese a través de las calles desiertas, alumbrado por el farol que llevaba la negra. Las llaves del portón eran inmensas, y en las cerraduras, las bocallaves, obras de divertidísimo ingenio en que los herreros, a cincel, hacían figuras de jinetes, de granadas, de corazones.

La gente, toda era blanca. Además, había negros. Dos fueron las ciudades más blancas de Antioquia: Santa Fe y Ríonegro. Santa Fe de Antioquia, abajo, muy abajo, en la otra orilla del Cauca, que corre entre márgenes de fuego. Ríonegro arriba, muy arriba, donde la tierra es fría. Entre estos dos polos de un mundo poblado por vascos y castellanos recios y laboriosos, con pocas naciones indígenas que sabían laminar el oro con primor, y negros que nunca falta-

XUM

ron para cortar la caña, sembrar el cacao, trabajar en las minas, se desenvolvió una cultura cerrada, que hablaba fino, sacaba oro, bebía aguardiente y comía pan de maíz. En cuatrocientos, casi en quinientos años de haber vivido hablando la lengua que trajeron los conquistadores, las gentes de ese mundo han adquirido una personalidad tan fuerte y singular, que a veces dejan la impresión de que no hay riqueza en Colombia sino la que se multiplique bajo el signo de sus inteligencias laboriosas. El antioqueño, en vez de hacer negocios escribe novelas: la palabra parece multiplicarse también por su ingenio para producir una riqueza infinita de gracias y colores que se apoyan en las palmas de oro del siglo XVI.

* * *

Hoy Colombia, en 1948, es una república de ciudades. Ciudades que no son muy grandes, pero tampoco muy pequeñas, y que, en todo caso, no dejan que los destinos de la república queden en manos de la capital. Colombia, antes, en la colonia y en el siglo XIX, era, primero un virreinato de provincias, y luego una república de provincias. No fueron Santa Fe la colonial, ni Bogotá la republicana, el meridiano único de aquellas tierras. Popayán, Tunja, Vélez, Cartagena, Santa Fe de Antioquia, Ríonegro, desde el norte; y el sur y el este, y el oeste, también mandaban. Cada una de estas palabras está empedrada de escudos de viejas familias, y recuerda haciendas, trabajos, fatigas, y, a ser necesario, señores capaces de mover guerras civiles. Esto fué importante en 1863.

En 1853 se tiró al aire, a cara o cruz, una moneda en que lo que se jugaba era la vida civil de Colombia. Si entonces hubo encendidas riñas de gallos en la plaza de Ríonegro, fué porque allí estaban sobrevivientes de las guerras de la Independencia, y quienes amarraban los gallos o los azuzaban eran generales y sargentos que habían ido con Bolívar por toda la cordillera que fué vistiéndose al sur de nuevas repúblicas. Eran generales de guerra —no de simple título— que, al tomar en sus manos las riendas de la república, irían a ajar ese sueño de libertades que apasionaba a los románticos de aquellos tiempos, los tiempos de nuestro padre Víctor Hugo. Un borbotón de muchachos que se habían formado en la universidad, que tenían la mente repleta de teorías, que habían desafiado a la Iglesia para

quitarle las alas de su enriquecimiento en la tierra, sentía un santo temor de los militares metidos a mandones de la vida civil.

Había que hacer una convención, para definirlo todo en una carta. Poner las cosas tan claras en la ley fundamental, que nadie nunca pudiese conspirar contra ese fuego de progreso liberal que reclamaban las apasionadas juventudes radicales. Había que gritarle el "¡no pasarás!" a grito limpio, a pura fe civil, al general Mosquera, al secretario de Simón Bolívar, a ese mascarón de proa corajudo, invicto, codicioso, hermano del arzobispo, hijodalgo de Popayán, que venía de los lados del Cauca con ejércitos de negros bravos como una langosta de bayonetas que amenazaba pelar todos los bosques de Colombia.

¿Dónde reunir la convención? ¿dónde dar el grito? ¿dónde tirar al aire la moneda? No en la capital: en la provincia. Esto era de tradición en la república. Y mirando en torno, hacia el Atlántico, hacia el Pacífico, siguiendo los tres dedos de las cordilleras, por esta vasta complicación de montañas y llanuras de Colombia, se escogió a Ríonegro. A Ríonegro llegaron los oradores, los periodistas, los universitarios, con libros, con papeles, con discursos. A Ríonegro llegó el general Mosquera, con ruido de sables y voces de sargentos y diez mil soldados, y gallos finos de siete colores y espuelas mortales. En el ancho corredor de una casona, jugando casi en cueros, al niño Baldomero llegaría el eco de los alegatos como una canción de cuna.

Nunca se puso más pasión en una empresa. Había que detener con palabras desnudas al general, al caudillo del pueblo, a ese Mosquera de bigotes que olían a pólvora de azufre, y que al entrar a cada aldea veía vestirse de fiesta las calles, y que al pasar por los montes oía en las abras multiplicarse el redoblar de los palillos sobre los parches bien templados.

Las palabras desnudas detuvieron al general. La nueva constitución llegó a confundirse con la más alocada fantasía. Tal era el júbilo de aquellas gentes civiles que hacían doblarse bajo el sortilegio de sus discursos bosques de bayonetas como si fueran de juncos. Un embajador especial se mandó a París para que le enseñase a Víctor Hugo la nueva carta. Cada Estado de la nueva federación se afanó por abrir escuelas, caminos, industrias. Jamás, a todo lo largo del siglo, se trabajó con mayor fervor. Todo, bajo el imperio de

una constitución romántica, sin dientes. El propio Mosquera, un día, quiso hacerse dictador. Lo amarraron los estudiantes, y preso lo llevaron al observatorio. El viejo desarmado, se subía a la azotea, sin más remedio, sin más consuelo que quedarse mirando a las estrellas.

Toda esta fe, todas estas ilusiones, nacieron en Ríonegro. En el aire se quedaron. Todavía hoy, ochenta años después, se entra a la casa en donde se reunió la convención, y se oyen los discursos. El sueño de los libertadores, el sueño de América, las esperanzas de todas las juventudes, se cumplían, se cumplieron.

Ese fué el aire que Sanín Cano respiró desde que tuvo uso de razón. En ese aire está la raíz de sus amores. Era Sanín Cano, como buen antioqueño, tenaz, metódico, laborioso. Tenía la ambición de leer, de penetrar en las intimidades de culturas remotas, de pasear su curiosidad por otras literaturas. Yo no sé cómo pudo estudiar otras lenguas, además de la suya. Quizás a la manera de Andrés Bello. Con su propio ingenio, inventándose los métodos, gastando diccionario. Siendo un muchacho, de Ríonegro se fué a la capital. No había bibliotecas, ni grandes librerías, pero sí el fervor de los radicales. El hablaba con el ministro inglés, pedía libros, iba descubriendo el mundo europeo. Le llegaban cartas —¡le llegaban cartas!— de Europa.

Iba en medio de este camino alegre de su vida, justamente cuando el péndulo que había herido como un grito de gloria, en el 63, el paisaje de Ríonegro, se acercaba justamente, en el 86, al término opuesto para anunciar la campanada de la reacción. Sanín ¿tendría 18? ¿tendría 20 años?

Es lo cierto que el régimen radical, como todo liberalismo en campo de gentes latinas, y peor si mulatas y criollas, fué haciéndose anárquico. Había que poner orden. Ya no obraban sobre Colombia las razones de temor a los militares que hicieron extremas las libertades en Ríonegro, y todos propugnaban por una enmienda que le diese a la constitución esos dientes que antes no tuvo. En eso estaban los radicales. Pero había entre ellos un político de muy pocos escrúpulos, el señor Rafael Núñez, en cuyo pecho anidaban amargos rencores porque creía que para él, y no para otro alguno, debía ser la presidencia de la república. Era un hombre realista. Vió lo que todos: que debía modificarse la constitución. Pero era más

listo. Quería que su rostro de barba de cabra, y no el de otro, estuviese de máscara en la proa. Y como se demoraban por los caminos puritanos del radicalismo, las esperanzas de su ambición, fué tejiendo negociaciones subterráneas con los caudillos de la reacción, con astutos políticos conservadores. De repente, apareció él, en el balcón de la presidencia de la república, hablando contra su fe de la víspera, y acaudillando una reacción que fué amontonando sombras sobre las escuelas, que detuvo la alegre marcha progresista, que recortó sus alas a la universidad, que hizo saltar a piedra cruda las cajas de tipos en las imprentas. El nuevo presidente de la república tenía ahora en sus manos una constitución rígida, llena de unos artículos móviles, transitorios, que le permitían desterrar a los liberales, quitarles sus bienes. A eso se llamó la "Regeneración". En este nombre está lo único divertido de ese cuento.

Sanín llegaba entonces a la edad en que ya podría por sus vastos conocimientos, por su devoción a las letras ser, por ejemplo, profesor en la universidad. Nadie, como él, desde su primera juventud, ha mostrado una disposición tan grande para estimular a los demás en el estudio de las letras. Pero es obvio decir que dentro del nuevo clima, sus capacidades no podían tener ningún empleo en la Colombia oficial. Hubo de ganarse la vida, y por muchos años, como administrador de un tranvía de mulas que habían construído en Bogotá ciertos místeres de Inglaterra.

Administrar un tranvía de mulas era cosa buena. Dejaba tiempo para leer, porque entre el despacho de un carro y otro, quedaban muchas medias horas libres. El trato con los conductores que movían las bestias con el expresivo lenguaje de los latigazos, y los mismos problemas de alimentar las mulas y curarlas de mataduras ponían un margen de ironía en los estudios de Sanín Cano. Así fué criándose el humorismo que desde entonces ha sido el más constante compañero de su vida. Además, el mismo trato con los ingleses de la compañía completaba el contacto, digamos humano, que se iniciaba con las mulas y los conductores. Fué ésta la escuela superior en que se educó el antioqueño, un laboratorio de observaciones de muchísimos matices.

De esta manera, a tiempo que en la vida política Colombia se hacía ciega, sorda, cerrada a la cultura, de la administración del tranvía de mulas llegaba una lucecilla de ciencia y de ingenio que poco

a poco fué cautivando a quienes sabían más de letras que el astuto político señor Núñez. José Asunción Silva, para dar un ejemplo, vino a encontrar en Sanín Cano al hombre con quien podía conversar. La curiosidad en ellos corría por cauces paralelos. Silva tenía el recurso mágico de su arte. Sanín, la información de las letras universales. Lo mismo fué con Guillermo Valencia. Así se anudaron amistades que han sobrevivido a la misma muerte, si es que esta frase puede decirse. Y a tiempo que fueron borrándose de las aulas hasta los ecos de lecciones famosas, una cultura más penetrante y fina, guiada por los ojillos horadantes del maestro —ya Sanín Cano tenía que llamarse de este modo—, fué arraigando en Colombia, y fué extendiéndose por el mundo como la mejor contribución de nuestras inquietudes al mundo de las letras castellanas.

* * *

Me he extendido mucho en estas cosas, porque creo que en la obra de Sanín hay un elemento invisible que explica mejor que todo el aparato de su erudición el que se le llame maestro. Es su fe. De Sanín Cano se dice siempre que es un humorista. Y lo es cabal. Por algo tuvo por maestros de su universidad a las mulas y a los libros de Erasmo, que alternaban en las faenas docentes a tiempo que otros, casi de su misma edad, iban a las aulas oficiales, como gentes de más fortuna, para oír cosas parecidas, si se exceptúan las de Erasmo. Desde entonces, nunca ha faltado en los ojos del maestro una chispa de risa.

Sí: Sanín es un humorista. Disuelve muchas cosas lo mismo con la razón que con la gracia. Al propio presidente Núñez, que presumía de poeta, y que regalaba a sus lectores con poemas de filosofía escéptica fundados en manuales de tres al cuarto, le volvió cisco en un librito famoso. Y como dió cuenta de Núñez, pulverizó a muchos otros. Sin hacer polémicas, sin hacer discursos, sin hacer literatura, porque Sanín es un escritor y nada más. Y como escritor, sobrio. Muy ajustado a la responsabilidad que debería tener el crítico. Incapaz de dejarse ir por el arrullo de sus propias frases.

Sanín es humorista. Pero debajo de sus gracias y epigramas, palpita una fe pura. Un respeto a la inteligencia, un sentido de la dignidad humana, un culto a la libertad sirven de trama a todos sus escritos. El puede reír de muchas cosas, pero también hay muchas

que es el primero que defiende como un centinela insomne. El puede ir directamente a estudiar con atención a los escépticos en quienes la duda nace de una preocupación noble y profunda, y respeta lo que hay de auténtico valor moral en sus tratados. Pero no hay quien le engañe saliéndole al camino con barba de escéptico, si en realidad el bordón que lleva para adelantar es de oportunista, de sinvergüenza, de glotón.

Es decir, que en Sanín Cano hay una estructura moral. Hay eso que tenemos que considerar o que imponer como la primera letra en el alfabeto de la auténtica vida americana. Hay un criterio que sabe fijar los límites de la decencia en el mundo literario, sin que ello le obligue a andar con aires magistrales, con palabras regañonas, con vozarrón de puritano. El saber las cosas profundas de la vida, no le borra del ojo la sonrisa, no le quita de la palabra la gracia.

* * *

Fatalmente, Sanín Cano hubo de ser un peregrino. Tenía tantas curiosidades que aclarar en el mundo, tantos asuntos que verificar, que muy pronto se le vió por Buenos Aires, por Edimburgo, por Florencia, por Salamanca. Se movía entre el periodismo y las bibliotecas. Por varios años fué el representante de *La Nación* de Buenos Aires en algunas ciudades de Europa, y los argentinos pudieron pensar que sería un argentino raro de familia allá desconocida. En las universidades inglesas, las gentes que se interesaban por asuntos españoles acudían a él, lo mismo que en Bogotá se le acercaban Silva o Valencia para saber de literaturas tudescas, italianas, escandinavas. Con Fitzmaurice-Kelly trabajó como un compañero fraternal, y le tradujo los libros sobre Cervantes y el manual de literatura española. Dos veces a la semana, cuando en Londres vivía, tomaba el tren para ir a Edimburgo y dar lecciones que aún se recuerdan en esa ciudad.

* * *

Sanín Cano fué convirtiéndose para nosotros en un personaje remoto, que habían conocido las generaciones anteriores, pero del cual apenas nos llegaban a Colombia noticias fragmentarias, y muy de cuando en cuando. Nos parecía que podría ser como un argentino

que había nacido en Ríonegro por equivocación. Sabíamos muy bien que la gente selecta, fina, la más culta de Buenos Aires, le tenía por suyo, y que *La Nación* le había incorporado a su cuerpo de redactores. Un día se nos dijo que Sanín Cano regresaría a Colombia. Veinte años de haber oído hablar de él, y veinte años de no haber visto su cara, nos hacían esperar este encuentro con un afán emocionado.

Recuerdo como si fuera justo el día de ayer. En un tren fuímos los jóvenes a encontrarlo a cuarenta kilómetros de Bogotá. Como si fuera adivinación: no íbamos sino los jóvenes. Lo primero que vimos fué una cara. Exactamente la misma de hoy. Una cara seria con un juego guardado de sonrisas, malicias, finuras que sin que él se moviera, le salían por todas partes. Manejaba las manos menos que un inglés de buena sociedad. Yo juro que así fué. O quizás me parecía, por lo que nosotros las meneábamos tanto. Pero esa piel tan limpia, casi rosada, esa frente mejor trabajada que en un mármol, hasta la fuerte mandíbula y muchos detalles de su recia estructura física, nos colocaban delante de un tipo como europeo, de los de la cría de las zonas templadas, sacado de algo bueno por allá de Turingia o Escandinavia. Eran cosas que tal vez veíamos en él porque era el único que sabía de esas literaturas, y como que se nos antojaba que algo se le había pegado en las andanzas con tan extrañas gentes.

Pero el hombre empezó a hablarnos, y nos resultó uno de Ríonegro de Antioquia. No se le habían ido de la memoria ni los cuentos de los arrieros y los mineros. Los cuarenta kilómetros de vuelta los hicimos como en dos segundos. Para nosotros, quedó apenas como iniciado el diálogo, y aún estamos en este punto. Han pasado apenas unos veinte años. El está igual. ¿O un poco más joven?

Un momento. Aquí hay que decir algo de la cabeza de Sanín Cano. Es la cabeza más conocida de todo Buenos Aires. La más hermosa cabeza conocida en Buenos Aires. Dió con ella uno de los grandes fotógrafos del mundo, y el retrato quedó tan bien hecho, que se tuvo desde el primer momento por obra maestra. El fotógrafo había sido dos veces listo: primero para ver a Sanín y saber que en esa frente, en esos ojos, en esos labios finos, había materia para una gran fotografía; luego, para estar cierto de que la fotografía que había hecho no habría de superarla en la vida. No sé cómo

haría para pedirle a Sanín Cano permiso para usarla como su anuncio de su arte. Ya he dicho que era un listo. A Sanín le dió mucha risa aquello, y dijo que sí. La cabeza de Sanín anda pues, ahora, hasta en los tranvías. A lo menos, así era cuando yo estaba en Buenos Aires. Hasta el momento no he dicho nada de la obra de Sanín Cano, y no voy a decir nada. El trabajo de ordenar sus escritos ocuparía años. Habría que acudir a revistas de muchos países, y aun a periódicos. Si algún día esto se hace, se tendrá una de las más ricas colecciones literarias de América. Hay que pensar en que hoy Sanín Cano —¿tendrá 85? ¿tendrá 89?— continúa escribiendo con la misma lucidez de toda su vida. En Bogotá se sabe cuándo es lunes, porque al abrir en la mañana la edición de *El Tiempo*, en la primera columna editorial, está el artículo suyo. Y no son artículos de hombre cansado. Hace apenas dos o tres meses, en la *Revista de América*, donde Sanín Cano siempre escribe, se publicó un artículo violento de Giovanni Papini, que Papini mismo me había entregado en Florencia como quien pone en las manos de un hijo de Suramérica un cartel de desafío. Quien más juvenilmente, quien más agudamente, quien más tremendamente le respondió fué Sanín Cano. A los pocos días de publicarse su respuesta, yo mismo recibía en *Revista de América* solicitudes de Suiza para traducir al alemán el artículo, y de agencias de Norte y Suramérica para reproducirlo en español y en inglés.

Sanín no ha vacilado jamás cuando, picado por una curiosidad literaria, ve por delante las más arduas dificultades. Le interesaron Goethe o Nietzsche y Heine y Schiller, vió que había que leerlos en alemán, y antes de tomar definitivamente en sus manos los textos, estudió la lengua hasta dominarla. Lo mismo había hecho para Leopardi con el italiano o para los ingleses del XVI hasta hoy con el inglés. En fin, las aventuras con estos idiomas son aventuras en que muchos otros se han arriesgado. Pero Sanín ha pasado a mayores. Una de sus grandes admiraciones es Jorge Brandes. Aprendió, pues, para él, la lengua de Dinamarca. Y por ese hilo, se fué metiendo en todas las de Escandinavia.

Los muerde-reputaciones bogotanos han palidecido muchas veces porque cada vez que él se conquista una nueva provincia del mundo de la inteligencia, a ellos se les destroza el hígado. O para decirlo mejor: hay cosas que a ellos no les caben en sus físicas cabezas.

Y entonces ocurren cosas divertidísimas, que van acrecentando las fuentes del humorismo en el maestro Sanín Cano. Descubrió él, por ejemplo, la poesía de Peter Altemberg. Por ese camino, pudo Guillermo Valencia hacer la traducción de las guacamayas. "Eso no puede ser", exclamaron a una los académicos. Y con todo el tono magistral de sus dignidades supremas, exclamaron: "Peter Altemberg no existe: esa es una invención del señor Baldomero Sanín Cano."

* * *

A lo largo de poco menos de setenta años de constante dedicación a las letras Sanín ha sido siempre el mismo cordial maestro, el mismo descubridor de nuevos mundos literarios. El enseña a jóvenes y a viejos muchas cosas que pasan inadvertidas aun para los mismos profesionales de la cátedra. Yo le he encontrado en su muy humilde casa de Chapinero, en Bogotá, leyendo con toda detención y penetrante sentido crítico las novelas inglesas de la postguerra. El tiene la necesidad espiritual de precisar los cambios que hayan podido producir en los escritores ingleses, en los poetas, en los creadores de obras de ficción, las experiencias de estos años terribles. Pero, como siempre, como lo hizo desde la juventud cuando no confió a los revisteros el que le informaran, sino que acudió a la fuente original, ahora también une por sí mismo las piezas fundamentales en este rompecabezas de otro mundo que nace. Quizás por eso renace su espíritu recreador y tiene frescura su mente.

Acudir nosotros hoy a la casa del maestro Sanín es como una necesidad del alma. A tiempo que tantas otras gentes dedicadas a las letras, tantos irresponsables como diría Mac Leish, se olvidan de que el campo de la inteligencia ha de ser libre, y entregan sus plumas al servicio de las más oscuras fuerzas reaccionarias, Sanín Cano conserva la fe que hasta en algunas pobres juventudes se muestra vacilante.

Si no hubiera tanta obra realizada, tal caudal de constancias objetivas en esto de Sanín Cano, y no gozase su nombre de tan universal acatamiento, me sería difícil presentarlo sin que pareciera como que mi afecto tratase de dar a lo suyo un volumen que no tiene. En realidad, mi testimonio no es frío. Yo me inclino ante Sanín Cano con toda la gratitud de un discípulo leal. El me ha distinguido

con su amistad, y quisiera que sobre cuanto dejo escrito quedara flotando también el aire de ese enlace cordial. Nunca he temido a quienes tratan de disminuir el valor de las palabras ajenas porque las consideran tocadas de amistad. Si las palabras logran, además, el valor de esa rara virtud, no pierden su importancia. Si mucho, se ensanchan en una nueva dimensión espiritual.

Pero la obra de Sanín ahí está. Algún día, si América sabe estimar lo mejor que haya salido de sus hombres de letras, la ordenará en muchos volúmenes de ensayos filológicos, críticos, literarios. Ellos dejarán ver muy claro la inmensidad del panorama en que se ha movido su inteligencia y mostrarán la originalidad, el sello personal de su espíritu, que juguetón y paradógico, socarrón y epigramático va penetrándolo todo. Sanín Cano resulta más gracioso a medida que el lector que le sigue es más de los que de veras saben leer. Los analfabetos del alma, ciertamente, a veces le encuentran árido. La deficiencia es de ellos: no de Sanín Cano.

Yo sólo diría esto: a Sanín Cano le llamamos maestro en Colombia. Así le dicen los viejos y los mozos en Bogotá y así en Popayán, a donde suele retirarse la mayor parte del año, lo mismo los estudiantes de la Universidad que las lindas jóvenes de la ciudad. Y si alguna vez la palabra maestro se ha dicho como Dios manda es ahí. Es cuando se dice, repitámoslo, maestro Sanín Cano.

GERMÁN ARCINIEGAS

XUM

Elogio del "Dilettante"

BALDOMERO Sanín Cano pertenece a cierta clase de escritores que suele desconcertar a críticos e historiadores desvelados por la precisión de las clasificaciones. De ahí las cosas peregrinas que se han dicho y que se siguen escribiendo sobre él. Lo más frecuente es hallar su nombre, en los manuales de literatura hispanoamericana o colombiana, cómodamente situado entre los ensayistas; otras veces, y con no pocas reservas, lo encontramos junto a los críticos o a los periodistas; Samper Ortega lo ha mezclado con los "eruditos antioqueños"... Algo semejante ocurre cuando se trata de establecer el "temperamento" del escritor y sus relaciones con el proceso literario colombiano. Se ha escrito mucho de su "humor frío" de pura estirpe anglosajona, de su afición a las brumas del norte y su desdén por la claridad mediterránea, de su afán por lo raro y novedoso, de su modernismo. Lo más notable es que tales opiniones suelen encontrarse, a veces, mezcladas con más agudas observaciones, hasta en escritores tan finos y certeros como Rafael Maya y Max Grillo. Maya se ha referido a la "elegante frialdad" de Sanín Cano "que le quita al estilo cierto calor de humanidad indispensable para que la tarea del análisis resulte operación viva".[1] Grillo, que había dedicado a la obra crítica de Sanín palabras de reconocimiento y encomio,[2] acabaría por negarle, con la sensibilidad, la capacidad juzgadora. Como era de esperarse, la incomprensión mayor se ha producido entre los coetáneos del escritor, aquéllos jóvenes intelectuales que en los últimos decenios del siglo pasado olvidaban los achaques de la dictadura conservadora y de la guerra civil leyendo versos y representando comedias de oculta intención política en un salón cubierto de panoplias y de pergaminos, de máscaras y de espuelas de gallo, por cuyas paredes estiraba su cuerpo de caucho una

XUM

serpiente que arrojaba por la boca, mediante un resorte, chorros dorados de ron...

Según Luis María Mora, miembro fundador y cronista puntual de aquella estrafalaria *Gruta Simbólica*, "los escritos de Sanín Cano gozan de un privilegio singular, y es que nadie se los discute, o porque nos parecen muy abstractos los autores que comenta, o porque nadie los conoce, ni los conocerá jamás. A duras penas sabemos por estas latitudes un poco de francés y algo de inglés comercial, y tardaremos mucho todavía antes de que podamos, como Sanín Cano, pasearnos de bracero con los grandes maestros suecos, daneses o noruegos, con los cuales él se trata de tú a tú, en tanto que nosotros los vemos como algo muy lejano en el espacio y en el tiempo, aunque en realidad así no sea". [3]

"Lo que no se puede poner en duda —admite Mora más adelante— es el grande atractivo personal de Sanín Cano. A José Asunción Silva lo subyugó quizás por la deslumbrante novedad de sus teorías, y Guillermo Valencia, nuestro máximo poeta, siempre lo ha considerado como su maestro, sin seguir sus opiniones políticas." [4] Y Mora resume luego, malhumorado y tajante, su opinión política y literaria sobre Sanín Cano: "Sanín Cano, que en política parece socialista, vino a ser en Colombia el padre del comunismo literario." [5] Es decir, para criterios conservadores y tradicionalistas, el extremismo más absoluto y destructor en toda la línea.

En realidad, Sanín Cano está muy lejos de ser un extremista. En el terreno político ha reafirmado más de una vez su concepción liberal de los problemas, sin dejar de percatarse de las transformaciones que las nuevas circunstancias históricas han impuesto a la doctrina. En literatura se ha llamado a sí mismo *dilettante*. La cosa ocurrió en Londres, hace más de treinta años, a la salida de una tertulia en casa de Santiago Pérez Triana y provocada por una impertinencia de Ramiro de Maeztu. Sanín lo ha contado así:

"Solían concurrir allí gentes de variados talentos, artistas, hombres de la prensa y de la política, literatos, profesores, hombres que cultivaban la curiosidad intelectual como otros cultivan tulipanes o bacterias. Se hablaba de todo: la filosofía, las matemáticas, la historia natural, la química, la historia de las literaturas y del pensamiento humano suministraban material fresco y palpitante a los va-

riados interlocutores. Una noche al salir de la tertulia en busca de un auto, dijo Maeztu:

"—Usted es un *dilettante*.

"—Puede ser, observé, se han dado casos.

"—No se duele usted de reconocerlo, insinuó con señales de compasión.

"—No; esa clasificación, que usted tiene por depresiva, pertenece a mi oficio, rectifiqué.

"—¿Qué oficio?, interrogó con tono de voluntaria incertidumbre.

"—Creí que estaba en su colección de nociones prácticas la de que soy periodista, función que consiste en difundir para enseñanza o entretenimiento de las gentes, o solamente para alimentar una curiosidad inepta, el conocimiento de hechos o de ideas propias o ajenas. Careciendo de interés por el suceso diario, he tomado por actividad ordinaria la difusión de ideas o nociones, según mi manera de entenderlas. Las ideas del hombre son pocas; sus nociones se agotan rápidamente cuando tiene el oficio de difundirlas. Estudio con asiduidad y con deleite varias disciplinas a un mismo tiempo, para estar en capacidad de apreciar las ideas y nociones emanadas de la continua investigación y del constante estudio de los especialistas, no para rivalizar con ellos, sino para comunicar a lectores premurosos lo que de otra manera les pasaría inadvertido. Además, al periodista, al escritor cotidiano las matemáticas, la historia natural, la química, le ofrecen la oportunidad de hallar nuevas imágenes, formas no explotadas de expresión, venas sin explorar en las bellas sendas de la poesía." [6]

Sanín devuelve aquí toda su dignidad, tan cercana al *uomo universale* renacentista, a un término que corre siempre entre nosotros con signo negativo. El *dilettante* para Sanín Cano es el hombre de ancha y universal inquietud que se da a la empresa de despertar análoga inquietud en los otros. Inquieto e inquietador, informado e informante: ¿acaso no es ésta la cifra más completa del periodista? Por eso ha reclamado Sanín una y otra vez para sí, y por encima de otro cualquiera, el título de periodista. [7] Sólo que en este caso no se trata del repórter cazador de noticias, ni del redactor que las adereza, ni del editorialista que comenta a diario los incidentes de la vida circunstante, sino de aquella forma más literaria del ensayo periodístico que inauguran modernamente Addison y Steele y que

culmina en H. G. Wells y en Julián Huxley, como ha mostrado el escritor colombiano. Este tipo de escritor, aunque amplia y profundamente arraigado en las letras anglosajonas no es exclusivo de ellas. Nació con el Renacimiento y Burckhardt ha querido verlo en Juan Bautista Alberdi. A nuestra América vino en el ejemplo de Feijóo y ha florecido de modo extraordinario. Antes de vivir en Inglaterra y de conocer de cerca la modalidad inglesa de este tipo de ensayismo, ya le había gustado Sanín Cano en su propia América, durante su primera juventud, en Martí y en Rubén Darío, antecesores suyos en la corresponsalía de *La Nación* de Buenos Aires, en Rodó, en Díaz Rodríguez, en Enrique José Varona. Hasta el tono de "elegante frialdad", finamente escéptico, de cuidadosa precisión metódica, científica, que se pretende tomado de los pensadores ingleses, de Taine o de Renan, le había hallado él, antes de apreciar a esos autores, en los escritos de Varona.

El propio Sanín ha contado cómo, en 1887, a los 26 años de edad —había nacido en Ríonegro, Antioquia, el 27 de junio de 1861— y apenas a dos de su llegada a Bogotá, arrojado de su puesto de maestro provinciano en Medellín por la revuelta conservadora, "años, explica él, en que empezaba a rehacer penosamente mi educación literaria y filosófica", un escritor cubano vinculado estrechamente a la cultura de Colombia, Rafael María Merchán, lo empleó en la formación del índice de su biblioteca. Dicha labor, que en aquel caso trascendía sus límites habituales para realizar una síntesis de cada libro y de cada artículo de posible utilidad polémica para el crítico antillano, puso a Sanín Cano en contacto con las obras y las revistas de Varona. "Era como he dicho —afirma— la época más penosa de mi formación literaria. Salido de los claustros, con un título en mi poder y con una acerba experiencia de profesor y maestro que había durado tres o cuatro años, se me imponía el convencimiento de que no sabía cosa alguna. Necesitaba volver a estudiar, no sin haber desaprendido la mayor parte de lo que hasta allí había creído saber. Necesitaba rectificar nociones falsas adquiridas en las aulas y completar y redondear muchas nociones incompletas cuya permanencia en la mente es todavía más perniciosa que la de las falsas.

"En ese preciso momento llegó a mis manos para mi ventura y deleite la obra de Enrique José Varona. Al lado de sus artículos de revista estaban sus conferencias sobre la filosofía moderna. Recuerdo

con verdadera complacencia la impresión que hicieron en mi ánimo las primeras páginas de éste para mí remoto mentor espiritual. La primera lección derivada de mi contacto con esa inteligencia de selección fué la del respeto a las ideas y a la ciencia. Aprendí en Varona, sin darme cuenta, los primeros rudimentos de la probidad intelectual. No que él lo dijera textualmente pero yo leía entre líneas este consejo: 'importa como paso principal trazar la línea divisoria entre lo que sabemos y lo que ignoramos' ... Esta primera enseñanza tuvo para mí un valor reconfortante. Después he descubierto que no siempre es posible trazar esa línea divisoria entre lo sabido y lo por saber, mas el ejercicio constante en esa labor interminable afina la inteligencia, exalta la integridad mental y nos evita innumerables desengaños. En Varona, antes de leer al tozudo autor de la filosofía sintética o evolucionista, tropecé con los fundamentos y sospeché los alcances incalculables de ese método fecundo de investigación. Varona me enseñó el camino. Por entonces yo había menester una fe. El noble espíritu del escritor antillano vino a suministrarme, por lo menos, la fe en el método y en la experiencia. Mi gratitud no tiene límites." [8]

Al año siguiente —1888— tropezó con Brandes. Como también contaría él más tarde, halló un artículo del crítico danés consagrado a Zola, en una revista alemana. Seducido por el artículo de Brandes le escribió Sanín Cano y desde entonces se mantuvo en contacto epistolar con el autor de *Las grandes corrientes literarias en el siglo XIX*. En 1915 fué Sanín a Copenhague y visitó a Brandes. Las páginas en que el escritor colombiano ha contado esa entrevista [9] recuerdan otras del maestro danés en que refiere su visita a Ernesto Renan. [10]

Varona y Brandes constituyen los impulsos iniciales de la obra ensayística y crítica de Sanín Cano, ellos le ayudaron a superar el limitado, aunque brillante impresionismo modernista. De su contacto con Varona nació, según ha confesado él mismo, su escepticismo metódico y su rigor analítico. De Sanín y de cualquiera de sus libros de ensayos podría decirse lo que él escribió sobre *Desde mi belvedere* del pensador cubano: "Libro en apariencia de páginas inconexas, pero de una portentosa unidad emanada de la fuerza espiritual de su autor y del carácter adamantino que sella todas las circunstancias de su vida." En la obra total de Sanín, como en la de Varona,

XUM

se imponen y perdurarán los ensayos, antes que los libros de mayor sentido orgánico —la *Psicología* o *Letras colombianas*—, y es que en los primeros se muestra en toda su fuerza el espíritu inquietador, estimulante, por encima de la aparente frialdad y el escepticismo de ambos autores.

Brandes estimuló en Sanín su condición de gran civilizado, su universalidad de visión que a los miopes parece falta de casticismo o de colombianismo. Saliéndoles al paso a ciertos estrechos colonialismos que suelen exacerbarse en las horas de cobardía política, ya Sanín Cano había advertido cómo "es miseria intelectual ésta a que nos condenan los que suponen que los suramericanos tenemos que vivir exclusivamente de España en materia de filosofía y letras. Las gentes nuevas del Nuevo Mundo tienen derecho a toda la vida del pensamiento. No hay falta de patriotismo, ni apostasía de raza en tratar de comprender lo ruso, verbigracia, y de asimilarse uno lo escandinavo. Lo que resulta, no precisamente reprensible, sino lastimoso con plenitud, es llegar a Francia y no pasar de ahí". [11]

De Brandes viene también su concepto de la crítica. Conoció él y sufrió, como Varona, el influjo de Taine, pero lo superó en la misma forma que Brandes. Cuando señala las limitaciones del método taineano [12] coincide con las reservas hechas al mismo por el crítico danés. Como éste cree que la crítica es obra de arte, género literario "a la manera de la novela, la poesía, el cuento, la historia y el drama, con mayores derechos tal vez a la consideración de los estudiosos, porque supone una preparación más amplia y de más conciencia que los demás géneros. A más de su misión de comprender sin pretensiones docentes y de explicar sin querer implantar un pontificado, la crítica se propone en nuestros días buscar a un hombre detrás de cada obra o grupos de obras ejecutadas por un individuo. Se esfuerza por darle un puesto a cada artista en su época, no sin hacer patentes en cuanto sea posible los vínculos que lo enlazan a otros artistas y a otros tiempos. El autor, voluntariamente, o contra sus propósitos, pone todo su ser o una parte muy considerable de su naturaleza sensible o pensante en los productos de su imaginación, y es tarea del crítico buscar al hombre en las páginas que han salido de su mano, en los colores y líneas que ha dispuesto en el lienzo, en las mordeduras que su cincel ha dejado sobre el mármol inerte". [13]

Estas ideas las repetirá y ampliará después en artículos y comentarios y en su intervención en el debate sobre la crítica sostenido en su biblioteca con Hernando Téllez, Luis Cardoza y Aragón, Daniel Arango y Andrés Holguín.[14] Tomando como pretexto un artículo de Téllez[15] que, en cierto modo, insistía en problemas ya señalados por Sanín en el "Ocaso de la crítica", se reunieron los escritores citados en torno al maestro colombiano para discutir las posibilidades y el alcance de la crítica literaria. Junto a las de sus jóvenes compañeros, las intervenciones de Sanín Cano destacan su precisión y su frescura, la actualidad de su información y, no obstante su peculiar escepticismo, la seguridad y firmeza de sus convicciones. La discusión adquiere unidad de sentido cuando él asienta una definición: "La crítica literaria es la apreciación de las obras de arte verbales conforme a cánones establecidos por el principio de autoridad, por las prescripciones de la psicología o por el gusto de quien ejerce tan escabrosa y complicada labor. Hay por eso varias formas en este género de expresiones de la inteligencia comunicativa.

"La crítica —afirma Sanín— abarca todas las zonas del pensamiento, porque criticar, según lo está evidenciando el origen de la palabra, es fundar, discernir, opinar. La crítica literaria tiene su campo de acción en el análisis de las obras de arte que pertenecen a la literatura. Se insinúa en otros géneros con la voluntad determinada del autor o a pesar suyo. No hay límites precisos. Hay novelas en que la crítica literaria forma parte de su contenido. La crítica invade los campos de la poesía en Horacio, en Boileau y recientemente en un curioso libro de crítica de Karl Shapiro, titulado *Rime*. La novela y la poesía invaden el campo de la crítica, y a veces el crítico se sirve de la forma animada de expresión para hacer sus conceptos más asequibles a la memoria de los probables lectores. La crítica fué considerada, antes de ahora, como ejercicio de corrección o de castigo, según leyes aceptadas por una tradición apoyada en tendencias docentes del espíritu humano.

"Hoy la crítica es más bien un procedimiento de comprensión, de análisis o de explicación, siguiendo los senderos abiertos por los exploradores en el estudio del abstruso mecanismo del pensamiento. Sus temas propios son la obra y la mentalidad del autor o como los delatan su vida y sus producciones en verso o en prosa."

XUM

En el debate, Sanín Cano insistió en el carácter de obra de arte de la crítica literaria, en la acción recíproca entre el autor y el medio, en el contenido filosófico de toda crítica y en la incompatibilidad de ésta con cualquier clase de polémica. "Nada es tan contrario a la verdera crítica literaria —afirmó Sanín— como la polémica en sus varias formas. El polemista cree tener la verdad en su mente y a su alcance. Se esfuerza por hacer llegar al ánimo de sus lectores la convicción de que él está poseído de la verdad, y por lo tanto aprovecha todos los recursos que le ofrece la literatura para deformar el pensamiento ajeno. El crítico no está seguro de poseer la verdad, y no siempre tiene por demostrable que ella existe. En buscarla, como dijo Lessing, hay más placer que en haberla hallado."

Aquí reaparece el escéptico que rehuye la polémica porque no está seguro de su verdad. En Varona esa actitud estuvo limitada, corregida, por su convicción de la justicia que asistía a la causa de la independencia de Cuba; en Brandes, por su lucha incesante, como recordara Sanín Cano, contra todas las formas de la reacción. En Sanín el escepticismo también tiene sus límites y más que una profunda actitud vital es arma defensiva e instrumento metódico, agua regia que pone a prueba la nobleza de cualquier metal. Con su escepticismo metódico por bordón y compañero puede Sanín correr sin riesgo los más diversos e intrincados caminos a que le lleva su insaciable curiosidad de *dilettante*, sin temor a perderse, como muchos, en la selva oscura de la propaganda contemporánea. Por eso, en medio de la histeria, de la confusión y de la cobardía de nuestro tiempo que asesina por la espalda a dirigentes obreros y niega el derecho de asilo a los poetas, que sostiene a los reyes contra los pueblos en nombre de la "democracia" y pretende acallar el ansia universal de justicia con las sobras de la mesa de Epulón, Sanín Cano clava su "fría" sonrisa escéptica y dice sin pasión la palabra precisa:

"La lucha del mundo contra el comunismo —ha escrito recientemente— es una obsesión del capitalismo un tanto escasa de fundamento. En 1919 y 1922 se dieron leyes los saxoamericanos para defenderse del comunismo y perseguirlo. Fué un fenómeno de regresión política, en cuya duración se cometieron graves injusticias hoy históricamente reconocidas, y no pocas tonterías que ojalá pudieran olvidarse. Ahora ha regresado el pánico infundado con aparien-

cias de venir a quedarse." Y luego añade: "Las trincheras artificiales son ineptas: donde haya un hombre oprimido, sin alimento ni vestido, donde haya una fiera con hambre, el comunismo emerge como un cuerpo liviano puesto en libertad en el fondo del agua: es un fenómeno de gravitación moral. El señor Truman no debe ir a Grecia para evitar la difusión del comunismo. Si constituyen una realidad los ambientes pintados por *Racimos de ira* y *Tobacco Road*, hay todavía campo en el país a que estas novelas se refieren para el desarrollo malsano de las ideas colectivistas. Hay un empleo mejor que darle a la riqueza pública de los Estados Unidos: suprimir esos ambientes, antes que hacer trincheras en Grecia contra el comunismo." [16]

Este es Baldomero Sanín Cano, *dilettante*, hombre universal, a quien —aplicándole palabras suyas sobre *Fray Candil*— un hado benigno ha condenado a vivir joven, después de los ochenta años, en medio de la decrepitud circunstante.

JOSÉ ANTONIO PORTUONDO,
The University of Wisconsin,
Madison, Wisconsin.

NOTAS

1. Rafael Maya. *Consideraciones críticas sobre la literatura colombiana.* Bogotá, librería Voluntad, S. A., 1944, pp. 71-73. Según Maya, "Sanín Cano fué el crítico de esa generación [la modernista, que desdeñó la tradición española por la imitación de modelos franceses] y el hombre que mejor asimiló, entre nosotros, el credo estético y filosófico del modernismo. Supo juntar al método riguroso de los críticos franceses, una buena dosis de *humor* británico." En un párrafo anterior afirma que la ideología de Sanín y de los modernistas como Silva, "y, en cierto modo, Valencia, se nutría del individualismo radical de Nietzsche, de la crítica racionalista de Renan, del aristocrático desdén de Mauricio Barrès y del subjetivismo incoercible de poetas como Hoffmanstal y Stefan George".

2. Max Grillo. "La obra de B. Sanín Cano" en *Ensayos y comentarios.* París, Editions "Le Livre Libre", 1927, pp. 311-325. El libro está prologado por Sanín Cano. En el ensayo citado afirma Grillo: "Me atrevo a pensar que la primera grande influencia recibida por la inteligencia de Sanín fué la de Hipólito Taine. Aún conservan sus escritos algo que se parece a la

XUM

sobriedad científica de las páginas del autor de tantos libros memorables. En Taine admiró Sanín, sin duda, el método, sin aceptar lo que aquél tenía de sistemático y destinado, en consecuencia, a sufrir revaluaciones. En definitiva han sido los pensadores ingleses los que en mayor grado contribuyeron al desarrollo del temperamento crítico de Sanín. De los españoles antiguos sólo parece haberle impresionado don Francisco de Quevedo."

3. Luis María Mora. *Los contertulios de la Gruta Simbólica.* Biblioteca aldeana de Colombia, núm. 53, Bogotá, Editorial Minerva, 1936, p. 137. Vid. la descripción del abigarrado y pintoresco salón de la Gruta en pp. 42-44. Mora es uno de los sostenedores de la teoría del desprecio de Sanín Cano por todo lo mediterráneo, ignorando sus reiterados y estrechos contactos con la poesía y la crítica de Carducci y, en general, con toda la literatura italiana, desde Dante hasta Marinetti. En una entrevista publicada en *El Tiempo* de Bogotá, el domingo 10 de noviembre de 1946, afirmó Sanín que la obra que mayor impresión había causado en su espíritu juvenil fué *Los novios*, de Manzoni, leída en el original italiano, en 1881, y que su primera publicación fué un comentario a una conocida obra de Mantegazza.

4. *Ob. cit.*, p. 140. Un testimonio elocuente de la acción estimulante, formadora, de Sanín Cano sobre sus contemporáneos se halla en la nota en que el propio Sanín explica cómo mostró a Silva el ritmo de los versos alemanes de Schiller, que Silva no podía leer en aquella lengua, de la *Canción de la campana*, imitado luego por el poeta colombiano en su *Día de difuntos*. Vid. Alberto Miramón. *José Asunción Silva. Ensayo biográfico con documentos inéditos.* Suplemento de la *Revista de las Indias*, núm. 7. Bogotá, Imprenta Nacional, 1937. La nota de Sanín Cano aparece en la p. 113.

5. *Id.*, p. 147.

6. "Las memorias de los otros". *Revista de las Indias.* Segunda época, t. 1, núm. 1. Bogotá, diciembre, 1938, pp. 16-43.

7. Recuérdense sus palabras de agradecimiento en el homenaje de la revista *Nosotros*. "Faltando a mi natural timidez y exagerando un tanto vuestra penetración —dijo entonces—, me atrevo a decir que acaso me hacéis esta manifestación porque habéis descubierto que soy un escritor sin rival. En efecto, no tengo rival entre los poetas porque jamás he escrito versos; no lo tengo entre los novelistas porque, incapaz de mirarme introspectivamente para adjudicarles en seguida mis ideas y sentimientos a personajes imaginativos, no he inventado ni publicado novelas; me ha fascinado la luz de las candilejas, pero, hombre extraño a las grandes emociones y profundamente débil ante las expectativas ansiosas, he preferido contemplar esa luz desde las butacas, no detrás de bastidores, donde se colocan los autores dramáticos y donde la vida late con un ritmo dionisíaco; tampoco tengo rival entre los ensayistas, porque no hay quien pueda decir que conciliara el sueño o prolongara la vigilia leyendo un libro de ensayos que yo haya perpetrado; considero, por último, plausibles todos los sistemas filosóficos, y tengo por ociosa la tarea de crear nuevas explicaciones del entretenido y enrevesado

enigma del universo. No tengo, por lo tanto, rival entre los filósofos. Por último, no tengo rival entre los periodistas, porque, como vosotros sabéis, en esta bella profesión que es más bien un apostolado donde se aspira al martirio, la rivalidad está ausente y es incomprensible." *Nosotros*, año XIX, t. XLIX (1925), pp. 513-516.

8. "Un rayo de luz en la penumbra." *Homenaje a Enrique José Varona en el cincuentenario de su primer curso de filosofía.* La Habana, Publicaciones de la Secretaría de Educación. Dirección de Cultura, 1935, pp. 19-22.

9. "Una visita a Jorge Brandes en plena guerra europea." *Revista de las Indias*, época segunda, vol. 1, núm. 4, Bogotá, marzo, 1939, pp. 521-538. Vid., además, su conferencia sobre Brandes, leída en Buenos Aires en 1925 y recogida en *Indagaciones e imágenes*. Bogotá, Ediciones Colombia, 1926, pp. 153-178.

10. George Brandes. *Creative Spirits of the Nineteenth Century*. Translated by Rasmus B. Anderson. New York, Thomas Y. Crowell Co., 1923, pp. 205-206.

11. "De lo exótico" en *Divagaciones filológicas y apólogos literarios*. Manizales, Colombia, Casa editorial y talleres gráficos Arturo Zapata, 1934, pp. 217-233.

12. *Letras colombianas*. México, Fondo de Cultura Económica, 1944, "Nota inicial", pp. 7-10. En ella asume Sanín Cano una posición intermedia entre Taine y Brandes, aunque el método seguido en la totalidad de la obra se aproxima más al del segundo.

13. "Ocaso de la crítica." *Revista de las Indias*, época segunda, núm. 6, mayo, 1939, pp. 193-201. Compárense las ideas expresadas en este ensayo con las sostenidas por Brandes en el prefacio de su ya citado *Creative Spirits*.

14. *El Tiempo*. Bogotá, domingo 20 de abril, 1947.

15. "Azares y perplejidades de la crítica." *El Tiempo*, septiembre 15, 1946.

16. "La doctrina Truman." *Revista de América*, núm. 29, Bogotá, mayo de 1947, pp. 145-151.

XUM

Un Maestro de América

La prueba de fuego para el escritor, por lo menos, para cierta clase de escritores, es la proximidad, la viva e inmediata convivencia con el lector. Sin duda, para ciertas especies de producción intelectual, la cercanía y trato con el autor no quita ni agrega nada, porque cuanto solicitamos de él nos lo proporciona su obra, y si luego nos aproximamos a la persona o buscamos información sobre ella, no es para corroborar la enjundia del escrito, sino únicamente por un sentimiento de simpatía humana o por un movimiento de curiosidad. Pero no ocurre así en otros casos. Cuando la obra no es de índole puramente estética o fríamente científica; cuando tiene algo de mensaje; cuando lo intelectual se acompaña de una resonancia cordial o ética, entonces nos parece que la enseñanza del papel impreso se completa y perfecciona con la presencia del autor, con la visión de su rostro y el sonido de su voz y sus ademanes y gestos. Es como si pidiésemos al hombre la confirmación de lo que de él leímos, como si buscarámos en la persona testimonio y garantía de la obra, dispuestos a conceder a ésta el crédito que la persona nos merezca. Esta experiencia de repensar una enseñanza bebida en la lectura, en la presencia actual del autor y a veces a lo largo de alguna convivencia con él —experiencia tantas veces decepcionante—, la tuve yo con don Baldomero Sanín Cano hace ya bastantes años, en Buenos Aires. Don Baldomero, residente por entonces en nuestra ciudad, frecuentaba ciertos grupos de que yo formaba parte y en los cuales era costumbre el encuentro, hasta regularmente semanal en algunos casos. Sanín Cano llevaba a estas largas conversaciones ese saber madurado en sabiduría que sólo poseen los que han decantado los zumos de la vida y de los libros en los senos de una conciencia lúcida y profunda. Su palabra era escuchada con respeto,

y él tenía el arte de saber escuchar a los demás. Suscitaba por igual la admiración y el cariño, y cuando, alejado de Buenos Aires, nos faltó su compañía, nos parecía sentirlo de continuo entre nosotros, y sólo así nos consolábamos de no tenerlo a nuestro lado. Yo sé que este trato con Sanín Cano ha engendrado con él muchas amistades de esas que desafían luego el tiempo y la distancia, y se preservan y cultivan como bienes inapreciables. Seguro y afable, firme en sus convicciones y tolerante con las ajenas, docto en todo saber y en la ciencia de la vida, ya la primera impresión que proporcionaba al conocerlo era la del indiscutible maestro que ha sido desde bien temprano.

Sanín Cano encarna con perfección un tipo intelectual que es acaso el que más escasea en nuestras tierras y probablemente el que más necesitamos. En Hispanoamérica abundan los especialistas capaces de examinar con rigor y versación un problema histórico, filosófico y aun científico; abundan también los puros literarios, muchas veces de calidad notable. En cambio escasean los ensayistas, los que podríamos denominar los hombres de las ideas en libertad. Y no andaríamos muy lejos de la verdad si dijéramos que es Sanín Cano nuestro ensayista máximo, entre los vivientes. El ensayista es uno de los más refinados y complejos productos de una cultura, y por eso la nuestra, todavía juvenil, cuando no puerilmente escolar, nos los ofrece con tan lamentable rareza. En otras formas de la actividad del ánimo, la imitación y la importación de lo ajeno suplen la carencia de lo propio; el ensayista no puede ser imitador ni le es lícita la importación lisa y llana de lo extraño, por el personalísimo cariz de su profesión, que tiene tanto del arte como de la ciencia, pero que es, sobre todo, la expresión de una individualidad espiritual. Es fácil, hasta donde puede calificarse de fácil la honrada tarea intelectual, producir ateniéndose a los cauces preexistentes de la indagación o exposición histórica, filosófica o científica; en ellas se puede realizar una faena útil y meritoria, aun cuando no se posea un talento eminente. El tratadista de esos asuntos se subordina a los objetos de su interés, sea de primera, sea de segunda mano, y nos brinda sus resultados propios o nos comunica los ajenos, con lo cual en toda circunstancia vamos ganando algo o mucho. El ensayista representa otro género de enfoque y de preocupación. Su personalidad predomina sobre su asunto; lo humano le interesa antes

que lo especial. Cada particular tema, aunque por ventura lo domine y ahonde como el especialista más consumado, es para él un momento o accidente en el vasto paisaje de la vida y de la cultura. Nunca se deja absorber por el asunto, hasta el extremo de olvidar que es un episodio en el desfile de las horas y de los sucesos. La totalidad del panorama intelectual es su experiencia dominante, y esa experiencia se concentra y vibra en un alma abierta a todos los vientos del espíritu, alerta a todos los ecos y rumores, exploradora de todos los rumbos de la cultura, rica en conocimiento y más rica todavía en comprensión. El ensayista, cuando lo es genuinamente, es el gran señor de la cultura, ese aristócrata cuya multiplicación es la condición necesaria para cualquier democracia auténtica: no en vano ni casualmente coinciden en Inglaterra el ensayismo y la democracia, con arraigo y solidez incomparables. El especialista se ciñe a su tema y en cierta medida le sacrifica su autonomía; hasta en ocasiones, para ser buen especialista, para rendir su máximo esfuerzo, tiene que autolimitarse y deshumanizarse, tiene que llegar a ser tan circunscrito a un punto como el obrero de la gran industria que sólo realiza, infinitamente repetida, una sola operación ínfima. Es habitual que desconozca cuanto no toca a su oficio y aunque desprecie todo el restante ámbito cultural, si bien suele enmascarar su desestima con las apariencias de un aprecio tolerante. El ensayista reivindica al hombre ante la imponente masa de los bienes de la civilización; en forma palpable muestra que toda actividad y todo producto cultural brotan del hombre y son para el hombre, componen un orbe del cual el hombre es el motor, el centro y el fin. Hasta podría decirse que el ensayista encarna el espíritu filosófico con mayor fidelidad que el filósofo mismo, porque el filósofo, agente de la tendencia a lo universal, llega a convertirse en un especialista de ese universal que persigue, cuyas manifestaciones concretas y palpitantes, por lo tanto, se le esconden. Representa, pues, el ensayista, como antes se dijo, el espíritu en libertad. La característica del ensayismo es la primacía del autor sobre su tema, pero no como libérrima arbitrariedad o capricho irresponsable, sino como la supeditación de cada asunto o tema parcial a una amplísima experiencia humana, que lo sitúa en un tejido de innumerables correlaciones expresas o tácitas, en un campo poblado de incontables ecos. Y de este modo, cualquier asunto se renueva entre las manos del ensayista,

XUM

cobra una vida nueva y fecunda, porque *todo lo demás* concurre a fertilizarlo, y él a su vez fertiliza *todo lo demás*. El secreto del cumplido ensayista consiste en contar, mucho más allá de su tema ocasional, en sus aledaños y aun en el interior del tema mismo, con todo lo restante; lo cual viene a ser una manera de poner al tema en función del hombre, ya que es condición natural del hombre ser el foco y punto de referencia de todo lo habido y por haber. En realidad, es éste uno de los principales requisitos del pensamiento filosófico: pensar en una cosa, pensando al mismo tiempo en todo lo demás; lograr que el conjunto sirva de contorno y acompañamiento a cada particular motivo. Pero ya se ha dicho que el ensayista, desde cierto punto de mira, asume una posición más filosófica que la del filósofo profesional, constreñido por propensión y oficio a derivar hacia el especialismo y a naufragar finalmente en él.

Ensayista ejemplar, la cultura colombiana ha tenido en Sanín Cano un guía seguro y con frecuencia un adelantado que ha sabido incorporarle tempranamente muchas puras esencias de la cultura universal. Maestro americano, no podría ser él sino maestro en universalismo, porque la universalidad es una de las vocaciones de nuestra América, y no hay razón para que no conviva con la peculiaridad nacional y aun local y hasta se asiente en ella, como no hay inconveniente para que una misma verdad sea pronunciada en muy diversos idiomas. La contraposición de lo propio a lo que es, por su índole y su alcance, de todos, es una de las torpezas que debemos combatir, una de las falsas oposiciones que no engendran sino confusiones y valoraciones absurdas, y cuya única consecuencia a la larga es el gasto inútil de energías y la pérdida de tiempo, porque todo lo altamente humano es de todo hombre por derecho intrínseco y termina por ser reconocido así, mientras los prejuicios lugareños caen desvanecidos, más que por cualquier crítica, por la muerte que llevan dentro, por la propia inanidad.

Sanín Cano ha sido fiel a su patria nacional y a su más extensa patria americana, siendo fiel a la cultura de occidente. Este homenaje tardaba ya. Muchas veces sus amigos hemos reparado en el débito que con él se tiene, en la deuda de América hacia uno de sus hijos más preclaros por la inteligencia, la rectitud y el servicio; que es como si dijéramos: por el aporte y por el ejemplo. Todavía nuestros varones de jerarquía más excelsa no han obtenido el recono-

cimiento que merecen en la conciencia común, ni la justa ponderación de sus valores en estudios que aquilaten sus méritos y diluciden la magnitud de sus contribuciones: obligaciones que de ninguna manera son exclusivas de los respectivos países para con sus nacionales, porque nuestra cultura salva fronteras y es tesoro indiviso de toda el área iberoamericana, y, con determinadas reservas y restricciones, también de todo el continente, cuya solidaridad material y espiritual comprenden mejor cada día los más avisados. Uno de nuestros deberes de urgencia es el recuento y destaque de nuestras fuerzas válidas, de los impulsos civilizadores con que contamos, de los elementos que poseemos para la elevación de la vida en nuestros países; entre estos elementos, huelga decirlo, los primeros y capitales son esos hombres de excepción que honran a toda América, sea la que fuere la parcela americana a que por su origen pertenezcan. Si les debemos su acción, todos nos debemos a nosotros mismos procurar que esa acción se difunda, se estime, se aproveche. Ante el caso concreto de don Baldomero Sanín Cano esta obligación se refuerza particularmente, pues personifica él uno de los más nobles y eficaces estímulos con que ha contado y cuenta la espiritualidad de nuestras tierras.

FRANCISCO ROMERO,
Martínez, Buenos Aires.

Don Baldomero

El insuperable magisterio de este gran vikingo nacido en Antioquia que se llama don Baldomero Sanín Cano, es tanto más eficaz en las letras de América cuanto que se ejercita superando todo énfasis, todo artificio y actitud inflada. Jamás se vistió de mágister y el acto de escribir es para él función natural y cotidiana; sencilla vigilancia de todos los días. Para Sanín Cano no han existido temas tabú y encontró la profundidad penetrando la corteza de las cosas más triviales, los pequeños hechos vistos con amor, al trasluz de la más esclarecedora y casi diría, minuciosa simpatía humana. Don Baldomero escribe con la misma diafanidad con que conversa paseándose por su mundo de observaciones y recuerdos; cazando la cita oportuna y hasta alivianándola como una mariposa en la red de su estilo exacto, no carente de un humorismo cálido y bien destilado como ese oporto que anima las conversaciones de sobremesa mientras afuera reina la bruma. Oporto y conversación muy británicas, ya que si a alguien se parece Sanín Cano en lo que pudiéramos llamar su actitud vital es a aquellos ensayistas y memorialistas del siglo XVIII inglés que pedían al propio desfile de la vida y a los hallazgos de cada diálogo inteligente, el tema de sus tratados. Como Addison, ha sido el perfecto "Espectador" sin que el don de ver y reflexionar haya menguado su sensibilidad ante los hechos sociales, su emoción y responsabilidad ante la injusticia. Arquetípico liberal en un momento en que la intolerancia y los contemporáneos mitos de "Estado" y de "Partido", ofuscan todo planteamiento objetivo de la verdad.

Otros escritores de América —especialmente los de la generación a que pertenece cronológicamente Sanín Cano— se vistieron de artistas desdeñosos o de maestros en la continua liturgia de su

palabra sagrada. Gran parte del talento literario de un Rodó —pongamos por caso— se malgastara en su oficio de admonición permanente, en el cuidado que llamaríamos estilístico de no arrugar la clámide del gran sacerdote. En jadeo de pensador y glosando pequeñas recetas morales, Rodó es un escritor cuya excesiva preocupación formalista y el redondo tono de excelente discurso a que siempre aspira su prosa, le resta intimidad y sentido de lo auténticamente concreto. Habla siempre como un buen libro, pero es que a veces deseamos que los libros nos hablen como hombres que sufren, sueñan, gozan o se contradicen. O como decía Montaigne, maestro de toda literatura vivida, honda de experiencia personal: "Si, avons nous beau monter sur des échasses, car, sur des échasses, encore faut-il marcher de nos jambes. Et sur le plus haut trone du monde, nous ne sommes assis que sur notre cul." La superabundancia ornamental ya nos aleja de algunos de los grandes escritores de la generación modernista, y mérito de Sanín Cano es vencer todo límite generacional en el testimonio de una prosa precisa, cuyo encanto estriba en la claridad ceñida al tema, en la palabra que se engasta sin sobresalir ni brillar con exceso. Lógica latina, con saludable humor inglés y hasta esa proverbial sabiduría lingüística aprendida de sus viejos campesinos colombianos que hablan mejor que los académicos, sería su aproximada fórmula de estilo. Y este don Baldomero tan cosmopolita, tan diestro glosador de literaturas nórdicas cuya flexible sabiduría puede comentar con la misma exactitud un plan de economistas y expertos que se preparan a ordenar el mundo, como la más intrincada sutileza semántica, es al mismo tiempo aquel antioqueño universal —es decir, de una de las regiones y grupos humanos más definidos de Colombia— para quien la epopeya de su pueblo es vida en que participó; hechos que recogiera antes de tornarse historia escrita, en los casales campesinos, en tertulias de pueblo o salón provincial, en ferias, comicios o directorios políticos. Tiene del hombre antioqueño cierto nomadismo de minero; sentido de lo concreto, comprensión de lo económico que lo convirtió en su juventud en empresario de una compañía de tranvías y perito de finanzas y hasta aquella estupenda vitalidad de los patriarcas de su provincia que sólo rinden la vida de pie o sobre su estribo de jinetes colonizadores, prolíficos y matusalénicos.

Su obra dispersa en centenares de artículos ha sido una de las que abriera a los latinoamericanos de los últimos cincuenta años los caminos de lo universal. Auscultador de civilizaciones, literaturas lejanas y momentos políticos, cada uno de aquellos ensayos que Sanín Cano mandaba a *La Nación* de Buenos Aires compendiaban la materia de un libro o de un diagnóstico del mundo. Y así como en la Bogotá de los años 90, su amigo de juventud, el pálido y enlutado *dandy* que se llamó José Asunción Silva estaba renovando la sensibilidad de la poesía criolla, envolviéndola en las finas nieblas del matiz, don Baldomero transformaba lo que puede llamarse nuestra actitud ante los conceptos, el círculo de problemas e inquietudes espirituales en que se movería la nueva conciencia. Este montañés de Antioquia, había nacido con vocación de alta mar. El botín de sus peregrinajes por todas las latitudes de la tierra y del espíritu, aún sigue volcándose en las páginas de los periódicos y revistas de América. Para don Baldomero —a diferencia de aquellos escritores que se esterilizan a fuerza de escrúpulos estetizantes— no existe el *sujet noble*, porque todos, aun los que parezcan más nimios son elevados por la penetración de su inteligencia y el decoro de su estilo, a la categoría de problemas.

MARIANO PICÓN-SALAS

XUM

Palabras sobre un Rector

Escribo al vuelo, por el llamado de mi amigo, el profesor Manuel P. González, de la Universidad de California, quien por ser un catedrático gobernado por el sentido cualitativo, hace de convocador de esta solemnidad americana. Ya no hay tiempo para cumplir dignamente con el aniversario del rector moral de repúblicas a quien llamamos Sanín Cano; sólo alcanzaré a decir que los ausentes estamos sin bulto pero muy presentes en la fiesta bogotana y esto por las siguientes razones:

En la meseta de Anáhuac está nuestro Alfonso Reyes y en la de Cundinamarca está nuestro Sanín Cano, y se les nombra juntos porque sus funciones son mellizas: ambos han preferido una labor nocturna y ácida de mineros, a la kermesse literaria con faroles y algarada. El, como Alfonso Reyes, escogió lo mejor al optar por lo más puro y lo más difícil.

Ahora celebra su pueblo letrado al hombre ejemplar que lleva cincuenta años de enseñar sin aula y de influir sobre su gente al margen de todo bando político.

Sanín Cano ha enseñado buena parte de lo que sabemos sobre la sobriedad, la seriedad y la ética del escritor y ha mostrado el perfil verídico de la libertad, el civismo y la democracia, a su generación, a la mía y a la siguiente. Lo que celebramos es, por lo tanto, una larga lección que corre hace medio siglo por las costas del Caribe y del Pacífico, en algo así como un seminario ambulante y continental. (El libro y el periódico son eso: ambulancia de ideas que camina sin dueño, trotadora, sola y viva...)

Algunos hemos admirado al maestro Sanín Cano sin decir nada de él, como a una piedra de catedral que, siendo bloque de clasicismo eterno, sobra vocear en ateneos o cervecerías. Pero hoy es el

día de declarar el culto silencioso que le hemos dado y no por él, sino para apearnos del pecho la alforja cargada de una deuda.

Este aristócrata, aunque escriba para los de su orden, atrapó también a los amigos de la lectura fácil y en su país ha llegado hasta la masa misma. Porque desde su elogio del trabajo manual a sus artículos de periódico, él ha querido sembrar a puño abierto a pesar de su categoría y de cierta frialdad deliberada que corre por su obra y que corresponde al frío tónico de las ideas. Sembrar un trigo geométrico y un maíz menos ardido que los maíces criollos, eso es lo que ha hecho.

Y ha sido por excelencia un artesano de la lengua, a la vez, sencillo y elegante y substancial sin pesadez. Y él nos ha regalado en cincuenta años algo del juicio y de la seriedad que sus adoctrinados podamos poseer en el escribir y en el vivir.

Todos hemos tomado algo suyo, comido de él, sorbido de él, así, anónimamente, sin rostro y nombre expreso y desde los vértices opuestos del triángulo sudamericano.

Hemos callado respecto de nuestro guía precisamente a causa de su repugnancia hacia las "profesiones de fe" ruidosas y de su desdén por aquellos elogios en los cuales se escurre un hilillo de adulación.

Pero ahora echamos el espíritu de sierras arriba para hacer presencia en el aniversario de una obra que nos contradijo corrigiéndonos y que ha podado la superabundancia criolla precisamente a causa de su amor por la ceiba tropical y los pinos australes...

* * *

En estos días de su jubileo, nosotros esperamos del gobierno colombiano el acto que llaman los hacendados "prestar al vecino semilla cernida". Lo que está haciendo Cuba con Martí y lo que hace a estas horas México con don Justo Sierra, tiene que hacerlo la Colombia letrada por su pedagogo social y su ensayista divulgador de culturas. Que algo quede de las fiestas del año 48 y que eso sea un reparto del sustento recogido, y hasta hoy *quedado*, dentro de los silos colombianos. Ni la propia España le conoce lo bastante, y en el sur son muchos los que le admiran más por citas que por textos íntegros ¡cosa increíble! Así es de grande el desorden de la lectura en nuestros pueblos y así es la falta de jerarquía que gobier-

na el negocio librero y hasta las clases de literatura hispanoamericana.

* * *

Guarde Dios los pulsos morigerados y la frase viva pero sin galope de su prosa, a fin de que desde su mano derecha ese módulo sereno siga pasando, como una transfusión de sangre, a la gente moza. En este tiempo que por su desorientación se parece al hombre beodo, la juventud necesita más que nunca del viejo lúcido cuyo ojo vale por el buen diamante. El cristal sin borra y de aristas netas han sido la óptica y la geometría del ensayista. Y tal claridad y tal firmeza, junto con el clima parejo de su alma, tal vez sean más útiles que nunca ahora que un vaho caliginoso nos borronea los caminos y vuelve atarantados hasta los peatones más plácidos.

GABRIELA MISTRAL,
Santa Barbara, California.

Un Humanista Moderno

Pocos espectáculos ofrece la naturaleza humana más hermosos que la cima excelsa y serena de una existencia iluminada por la razón y la sabiduría. No me propongo tejer una vez más el elogio retórico de la vejez, ilustrado por tantas sentencias famosas, ni robarle argumentos a Cicerón y a todos aquéllos que después de él, o antes, asumieron la defensa del anciano que sabe llevar la carga de los años con dignidad. Un solo ejemplo vivo vale más que un discurso. Y ejemplo magnífico es para mí el que encarna Baldomero Sanín Cano contemplando el mundo con mirada lúcida y corazón firme desde la cumbre de sus ochenta y siete años. Ejemplo cuya dimensión crece cuando esa sabia vejez corona una existencia de pensamiento y estudio, admirable por su precocidad y fecundidad.

Cuando en la Buenos Aires anterior a 1890, abierta sobre el Atlántico, los escritores argentinos más curiosos de novedades tenían por principal y casi exclusiva fuente de cultura la francesa, salvo alguna rara y vaga excursión hecha a los demás hontanares europeos, en Bogotá, aislada en la meseta colombiana, Sanín Cano, aunque adicto conocedor del pensamiento y el arte franceses, les descubría a sus amigos los secretos de las literaturas germánicas y nórdicas contemporáneas, y en ellas a agitadores espirituales de la talla de Federico Nietzsche, Jorge Brandes y Enrique Ibsen.

¡Y qué amigos los suyos, los que recibieron el impulso de su inquietud intelectual, los que compartieron su constante anhelo de renovarse mediante la lectura! Baste recordar, sin adjetivos superfluos, a José Asunción Silva y Guillermo Valencia, además de poetas, insaciables de conocimientos. Otro de los iniciados fué Víctor M. Londoño, cuya vida celebró Sanín Cano con nobles palabras

XUM

socráticas, cuando el talentoso poeta, crítico y ensayista falleció en 1936.

Desde aquellos lejanos días finiseculares, Sanín Cano ha sido a través de seis decenios el maestro que da sin tasa, liberalmente, la palabra esclarecedora y orientadora; y lo ha hecho como quien sembrara sin que le preocupe negociar los frutos en monedas de reputación y vanidad.

Cuando llegó a Buenos Aires en 1925 en calidad de ministro plenipotenciario, no teníamos noticias de ningún libro suyo, y sin embargo, los argentinos cultos lo diputábamos maestro por su obra de ensayista dispersa en revistas y diarios. En el discurso con que lo saludé en el banquete que le ofreció la revista *Nosotros*, expliqué nuestra admiración por su obra, a la que definí, sin mengua para ella, de periodística. Pido disculpa de repetir algunos párrafos de ese discurso, pues no sabría caracterizar de modo diferente su obra total. Dije entonces entre otras cosas que hoy omito:

"Hijo de América, no teméis la democracia ni la libertad. Podéis condenar, habéis condenado sus errores y parodias, pero nunca renegaríais de ellas. Los valores caducos de Europa, sus extravíos presentes, no os alucinan ni seducen. Siempre fuisteis un severo censor del militarismo, de la diplomacia enredista, de los turbios manejos financieros, de la venalidad de la prensa, de la concupiscencia, inmoralidad, frivolidad y anarquía de esta sociedad decadente. De estirpe hispana, manejáis con perfecta maestría nuestro idioma, por el que el nombre y el espíritu de España sobrenadarán sobre la corriente de los siglos. Vuestra cultura es aquélla, universal, que sólo son capaces de atesorar con juvenil avidez, sin exclusivismos, los espíritus esclarecidos de América cuando dirigen sus miradas hacia el saber del viejo mundo. Singularmente modesto, habéis dejado dispersa en los periódicos vuestra múltiple y riquísima labor, con la cual podrían y deberán formarse muchos libros orgánicos, sólidos, henchidos de ideas, noblemente inspirados y sabrosamente escritos. ¡Qué exquisita cultura se muestra en ellos y aun en la más pasajera expresión de vuestro pensamiento! A través de los años, antes de que colaborarais en *La Nación* y después que os incorporasteis al cuerpo de sus corresponsales, nos habéis hablado de política, de economía, de historia, de ciencia, de arte, de letras, siempre con criterio seguro de hombre que ha acrisolado su cultura y madurado

su pensamiento. Vuestros artículos, vuestros ensayos, son de una pieza: dicen bellamente, con vigor y rigor lógico cosas nobles y justas. La larga residencia en Inglaterra ciertamente no ha sido ajena a vuestro perfeccionamiento espiritual. Tan español como sois por la lengua rica y jugosa que manejáis, tenéis mucho de inglés por la seriedad y solidez del raciocinio. En vuestros escritos nunca asoman la garrulería, el conceptismo, el preciosismo que tantos estragos hacen hasta entre los más agudos ingenios españoles. Aquella digna seriedad del pensamiento que tanto debe a las disciplinas clásicas, que se muestra en los publicistas ingleses, así llámense Macaulay como escriban en los periódicos del día, seriedad que no está reñida con un sano humorismo, no es el rasgo menos característico y precioso de vuestra obra. Y como habéis contemplado durante muchos años las cosas del mundo desde un alto observatorio europeo (aludía a su colaboración en la revista *Hispania* dirigida en Londres por Santiago Pérez Triana), apartado de las mezquindades de localismo y desligado de los intereses creados, y sois independiente y tolerante por naturaleza, no hay impulso ni movimiento modernos, aunque encontrados, en esta época de todas las tentativas y todas las experiencias, que no hayáis considerado con comprensiva atención. ¿Qué más se necesita para hacer un maestro? Talento, ilustración, carácter, clarividencia, afán de bien, todo lo tenéis."

Al fin se decidió Sanín Cano en Buenos Aires, ante la insistencia de los amigos, a recopilar ese mismo año una corta serie de sus ensayos en el volumen titulado *La civilización manual*, al que luego han seguido otros no menos sustanciosos. "Soy un periodista, nada más que un periodista" — nos dijo él la noche ya recordada, bromeando ingeniosamente sobre su carencia de aquellas facultades que hacen a los poetas, a los novelistas, a los dramaturgos y a los filósofos especulativos. Un periodista, sin duda; un gran periodista del linaje ilustre que cuenta en su seno eminentes pensadores de todos los tiempos, aun antes de la invención de las gacetas; una de esas plumas clarificadoras y disociadoras de ideas, expertas en convertir lo accidental y episódico en permanente, la anécdota en categoría. Por algo él ha hecho el elogio del valor documental de la anécdota elevada a símbolo. Ameno y oportuno narrador de cuentos al caso, lo mismo en sus artículos que en los convivios, siempre sabe extraer de aquéllos una filosofía general de la vida.

La pluma del grande anciano conserva en la vejez la misma agilidad de su mente, tan despierta hoy como en la mocedad. Si bien no me llegan todos los comentarios de los sucesos actuales que él publica con asiduidad extraordinaria en *El Tiempo* de Bogotá, los pocos que me es dado leer, ya directamente, ya reproducidos en otros periódicos, me atestiguan aquella misma alacridad suya. Más aún, nos admira verle mantener incólumes los ideales que encendían el ánimo de la juventud americana a fines del siglo XIX, sin las claudicaciones, renunciamientos y entregas que trae la edad o impone la necesidad. Siempre es digno de respeto el que se mantiene firme como una roca contra el embate mudable de los tiempos; como quiera que sea no renovarse en sentido progresivo revela estrechez cerebral. Ahora bien, cuando en los ancianos hay mudanza, ésta generalmente es en sentido regresivo, desandando el camino, abjurando los ideales de la juventud, naturalmente más amplios, cálidos, generosos y audaces que los de la edad cana. El joven "pertenece al partido de los que buscan la verdad sin temor de encontrarla y de los que no envenenan las certidumbres grandes con dudas pequeñas" — diré adaptando al caso una fórmula de ingenieros. Esa juventud del espíritu ha mantenido siempre Sanín Cano. Buena escuela fué aquella en que aguzó la inteligencia forjando sus poderosas armas críticas y dialécticas: capaz de arremeter sin miedo contra todos los ídolos, mitos y supersticiones de la tribu y de la plaza, así como de sostener denodadamente los principios sustanciales que son la sal de la vida y que la hacen merecedora de vivirse, abandonados uno a uno y poco por este siglo de voluntaria servidumbre.

Ello no le ha impedido al maestro colombiano revisar sus juicios ante el curso de los hechos sociales de que ha sido espectador durante largos decenios, practicando un fecundo escepticismo en el cual sonríe un templado humorismo de cepa sajona. Tal actitud crítica le ha sido posible porque su mente se ha abierto curiosa a todas las ideas. Tratando de su ilustre compatriota Miguel Antonio Caro, "hombre de convicciones profundas e invariables", "cuyas opiniones en religión, en literatura, en filosofía apenas se modificaron en los cuarenta o más años de su actividad política y literaria" — deja caer por ahí esta sentencia entre las muchas que realzan con observaciones de carácter general su reciente revista (1944) de las letras colombianas, editada en la colección mexicana Tierra Firme: "En

materias de arte y de literatura comprender mucho es más segura táctica que proscribir demasiado." Por cierto la censura implícita en la sentencia no puede aplicársele a él, ni en arte, ni en literatura, ni en ningún otro orden del pensamiento. Al revés de Caro que "negó muchas cosas", Sanín Cano ha procurado entender cuantas más ha podido, sin exceptuar la frecuente locura y estulticia humanas, que le han inspirado más conmiseración irónica y filosófica tristeza que indignación y odio. Su escepticismo activo y fecundo es el de aquella generación renaniana que dudó de muchas cosas, pero nunca de la necesidad de encaminarse por la comprensión de todas, a la tolerancia y la indulgencia.

La citada historia literaria, no por sencilla y sin pretensiones, desprovista de médula, es espejo de la ecuanimidad de su mente. No puedo menos de señalar en ella la reserva discreta con que el ilustre octogenario, formado intelectualmente entre la generación clasicista, que en su patria reaccionó contra el romanticismo, y la modernista, trata la poesía surrealista que hoy ocupa el tablado, absteniéndose de condenar lo que tan distante está sin duda de sus gustos y criterios estéticos.

De todos sus juicios resuma el concepto que él tiene de la vida y el hombre; en ellos se trasparenta cuáles son las normas ideales de la conducta ética e intelectual que, al aspirar a hacerlas suyas, configuran su personalidad. En estos rasgos de Pedro Henríquez Ureña, tan verdaderos, trazados por Sanín Cano ¿cómo no reconocer al pintor a la vez que al modelo, los que tuvimos la dicha de tratar personalmente a los dos? "Tenía el don de gentes —dijo del amigo cuando murió— y de él aprendíamos cosas de valor sus amigos, fuera de las aulas, en su conversación jugosa, plácida y llena de atractivos."

No ha trazado nunca Sanín Cano la semblanza de otro en prólogos, cartas y artículos, sin proyectar involuntariamente en el papel los rasgos bellísimos de su propio ser íntimo. ¿No se retratará en cierto aspecto a sí mismo, sin proponérselo, cuando refiriéndose a José Eusebio Caro, el padre de Miguel Antonio, estampa el siguiente juicio? "Hay temperamentos de agitadores en el buen sentido de la palabra, cerebros que excitan la actividad de otras inteligencias y promueven el adelantamiento de las letras y a veces su decadencia. La palabra hablada de un hombre versado en historia de

XUM

las literaturas, el buen gusto de quien no escribe pero difunde sus opiniones en la conversación diaria, en los cenáculos, por medio de conferencias, suelen tener a veces más importancia que el ejemplo ofrecido en composiciones literarias propias o en trabajos de crítica dados a luz en la prensa."

Eso ha sido y es Sanín Cano: un agitador, un excitador de otras inteligencias, un animador, un guía espiritual, y entendiéndolo así América le rinde por la voz de hombres de distintas naciones el homenaje de su gratitud y admiración. Ha merecido ese homenaje el infatigable sembrador que, sin prevalerse, para descansar, de los derechos que otorga la edad, ha arrojado a manos llenas ideas estimulantes en artículos, ensayos y conferencias, los cuales también por la pulcritud formal hacen de él un maestro de la literatura periodística. Por la universalidad de su mente conviénele asimismo con justicia el título de humanista moderno, en una nación que ha dado al habla castellana tres o cuatro figuras eminentes de humanistas de cultura clásica.

ROBERTO F. GIUSTI

Mi deuda con Baldomero Sanín Cano

Con estos renglones correspondo a la benévola y honrosa invitación que me ha hecho el profesor Manuel Pedro González, en Los Angeles, California. No sabe cómo se la agradezco.

Se trata de pagarle al insigne maestro Sanín Cano el tributo de respeto y gratitud que le debemos, hace años, los americanos instruidos del centro y del sur. Ojalá este homenaje sea para el prócer, en su modestia, motivo de bienestar y alegría. Y que su caso extraordinario sirva de ejemplo y estímulo a las generaciones nuevas. Cuánto tienen ellas que aprender en la vida larga y en la maciza obra literaria de Sanín Cano. Su perdurable lealtad consigo mismo. Su señorío espiritual inalterable.

Como editor del *Repertorio Americano* cuánto le debo, cuánto he recogido para bien de todos, de su valiosa cosecha de comentarista en *La Nación* de Buenos Aires, en *El Tiempo* de Bogotá. Saco la cuenta y veo complacido que en el *Repertorio Americano* se han reproducido 155 artículos de Sanín Cano. Y cuántos más esperan la ocasión favorable, o ya habrían salido, si de 1936 a la fecha no hubiese perdido el paso de semanario que hasta entonces traía. No sé de otra revista hispanoamericana que haya hecho lo mismo con su producción de publicista, sustento y sostén de generaciones. (Ciencia y conciencia.) Se le recordará con el tiempo como sembrador empeñoso, uno de los padres de hombres de nuestra América, junto a Bello, Sarmiento, Luz y Caballero, Cecilio Acosta, Hostos, Martí, para citar algunos.

Un plan, un ideario rico, renovado sin cesar, muchas lecturas y meditaciones, sin egoísmos ni vanidades, sin retóricas ni alardes, con sentido de la patria, como empresa de cultura, constancia

XUM

y fe creadora; tal es, en conjunto, lo que nos ha dado Sanín Cano como periodista en 50 años.

En enero de 1913, en el epítome número 25 de la *Colección Ariel*, lo presenté a los lectores costarricenses como "excelente escritor colombiano" y reproduje el primer artículo suyo, titulado "La Universidad y el espíritu nuevo"; lo saqué de *Hispania*, Londres, noviembre 1º de 1912.

Buscar el *espíritu nuevo*, en todas direcciones; tal ha sido uno de los más fecundos propósitos de Sanín Cano publicista. Cogió a tiempo la brújula y sabe a dónde va y cómo se va y marca luego a los hispanoamericanos el rumbo acertado. Es deplorable que la escasa difusión y coordinación de las ideas en que aún vivimos, no haya contribuído lo bastante a que sea más leído y reflexionado. En esta salvadora *federación de ideas hispanoamericanas* con que soñamos hace años; Sanín Cano sería uno de los promotores constructivos.

En el *Repertorio Americano* del 6 de diciembre de 1947 hemos recogido el artículo de Sanín Cano: "Diarios en la escuela y escritores sin diario." Es de diciembre de 1946 y lo tomamos de *El Tiempo* de Bogotá.

Es muy significativo: en ambos artículos, el primero y el último, a distancia de 34 años, una preocupación docente, como del rector que siempre ha sido Sanín Cano.

Y si nos fuera posible examinar, una a una, las 155 reproducciones a que antes me referí, y correlacionarlas, se vería que dentro del *Repertorio Americano* han seguido un rumbo, de acuerdo con el pulso que por años la revista le ha venido tomando a la conciencia de nuestra América. El crítico literario, el humorista, el estadista, el americano preocupado que hay en Sanín Cano, en esos 155 ensayos se manifiesta y de qué modo. Las nuevas tendencias económicas, políticas, literarias, filosóficas, educativas . . . , el libro nuevo, de ciencias o letras, el autor, de aquí o de allá, Sanín Cano los señala y da el consejo. Es un guía inmejorable, curioso, previsor, con el corazón y la inteligencia puestos en su Colombia, en su América.

Acérquense a Sanín Cano los jóvenes estudiosos, los periodistas nuevos; es saludable su influencia. Yo lo hallé por ahí de 1913, o tal vez antes, y desde entonces somos amigos, y he seguido sus pasos luminosos de egregio propulsor de cultura. Mucho estimo y

quiero a Sanín Cano. Mucho tengo que agradecerle. La primera que busco y leo, en las entregas de *El Tiempo* que afortunadamente recibo, es la del lunes, la que trae el último y esperado artículo de Sanín Cano.

Lo vuelvo a leer al cabo de los años y hallo sus escritos tan sabrosos como antes.

De los escasos ciudadanos del mundo y compatriotas del hombre que en nuestra América tenemos, Sanín Cano es uno de ellos.

Otros han de hablar en este homenaje de su calidad de escritor: pulcritud, sobriedad y elegancia en el decir: sencillo, claro: no les teme a las ideas, todas le interesan, las estudia, y se empeña en comprenderlas: su castellano aprendido tan a fondo, la gramática, la sabiduría del idioma propio y la de los ajenos: cuánto nos da, oportuno, de su saber copioso en historia, ciencias, filosofía y letras, de su rico anecdotario. Un pensamiento liberal, sin estridencias ni excomuniones. Disciplina, ecuanimidad y ponderación. Saber útil el suyo, bondad útil también diríamos. En eso se ha vivido.

J. GARCÍA MONGE

XUM

Sanín Cano, Amigo e Intérprete de la Argentina

I

La última visita que Sanín Cano hizo a la Argentina data, si no nos equivocamos, de doce años atrás. Un lustro antes de que viniera como delegado de Colombia al XIV Congreso Internacional de los P. E. N. Clubs, pasó entre nosotros una de sus temporadas habituales. En aquella oportunidad varios redactores de *La Vida Literaria* disfrutamos el privilegio de compartir su mesa en un almuerzo sencillo y cordial de auténtica camaradería. No se efectuó el agasajo en ningún restaurant copetudo del centro, sino en un merendero típico situado frente a los jardines de la Recoleta. Durante la colonia los padres Recoletos levantaron en ese sitio de Buenos Aires un convento, del cual queda ahora la iglesia del Pilar y junto a ella, la postrer morada de patriciado porteño y de la clase que se desvive por el sueño del nicho propio. No pueden pues concurrir al mesón cuyano comensales de ánimo mortecino ni impresionables por las sugestiones de la funeraria vecindad. Tampoco se presta el lugar para ofrecer demostraciones de protocolo a huéspedes ceremoniosos. Otra cosa muy distinta ocurre con don Baldomero que irradia una hidalga llaneza y un "esprit" de comunicativas calorías. Bien es cierto que la especialidad de la acreditada casa consiste en las famosas empanadas mendocinas que el dueño parecería recomendar con la convicción de un axioma: "¡Dése usted un gusto en vida y pruébelas antes de entrar en su respectivo mausoleo!" Luego para que la intimidad del encuentro fuera perfecta, nos sacamos una de esas fotos domingueras, orgullo de los álbumes familiares. Allí apare-

XUM

cen rodeando al maestro Francisco Romero, Samuel Glusberg, Justo P. Sáenz, César Tiempo, el que esto evoca y otros redactores del periódico que naturalmente reprodujo la primicia gráfica.

Tanto el ambiente acogedor del rincón provinciano como el tradicional barrio porteño que le sirve de marco, predisponían a estar a gusto entre amigos de todas las horas. No nos habíamos dado cita para rendir un homenaje estirado al "ilustre visitante" de que hablan las crónicas, sino para estar cerca del viejo, admirado y querido compañero. Sólo se festeja así, franca y afectuosamente, a los invitados de confianza. Y ese era entonces y sigue siendo para nosotros don Baldomero, pujante patriarca de las letras hispanoamericanas cuya amistad con la Argentina hace rato que cumplió las bodas de plata.

Como Bello, Sarmiento, Martí y Darío, Sanín Cano encarna y prolonga el signo de los grandes adalides del Nuevo Mundo ya que a todos se les disputan otras patrias además de la nativa. Tal es la prerrogativa de los promotores del espíritu americano: crear amistades vivas, suscitar fuentes de mutuo conocimiento y de inteligencia entrañable entre aquellos que se afanan por descifrar el alma de estos pueblos y por expresar sus impulsos más puros. De ahí que hablemos de Sanín Cano como de uno de los nuestros. Así queremos recordarlo hoy quince años después de aquella tarde, rindiendo culto a la cocina criolla y congregados a unos pasos de los gomeros que plantó el autor de *Facundo*. La imagen nos hace revivir el gozo de su compañía fraterna, de su charla sabrosa y de las iluminaciones de su sonrisa, llenas de inteligencia y de calor humano.

* * *

Fuera de sus largas residencias en Londres y Madrid, Buenos Aires ha sido uno de los dilectos fondeaderos espirituales de este peregrino de Colombia, como se ha llamado a sí mismo. De tal modo ha podido interiorizarse de las manifestaciones de nuestra vida pública y privada, mezclándose a la experiencia de cada día. Ese conocimiento le ha dado materia a Sanín Cano para interpretar los hombres y las cosas del país en su copiosa producción periodística, una gran parte de ella difundida desde las columnas de *La Nación*, diario del que es un colaborador veterano. Estadistas, políticos, científicos, artistas, escritores, hombres y mujeres de mundo, infinidad

de figuras representativas de la Argentina le inspiraron a Sanín Cano reflexiones sagaces y personales, cada una de ellas examinada dentro del círculo social o cultural donde gravita. La personalidad de Lugones, el advenimiento de Alfonsina Storni o los rasgos de nuestros humoristas, fueron captados por él magistralmente. Tenemos presente, entre otras, la serie de admirables medallones que tituló "Kodak argentino" (1927), en los cuales pone de relieve su extraordinario poder de observación, su maestría de psicólogo, su lapidaria facultad de síntesis, en suma, su arte de la semblanza breve. Esa galería nos hace pensar que si Teofrasto empezó a escribir los célebres *Caracteres* a los noventa y nueve años, el maestro Sanín por la lozanía de su espíritu, está en condiciones de repetir la proeza. Con la ventaja de que sólo tendría que completar esa serie de perfiles americanos.

II

Ahora bien, estamos seguros de que este enfoque argentino de la múltiple personalidad de Sanín Cano encontrará ecos similares y correlativos en México, Cuba, Chile o cualquiera otra de las naciones hermanas. De todas ellas posee una minuciosa información y un cabal concepto, pues como él afirmó del insigne peruano Mariátegui, "pertenece ya a la categoría de los escritores universales de América". Sanín cumple de este lado del Atlántico una misión parecida a la de Salvador de Madariaga en Europa: ambos calan en la diversidad de las idiosincrasias nacionales, con el anhelo de esclarecer e indagar bases sobre que tender los arcos de la unidad continental. Uno y otro, expertos en letras y autores ingleses, dignifican el periodismo de alto bordo propagando dichos ideales, bajo la común simpatía por los ensayos de psicología comparada de pueblos. Alguna vez nuestro celso vigía, instalado en Londres, le salió al paso a Gustavo Le Bon y a otros autores de vulgarizaciones sociológicas, bastante vulgares, en las que se desfigura y ridiculiza a Latinoamérica. Replicando a uno de esos detractores profesionales lo hizo blanco de su vena humorística con sordina. "Benjamín Kidd fué uno de esos autores que tienen poco que decir —apostilla Sanín—, escriben un libro y convencidos de la verdad de sus aserciones, vuelven a escribirlo con diferentes títulos y en formas diversas." Aludía a *The control of the tropics*.

XIIM

Medio siglo lleva Sanín Cano montando guardia intelectual en la patria grande que es el continente de nuestra habla y de nuestra mentalidad criolla en la vertiente de la influencia latina y sajona. Pocos tan eruditos en las literaturas inglesa y germánica, aunque le es aplicable la salvedad que él apunta al margen de Fitzmaurice-Kelly: "todo lo contrario de la idea popular sobre el carácter del erudito." Su profunda versación en estos dos orbes de la cultura traduce secretas preferencias temperamentales y aproximaciones filosóficas y estéticas, todo lo cual coloca a su obra en lugar aparte en medio de la generación modernista, casi toda enfeudada al meridiano de París. El pensamiento y la expresión de Sanín Cano trasuntan el amor a las cosas concretas y se ajustan a la organización de las ideas que distinguen al espíritu inglés, empírico y constructivo. Confirman ese parentesco el culto a la economía del discurso dentro de una austera elegancia, su expresión directa y su mismo sentido del humor. En el plano de la formación intelectual sobresale el inconfundible sedimento con que los estudios científicos fertilizan en la tierra de Aldous Huxley la vocación literaria. Se explica así su temprana contribución al re-descubrimiento de la obra de Guillermo Enrique Hudson, naturalista incomparablemente refundido en la intensa intuición del poeta y uno de nuestros máximos descriptores del hombre de la pampa.

Dichas modalidades subordinadas al fuerte sello individual de Sanín Cano configuran su acento de humanista moderno, de conciencia rectora de Hispanoamérica que está de vuelta de los sirenismos europeizantes de moda, por lo mismo que su concepción del Nuevo Mundo y de su destino se nutre fundamentalmente de la mejor tradición de la cultura occidental. Esa prédica de Sanín Cano está presente en su incansable mensaje en su doble función de escritor de envergadura y de periodista de ideas, por más que renuncie a divulgarlas a través del libro, lo que nadie lamenta más que sus admiradores.

Lo sorprendente es que la inquietud universal de Sanín se manifestó en plena mocedad y que llevado por tal ansia tuvo acceso a lecturas apenas difundidas por entonces en Europa en círculos de minoría. Con nostalgias de su Bogotá natal, él mismo escribía desde Londres en 1913: "Hace veinte años, en una remota capital sudamericana, las obras y las ideas de Nietzsche eran alimento de los estu-

diosos y materia de alusiones en la prensa diaria." Remy de Gourmont comentaba la *Revista Contemporánea* que Sanín animaba, conocedor ya de varias literaturas en su propio idioma. Basta decir que a fines del siglo pasado, cuando Unamuno se iniciaba en lengua danesa para leer a Kierkegaard, Sanín Cano en "la remota capital sudamericana" emprendía el mismo aprendizaje para leer a Jorge Brandes, con quien luego tuvo la satisfacción de sostener una correspondencia consagratoria. De esos reconocimientos de vanguardia y de sus versiones de poetas alemanes, fueron testigos entre otros amigos y discípulos, José Asunción Silva y Guillermo Valencia.

III

La mesura de Sanín en la apreciación de autores, libros y costumbres no se diluye en la equidistancia anodina. Su ponderación en el juicio es un dictado del criterio responsable, de un concienzudo y aquilatado discernimiento de los valores de la vida y del espíritu. Constituye la entereza en el sagaz y noble discurrir, el concierto entre el pensamiento que avanza con cautela y la probidad del que modela la opinión pública. Es la mesura del hombre noticioso y juicioso cuya apología trazó Gracián en *El discreto*. Equilibrio, sí, pero condicionado por un sentido operante de la medida donde se complementa la ecuanimidad en función de la agudeza crítica. No es el de Sanín un pacato eclecticismo, sino la exigencia de la mente clara que rehuye el desorden en el mismo grado que ama el diseño de las ideas, por encima del intelectualismo abstracto y unilateral. Suprema lección de aplomo fecundo unido a la más sólida versación en las disciplinas de la cultura superior, vale decir, de la que arraiga y se decanta en los insobornables estratos del ser. Porque el magisterio de Sanín Cano nace de las profundas raíces de su personalidad moral e intelectual en continuo proceso de rejuvenecimiento. Su esencial liberalismo se alimenta de la vocación de tolerancia y de simpatía. Arranca del amor al hombre y del respeto a la propia autonomía cuya garantía más consistente se apoya en el respeto al derecho del prójimo a sustentar sus puntos de vista. Es el humanismo americano, profesión de fe en la libertad que dió origen a nuestros pueblos, en el que entroncan el dominicano Pedro Henríquez Ure-

XUM

ña, el argentino Alejandro Korn y el mexicano Alfonso Reyes, para citar sólo algunas expresiones.

He ahí la rica sustancia adoctrinadora que corre por el ancho cauce de los ensayos del polígrafo colombiano. Su revisión crítica de la literatura adquiere profundas perspectivas dentro del ensamblaje de su crítica de la civilización contemporánea. Tal examen no está exento de inquietud por los conflictos que engendra el desajuste entre el desarrollo técnico y la crisis de la conciencia moral, aunque se halla desprovista de tono agorero. Más que desesperar frente al temporario eclipse de la libertad y al auge neo-totalitario, lucha para encontrar los caminos que conducen a la democracia verdadera y exhorta a vencer el desaliento de los débiles. Así Sanín Cano se ha anticipado en sus penetrantes vislumbres a muchos pensadores de nombradía europea. Sólo que fiel a su natural modestia y a su desdén por toda forma de reclamo, ha preferido pasar inadvertido a los ojos del *snob* intelectual. En una conferencia pronunciada en Bogotá sobre "La encrucijada de la civilización" comentó su coincidencia con Spengler al estudiar las relaciones del hombre moderno con la máquina. Demás está decir que señaló la afinidad menos celoso del valor de sus atisbos que del afán de enriquecer la cultura colectiva con el debate en torno al problema. Cuando alguien le ha señalado su derecho a la prioridad, él se ha encogido de hombros y sonriente se ha dado por satisfecho con su labor de articulista. Ha reservado sus energías al planteo de un nuevo tema en lugar de preocuparse por el destino o por la repercusión de su ingente obra que anda dispersa en diarios y revistas. Durante mucho tiempo se resistió con corteses excusas al amistoso requerimiento de discípulos, compañeros y editores a fin de recoger esos trabajos en varios volúmenes. Sanín hizo, sin embargo, una excepción honrosa para nosotros los argentinos, entre los que cuenta con devotas vinculaciones. Atendiendo el ofrecimiento de su amigo Glusberg —director de *Babel*— autorizó la recopilación de algunos medulares ensayos y artículos en el tomo titulado *La civilización manual*. Justificó dicho libro editado en Buenos Aires en 1925, advirtiendo donosamente que lo hacía porque a menudo había visto reproducidos sus trabajos en la prensa y deseaba evitar nuevas erratas. Ese pudor publicitario ha sido la causa de que su producción, confinada en el periodismo, no haya alcanzado la debida resonancia que otorga el

libro. De donde proviene el placer de raro hallazgo que ahora tiene para las nuevas generaciones, a semejanza de lo que en otro orden sucede con el eminente pensador uruguayo Vaz Ferreira.

IV

El predicamento americano del maestro Sanín no ha necesitado para cimentarse ni desplantes de foliculario ni espectaculares actitudes de polemista. Tampoco lo debe a ese tipo de campañas que en un momento dado apasionan a la opinión pública y aupan al escritor que explota el oportunismo. Nada más opuesto a su temperamento que el sensacionalismo en cualesquiera de las modalidades que dan un renombre tan accesible como fugitivo. La turbulenta vida pública de nuestros países ha creado multitud de falsos prestigios, bólidos que atraviesan el firmamento intelectual gracias a los ecos de un libelo o a la pirotecnia de unos cuantos discursos de circunstancias. Cualquier tiranuelo de turno tan pronto confiere privanzas como las suprime por puro e idéntico capricho. Manosea así dos veces al escritor palaciego de ayer, pues lo convierte en un favorito en desgracia. Este mañana, del otro lado de la frontera, se improvisa en Júpiter de la primera redacción de provincia que halla en la ruta del consabido exilio.

Sanín Cano ha sabido mantenerse lejos de esa lonja de dispensas cortesanas. Se ha mostrado indiferente a su sensualismo y, en consecuencia, ha sido ajeno a los contragolpes de las prebendas que a la larga son caedizas. Ha debido, pues, sonreír piadosamente con una benévola disculpa ante las invectivas en prosa y verso de muchos inconsolables literatos. Sanín, embajador permanente de las letras continentales, los ha visto perder la canonjía y con ella la llave de su difusión bien administrada en la prensa, aunque a título precario. La invariable bonhomía del maestro fué un bálsamo para los que durante cerca de medio siglo llamaron la atención vociferando contra el imperialismo, por ejemplo, y luego, encanecidos y claudicantes, sirvieron al primer gobierno que arrendó su pluma, por más que estuviera sometido a aquellos intereses tentaculares. De esos relumbrones efímeros se encuentran repletas las letras hispanoamericanas en lo que va del siglo XX. Su impaciencia de publicidad en-

XUM

sombreció con oceános de tinta alternativamente panfletaria y aduladora, el periodismo del Nuevo Mundo. Frente a ellos, la dignidad cívica y política de don Baldomero se recorta en sus líneas de admirable consecuencia, nunca quebrantada. La conducta ideológica, coherente y firme del ilustre octogenario, se destaca en medio de las apostasías de tantos colegas, los cuales para que el contraste sea más grave, caen víctimas de la concupiscencia en plena madurez.

V

Sanín Cano posee vastos conocimientos lingüísticos, no obstante lo cual su prosa reune cautivadoras prendas. Esto que parece una paradoja, es para nosotros el mejor elogio de su elocución aséptica, severamente esterilizada de tropos y demás tropicalismo. En su limpia frase —rasurada como el rostro— construída por un armonioso rigor de pensamiento, el filólogo se abstiene de exhibir sobre el mostrador las tecniquerías del oficio, en obsequio al buen gusto y a los dones de sensibilidad que no lo abandonan nunca. El castellano de Sanín es de raigambre castiza, virtud peculiar de las letras colombianas, si bien el suyo se muestra particularmente desembarazado de incisos y flexible a las modulaciones que el genio del idioma reclama con el trasplante a estas tierras. El libre movimiento de sus giros no es el de una lengua encerrada en un arcón y momificada por los resabios peninsulares; por el contrario, denuncia al órgano vivo de la civilización y la cultura del Nuevo Mundo que están forjándose. Podríamos aquí invocar el lema propuesto por Amado Alonso con su indiscutida autoridad: "El español, obra común de cultura." Si los americanos nos resignáramos a ser inquilinos del español y no aspiráramos a su dominio con iguales títulos, estaría amenazada su gloriosa supervivencia. Dicho sea esto como un compromiso de custodia que acaba de ser ratificado con fervor en los recientes homenajes a Cervantes.

Así lo interpreta Sanín Cano cuya propiedad, diafanidad y pulcritud idiomáticas son aptas para expresar con una concisa y elegante soltura, el sentimiento de la vida moderna. Se trata de un instrumento verbal curado por el trasiego de un amplio saber y, singularmente, por su compenetración con diversas culturas que se precipi-

tan en el laboratorio americano. Y ya dijimos que el espíritu de este egregio escritor del Nuevo Mundo está abierto como pocos, al tráfico de las ideas de calado universal.

* * *

Otro gran colombiano —Germán Arciniegas— observó que a Sanín se le llama maestro no porque enseña, sino principalmente porque a sus años todavía estudia sin descanso. ¡Qué mejor enseñanza para los jóvenes de todas las edades que su ejemplo! Sea como fuere, el apelativo de maestro viene espontáneamente a los labios cuando se pronuncia el nombre de Sanín Cano de un extremo al otro del continente. Proclaman su magisterio la excelencia del ensayista, la autoridad del filólogo, el difícil dosaje de su humorismo, el secreto de captar matices de la inteligencia americana con la imperturbable objetividad de un hispanista británico y el amor que pone quien como él analiza nuestras cosas desde adentro. Con el título de maestro lo saludan los expertos en el periodismo, función que ha elevado al nivel de la cátedra durante cincuenta años, prodigando hondos conceptos y finuras de estilo en la glosa nuestra de cada día. No menos magistral es su libro publicado hace poco, *Letras colombianas*, modelo de manuales de historia de la literatura que desearíamos ver ampliado, hasta darle contornos continentales. En fin, son los incontables discípulos de Sanín Cano los que decretaron cordialmente su rango de maestro y director de conciencia de varias generaciones americanas. Discípulos, es decir, aprendices de la alta disciplina de su espíritu generoso, tan pronto a manifestar su admiración a los creadores de belleza como su solidaridad con las conciencias libres.

LUIS EMILIO SOTO,
Buenos Aires.

Baldomero Sanín Cano, Sabiduría Libertadora

Pocos americanos merecen y reclaman el homenaje cívico como don Baldomero Sanín Cano, gran patriarca de nuestras letras. La idea feliz de rendirle pleitesía, puesta en marcha por la limpia vigilancia de Manuel Pedro González, tiene el respaldo fervoroso de todos los escritores honestos del continente.

Su afortunado iniciador ha advertido que este homenaje a Sanín Cano está más allá de toda ubicación política, por encima de toda definición ideológica. No está mal la advertencia. Pero digamos que si el homenaje se produce es en realidad por el cumplimiento, en quien lo recibe, de una grande y ejemplar política intelectual que todos consagramos ahora con nuestra devoción.

Don Baldomero Sanín Cano es el mejor representativo de una política intelectual que viene de Heredia, de Bello, de Olmedo, de Sarmiento, de Lastarria, de Alberdi, de Cecilio Acosta, de Hostos, de Martí y de Varona. Consiste esa política, entrañablemente americana, en hacer de la literatura una comunicación magnánima, un modo austero y generoso de servicio colectivo. No todos estos varones ejemplares fueron de igual raíz y resonancia. En todos había ciencia y sed, seso y pasión. Pero los hubo inspirados y los hubo noticiadores, primordialmente. Unos y otros dieron a nuestros pueblos lo indispensable: sustancia para luchar y fuego para vencer. A veces, como en Simón Bolívar, José Martí, José Carlos Mariátegui y Aníbal Ponce, la palabra fué bandera, sin olvido de ser entendimiento, gracia y hallazgo.

Sanín Cano será siempre para mí, para mí que lo quiero hace muchos años como a un claro padre lejano, el escritor civilizador, ac-

XUM

tualizador, esclarecedor, iluminador. Por eso es un gran político letrado. Porque hay casos excesivos —los nombres me brincan entre las teclas de la Underwood—, en que el trato gustoso del pasado esclaviza para siempre al escritor. Lo viejo se hace ambiente y, por lo tanto, atmósfera, ámbito para el pulmón envejecido, tibia servidumbre, cadena perpetua. Como a esos covachuelistas hechos a la oscuridad de la zahurda, lo que ocurre en la calle les perturba y malhumora. Y cuando los ruidos vitales les fuerzan a mirar hacia afuera, todo lo ven confuso y deforme, listado de la negrura habitual, ya inseparable de sus ojos. Hay por toda nuestra América como una familia letrada sumergida que se hace señales consabidas, definitivamente ciega ante las esencias dinámicas que nos llevan a las grandes realizaciones.

Sanín Cano es, en el mejor entendimiento del vocablo, un escritor sabio, pero de una sabiduría de piernas animosas que no se da mucho por nuestras tierras obstinadas. Cuantas veces lo leo y medito, me sorprende esa ancha estimación de los hechos humanos, que si llega al fondo de lo antiguo, descubre proyecciones de lo que está andando hacia el mañana. Es que don Baldomero tiene, como Miguel de Cervantes y Antonio Machado, esa libertadora condición de la ternura, esa llave abridora de todos los misterios que es la fe en el hombre y en su destino.

Nuestra América ha de ser cada día más ella, pero sin dar la espalda a un entronque cultural que le viene de lo mejor de Europa, en lo que tiene Europa de levadura activa y libertadora. Sanín Cano ha sido, ante todo y antes que todos, el magno comunicador de esas potencias, el gran definidor, sin más pasión que la de la verdad. A veces nuestros escritores olvidan que lo que repiten sobre la peripecia política y cultural de Europa y de los Estados Unidos, nos lo trasmitió impecablemente el maestro de Colombia, nos lo entregó don Baldomero limpio del polvo misoneísta y de la paja del escándalo efímero.

En América, muy en razón de nuestro tumultuoso aislamiento y de nuestra necesidad de información leal, no se cumple la función intelectual sino con signo periodístico. Y no estamos aludiendo a lo periodístico formal, a escribir artículos todos los días, aunque por ahí puede y debe andar lo eficaz; nos referimos a un modo de trabajo intelectual que puede tomar las vías del ensayo y de la no-

vela, de la polémica y de la conferencia, y en que debe ser permanente el intento de enterar, de distinguir, de enjuiciar, de servir. Tales funciones las ha cumplido como nadie Baldomero Sanín Cano y su caso es muy válido para probar que la tarea esencial del periodismo —periodicidad esforzada y generosa—, en nada merma ni estorba ni rebaja la calidad intrínseca de la obra. Todos agradecemos a Sanín Cano su dilatada tarea explicándonos hombres, hechos y fenómenos; por ello lo honramos; pero tal honra no se produciría si el servicio informador no hubiera trasmitido siempre una calidad de escritor sostenida, depurada, singular y distinta.

Otros le aclamarán la ancianidad ilustre a este trabajador sin cansancios aludiendo a sus virtudes numerosas de escritor, a su varia y gentil cultura, a su cernida erudición, a su rara capacidad de ordenación y síntesis. Todo ello pide pleitesía. Yo se la rindo. Pero, hombre político que soy, he de tener en más el trabajo primordial que nuestros pueblos le deben a Sanín Cano; el servicio de cultura en el sentido real y fecundo; la tarea de decir a nuestras gentes ávidas durante medio siglo cómo son los movimientos sociales, las conmociones espirituales, los cambios de estilo, el sentido de una guerra, de una revolución o de una doctrina.

Para las grandes transformaciones que va a encarar nuestro continente, es suerte y privilegio muy trascendentes tener vivos y viviendo a hombres como don Baldomero Sanín Cano. Hasta ahora limpiaron los caminos, desbrozaron la manigua estorbosa, disolvieron fantasmas y denunciaron secuestradores embozados en los montes. Mañana será la hora de sumar el alto servicio al ímpetu activo de justicia que rompe ya por campos y ciudades de América.

JUAN MARINELLO

XUM

Sanín Cano, Maestro del Ensayo Breve

"Vive de su entusiasmo por la idea. Ella reverbera en todos sus libros . . ."

"Sus ideas secundarias son muchas, luminosas, dinámicas, fascinadoras, pero no son contradictorias. Su inteligencia sabe conciliarlas todas y esa conciliación se hace posible porque las ideas fundamentales que rigen su vida y fomentan su actividad inverosímil a la edad de ochenta y cuatro años, están vivamente arraigadas en su alma y forman parte de su ser. En suma, la preponderancia de Jorge Brandes en el siglo de las abdicaciones, en un mundo que parece edificado con la premeditada intención de hacerlo servir de circo para los saltimbanquis de genio, es debida a su carácter."

Estos párrafos que hace más de veinte años consagró Sanín Cano a Jorge Brandes ¿no parecen, hasta en la alusión a la avanzada edad que entonces alcanzaba el insigne crítico danés, escritos para definir la personalidad del propio Sanín Cano, que simboliza en la América española un triple magisterio: el del saber, el de la cultura y el del carácter?

Porque si profundo es su saber, que presta autoridad a cuanto escribe; si vasta es su cultura, que le permite recorrer con arte e ingenio todos los campos de la inteligencia, lo que mejor define su personalidad es su carácter, su conducta rectora y limpia, su actitud de apóstol del pensamiento.

Durante su larga y fecunda vida, Baldomero Sanín Cano ha difundido, de modo incansable, a los cuatro vientos del espíritu, los tesoros que ha acumulado por obra del saber y la cultura. Su pluma ha sido estímulo y acicate a la curiosidad intelectual de la más selecta clase lectora de nuestra América, que no ha tenido mejor guía para mantenerse en contacto con el movimiento contemporáneo

de las ideas. Dentro de tan vasto dominio, si un día aborda problemas de trascendencia social como la civilización manual, se adentra otro día en el campo de la historia para desarrollar observaciones tan ingeniosas y originales como las que le sugiere el descubrimiento de América en relación con la higiene; o analiza cuestiones de alta docencia en torno al espíritu nuevo y las universidades; o espiga con sereno juicio en las literaturas de todos los tiempos y todas las latitudes, y si hoy habla de Shakespeare o de fray Luis de León, mañana disertará sobre Galsworthy, Samuel Butler o Carducci, o sobre Marinetti, Ganivet, Brandes y Nietzsche.

No es un divulgador, sino un sagaz expositor que cuando aborda un tema es para dar a conocer conceptos originales. Nunca ha tratado un asunto si no es para exponer ideas propias y observaciones personales.

Es, por eso, un ensayista de primera fuerza. No hay ensayo digno de tal nombre cuya esencia no sea la exposición de conceptos y apreciaciones personales. Una monografía puede ser voluminosa y exhaustiva —valga el anglicanismo—; puede agotar el tema en todos sus aspectos, con lujo de erudición y conocimiento; pero valdrá menos, sin duda, que un ensayo de pocas páginas, si este ensayo atesora ideas originales. Hay monografías cuya importancia reside en un solo capítulo que contiene la aportación personal del autor: lo demás es información, que puede ser copiosa y útil, pero que nada nuevo agrega a la apreciación del tema, por cuanto repite o resume lo que ya está dicho en otros libros. Al buen ensayista le basta con escribir ese capítulo, que nos trae su mensaje, en vez de un libro: se limita a darnos su aportación personal y prescinde del de todo ese lastre de erudición, que mejor encaja en la misión del divulgador y está destinada a ilustrar lectores que no conocen la materia.

En el ensayo mismo suele ser necesaria o conveniente una introducción que recoja, en apretada síntesis, antecedentes, datos y apreciaciones generales sobre el asunto. El ensayo gana en brevedad y concisión si esa parte no se hace demasiado extensa, cuando no sea posible suprimirla; y así llegamos al ensayo breve, comprimido, mínimo si se quiere, de pocas pero jugosas páginas, pletóricas de fuerza original.

En esta clase de ensayo sobresale Baldomero Sanín Cano. Como desecha toda digresión innecesaria y descarta la hojarasca, cuatro, seis u ocho páginas le bastan para concentrar una apreciación propia, profunda y certera. Mucho se ha escrito sobre George Bernard Shaw: pocos han dicho tanto sobre él como Sanín Cano en su brevísimo ensayo "Bernard Shaw y el sentido común", en el cual advierte que la clave de la personalidad de Shaw estriba en que, por lo general, se atiene al sentido común.

Al hablar de John Galsworthy sintetiza en pocas palabras un aspecto característico de su obra: la ausencia de un sentido jubiloso de la vida, lo que más que pesimismo, es seco desasimiento de toda visión amable de las cosas. "Galsworthy —dice—, casi ha suprimido la alegría en su representación de la vida, tal como él la entiende. No quiere decir que carezca de humor, porque sin ese elemento, la levadura del pensamiento y de la emoción, apenas hay artista que logre fijar aspectos de la vida moderna en una forma durable. Pero la manera de ver al hombre carece en Galsworthy de la nota regocijada."

Primor de síntesis es la forma en que Sanín Cano resume la personalidad de Guillermo Valencia, en quien, proclama, "predomina lo espiritual, predomina su noción filosófica de la vida, que trata de abarcar todas las ideas y vaciarlas en los moldes de su propia sensibilidad". Y, refiriéndose a su obra poética, agrega: "Parece parnasiano porque en la forma y en el contenido estos poetas dejaron huella perdurable y su ejemplo es un valor adquirido de que no podrá el hombre desprenderse. Tiene lampos románticos su hechura, porque el romanticismo no fué moda pasajera sino una renovación de tan hondo alcance y tan significativa extensión, que produjo en el espíritu humano transformaciones perdurables como las religiones y las filosofías. Tomó Valencia de los impresionistas cuanto en esa doctrina vale en el sentido de aproximación a la naturaleza y de ensayo de representación inmediata de las apariencias. De los simbolistas captó la verdad trascendente, la enseñanza de que la palabra es un símbolo y de que el lenguaje nació, ha crecido y se desenvuelve porque el hombre tiene la capacidad divina de transformar las apariencias en símbolos. Toda su poesía es espíritu y, como él mismo lo ha dicho comentando el aforismo de Nietzsche,

escribe con sangre porque la sangre es la mejor expresión del espíritu."

Cuatro compilaciones de ensayos breves ha publicado Sanín Cano, aunque ha escrito mucho más: *La civilización manual y otros ensayos* (1925), *Indagaciones e imágenes* (1926), *Crítica y arte* (1932), *Ensayos* (1942) y *Divagaciones filológicas y apólogos literarios* (1934). A estos cinco libros se agrega un volumen, el último que ha publicado, sobre las *Letras colombianas* (1944) que aunque surgido de un propósito didáctico, pues resume un curso de historia literaria, es un conjunto de ensayos comprimidos sobre las figuras más conocidas de la literatura de su país. Difícil es definir en escasos párrafos, como él lo hace, los aspectos esenciales de la vida y la obra de los autores que enjuicia de modo tan certero, u ofrecer de igual suerte una visión de conjunto de movimientos literarios como el modernismo.

Ese libro, avalorado por el fino sentido crítico de Sanín Cano, es un nuevo testimonio, y no el menos elocuente, de las cualidades excepcionales que lo consagran como maestro del ensayo breve.

MAX HENRÍQUEZ UREÑA

La Ausente Presencia de Sanín Cano

¿Un homenaje a don Baldomero Sanín Cano en sus vísperas nonagenarias? ¡Pues cómo no!... Pero, ¿quién es exactamente, cabalmente, Sanín Cano?

Ruego que no se vea una *boutade* majadera en estas palabras: hay hasta un poco de tragedia en ellas. Sabemos, claro está, que Sanín Cano es desde hace más de medio siglo un nombre glorioso en las letras hispánicas. ¿Cuántos, sin embargo, son los que saben eso por fruición y los que sólo lo saben por testimonio y resonancia?

Quien esto escribe ha vacilado un poco en acudir al presente homenaje porque se halla —le da vergüenza decirlo— entre unos y otros, y se trata de tejer algo más que una corona de ecos. Soy cubano y en mi isla vivo. Tengo el "vicio impune" de la lectura, que decía Valéry Larbaud. De las letras, en más de un sentido, me alimento, y me place honrar el oficio, sobre todo en su magisterio americano. Perdóneseme esta ficha. Es para añadir que hasta un hombre de esa necesidad y apetencia literarias, y en una tierra de América, puede no haber llegado a conocer bien a un veterano de las letras americanas con cincuenta años de producción y de gloria. Aquí, a mi isla, no han llegado, que yo sepa, los libros mayores de don Baldomero, y si llegaron, fué con tanta parsimonia que mi agilidad no fué bastante para que me hiciera de ellos. Lo que directamente sé del gran escritor colombiano —que, por lo demás, como escribió su compatriota Guillermo Valencia, ha sido siempre "pródigo en componer, parco para difundir"—, es lo que me ha deparado algún libro menor, o los artículos leídos acá y allá, en tijeretazos a *El Tiempo* y en reproducciones del *Repertorio Americano*.

¿No es esto, como anticipaba, un poco trágico? ¿No nos hace patente una vez más esta improvidez e incomunicación de la "cultu-

ra" americana, que hace que la obra de tantos de nuestros mejores ingenios se quede totalmente desconocida de la gran masa de lectores potenciales, o se la conozca fragmentariamente y a salto de mata? Lo que aquí ocurre con don Baldomero, ¿en cuántos otros países nuestros no ocurrirá, por ejemplo, con Varona? Y si esto acontece con los mayores y más consagrados, ¿en qué desvalimiento de comunicación no se hallarán los valores emergentes? La cultura americana no tiene todavía sistema nervioso, por lo que es mucho esperar que tenga conciencia. Acaso el mejor homenaje que pudiéramos hacerle a don Baldomero sería tomarle a él de motivo y ocasión para replantear con alguna seriedad y propósito de eficaz trascendencia ese inveterado problema de la dispersión espiritual de América.

Porque justamente eso se vincula a la significación funcional de Sanín Cano mismo en nuestras letras. Si algo sabemos del gran escritor aun los que poco sabemos de él es que ha sido siempre un héroe de la comunicación espiritual. De la comunicación de América con el mundo y consigo misma. Por lo pronto en esa dedicación suya a rebasar el propio ámbito inmediato, a tender cables de sensibilidad e inteligencia sobre tierras y mares, a allegarnos lo distante, es uno de los hombres más universales que hemos tenido en el continente. ¿Qué hubiéramos sabido de Alfred Polgar, pongamos por caso, sin aquella deliciosa noticia en que don Baldomero no sólo nos pintaba cumplida y brevemente al humorista vienés, sino que hasta nos traducía lo único de él por lo cual ya podamos esperar conocerle?

En cuanto el periodismo sea eso, noticia, Sanín Cano se nos muestra antes que nada como un gran periodista — un periodista de lo sustantivo. Pero además de noticiero de sucesos y sustancias, ha sido el sabedor y revelador cabal de la letra lejana, el seguidor de obras y hombres capaz de darnos, en coyuntura propicia, la imagen completa y profunda de ellos, el estudio erudito y orgánico, como aquél de Carducci, "escrito en el centenario de su muerte", o los de figuras geniales, pero menos acogidas por la fama común, como la de Samuel Butler. Con su dominio de lenguas, con su experiencia de tierras ajenas, con su curiosidad y su esfuerzo heroicos, alimentados de lecturas innúmeras y sobremanera diversas, pero sobre todo con esa generosidad por la cual ciertas almas se sienten

llevadas a compartir su fruición con otras, Sanín Cano nos llenaba, en toda la medida en que un solo hombre puede hacerlo, nuestros vacíos americanos. Gracias a él y al ejemplo de él, desde América nos sentíamos situados en el mundo, y situado el mundo en nosotros. Compensaba así nuestra soledad continental, nuestro vasto provincialismo, nuestro frívolo contentamiento con meros ecos. Y claro que esa función comunicadora suponía una mente de calidad universal ella misma, un sentir que todo el mundo de las ideas, de la sensibilidad, de la experiencia, era su provincia; un constante sacrificio de lo parroquial ante lo humano. Por la misma dislocalización que alguna vez se le ha querido reprochar, Sanín Cano ha sido el nuncio de la madurez de sensibilidad universal que ahora está asomando en América.

¡Gran paradoja, pues, que este Ministro de Comunicaciones espirituales haya sido tan poco comunicado él mismo! Y, sin embargo, la onda de su emisión es de tanto alcance, de vibración tan profunda, que ha podido llenar el ámbito americano y hacerle perdurar hasta en la ausencia. Algo de eso escribí una vez sobre Gabriela Mistral, otra voz mayor. Tampoco a ella, por largas temporadas, se la podía escuchar — habían desaparecido sus libros, callaba en alguno de sus hondos silencios, erraba por el mundo. Pero la seguíamos sintiendo como una gran presencia. Sus versos se habían quedado temblando en el aire con esa sobrevivencia o eternidad de la creación genuina, desdeñosa del tiempo. Lo mismo nos ocurría con don Baldomero Sanín Cano. ¿Dónde está? ¿qué ha escrito últimamente? Sabíamos, sin embargo, que continuaba tutelando la conciencia americana, captando en sus espejos ustorios toda la luz y el calor del mundo y distribuyéndolos en pequeños haces luminosos.

¿Cómo se explicaba esta presencia ausente de una obra entregada al tiempo? Porque lo distintivo de esa obra —repitámoslo— es que estaba casi toda ella, lo más irradiador de ella, dedicada a la exaltación de procesos y sucesos, a salvar episodios o, a lo sumo, meros conatos de eternidad, por eso se resolvía periodísticamente. Y el milagro era justamente esa salvación: que lo efímero o mudadero cobrase en la pluma de Sanín Cano tanta raíz y consistencia. Bastaba así haber leído alguna vez cualquier artículo suyo para recordar que se había bajado de la superficie a la entraña, como en los puntos nimios del paisaje que a veces nos sorprenden con una entrada al

subsuelo. Podíamos ya dejarle de frecuentar conservando, sin embargo, aquella emoción telúrica. Nos quedaría la fruición supérstite de aquella mezcla suya de sabiduría y levedad, de rigor y gracia, de gravedad e ironía; el recuerdo de la mirada sagaz que se mete en la entraña de un tema y saca una imagen palpitante, como una víscera. Nos dejarían ya para siempre prendados su anchura de interés por las cosas, los hombres y los destinos; su serenidad aparente, pero en el fondo trémula de simpatía humana, de amor a la verdad, a la libertad, a la justicia, a la dignidad radical del hombre — aquel tono tranquilo, curado de espantos, pero no de asombros, que se cierne a sí mismo en criba de humor, y el señorío de aquella prosa tan colombianamente castiza y rezumadora de filologías, pero a la vez tan llena de pequeñas sorpresas y de legítimos trasiegos del idioma ajeno... En fin: aquel aire tan civilizadamente americano, en que parece que se hubiese operado ya la síntesis de nuestra pasión joven con la vieja circunspección europea.

En algún otro sentido está como ausente de su propia presencia. Los escritos de Sanín Cano no muestran sino muy rara vez al individuo. Hasta cuando hablan de cosas por él vividas, parece como si quisiera dar de ellas un testimonio mostrenco, impersonal. Ni ahora, que está tan cargado de prestigio, se permite a sí mismo esas sutiles alusiones a la propia autoridad con que a menudo los viejos nos divierten y conmueven a la vez. Esta modestia, al lado de tan patente sabiduría, es uno de sus encantos. Podría parar en fría inhibición si no fuese porque en sus escritos, aunque no asome el individuo, está siempre el hombre. Es, efectivamente, el común denominador ideal humano, la conciencia humana más libre y generosa lo que se acusa tras aquel pudor del maestro. Ausente de su letra, vive en ella, y todo lo mejor de los hombres con él.

Recuerdo haber leído hace muchos años —en cierto libro cuestatorio de su compatriota López de Mesa— estas palabras del propio don Baldomero, acaso las únicas directamente confesionales que haya escrito:

"...Aprendí en Renán la tolerancia, en Amiel la necesidad de buscarle un objeto serio a la existencia, en Nietzsche la manera de educar la voluntad y en todos el culto de la belleza en las formas y en las normas de la vida. La fealdad, en mi concepto, es contraria a todo principio moral. En ningún sistema filosófico he podido

hallar satisfactoria explicación de dos enigmas torturantes que rodean la existencia: el absurdo de la muerte y el predominio de la injusticia en las relaciones de hombre a hombre y de pueblo a pueblo..."

Nada mejor podría decirse para resumirle. Esa tolerancia ha hecho de Sanín Cano uno de los grandes ejemplos de comprensión y de serenidad para esta América nuestra, hoy más que nunca rondada de tentaciones dogmáticas. La necesidad de buscarle un objeto serio a la existencia, con su poco de voluntarismo nietzscheano para compensar la amiélica indecisión, le dió esa solidez de espíritu contra la frivolidad, la irresponsabilidad y la aventura, que son también tentaciones nuestras; el culto de lo bello y su contraria repugnancia le enseñaron a valorar con tan fino discernimiento y a vivir tan luengos años con ritmo patricio, pero ajeno a las peripecias feas de nuestra polémica criolla; y de ese asombro torturante que dice ante el enigma metafísico y la terrena injusticia, supongo que le vendrán su humor resignado y piadoso por un lado, y por otro su milicia incansable por la bondad e inteligencia entre los hombres. De todo eso se ha hecho su glorioso magisterio.

JORGE MAÑACH

Sanín Cano, Filólogo

Uno de los rasgos caracterizadores de la vida intelectual de Hispanoamérica, y quizá su tradición más firme y generalizada, es el de la constante atención que sus artistas, pensadores y políticos, y aun el hombre de la calle con preocupaciones de orden espiritual, han concedido siempre a las cuestiones del idioma, ya sean puramente gramaticales, ya las más complejas de la expresión literaria. No es, pues, un hecho accidental el que en el siglo pasado hayan sido hispanoamericanos los dos filólogos de más alta reputación del mundo hispánico: don Andrés Bello y don Rufino José Cuervo, para no nombrar sino a los egregios.

Se ha querido ver la raíz de la tradición mencionada precisamente en el estímulo y resonancias que despertaron en la América española los trabajos de Bello. No cabe duda de que el magisterio del gran venezolano contribuyó a instaurar la todavía en su tiempo incipiente tradición, pero no es menos cierto que antes de hacerse sentir la influencia de Bello las cuestiones idiomáticas se planteaban ya como problemas que requerían soluciones meditadas. Es bien conocido el ejemplo de Echeverría, quien al intentar la elaboración de su teoría de una literatura de espíritu y estilo americanos, se vió arrastrado al planteamiento de la cuestión de la expresión literaria como primordial e ineludible.

Aun cuando el rasgo caracterizador arriba señalado puede descubrirse en toda América, quizá sea Colombia el país donde está más acusado, donde aquella tradición está más seguramente enraizada. Preocuparse por la propiedad y elegancia del español hablado y escrito y plantearse problemáticamente las cuestiones conexas con la expresión son disciplinas espirituales transformadas en hábitos que apenas hay hombre representativo de la cultura colombiana que

no los haya practicado. No podía faltar entonces el nombre de don Baldomero Sanín Cano, uno de los más calificados mentores de dicha cultura desde hace ya más de medio siglo, en la copiosa bibliografía que Colombia ha echado al ruedo de la discusión americana de los problemas filológicos.

Para Sanín Cano, los problemas de la filología americana no son motivos ocasionales de escarceos amables, sino cuestiones fundamentales que afectan a la vida total del espíritu. Esta manera de plantearlos revela la profundidad de su interés y explica la persistente atención que les ha dedicado desde los días de su juventud.

No se liga el nombre de Sanín Cano a la dilucidación de ningún asunto ceñidamente teórico o técnico, y es lástima que así sea dado el vigor exigente de su formación en ambos aspectos, transparente en sus ensayos a pesar de su esfuerzo por disimularla. Parece más atraído por las cuestiones militantes de carácter general. Quizá porque de esa manera puede sustraerse mejor al aparato doctoral tan disonante con su espíritu.

Por eso tienen sus trabajos esa apariencia de levedad, de divulgación diríamos, si no tuviera esta palabra los peligros de sus concomitantes peyorativos, inevitables desde que la divulgación —noble servicio— se desdoró en manos de improvisadores adocenados.

Su gusto por el aire conversacional da a sus ensayos, graves por los temas, encanto y amenidad. Pero la impresión primeriza lograda por el primor de su arte de ensayista desaparece de inmediato porque no tarda el lector en percibir el pensamiento denso, fruto pulposo sazonado por la meditación prolongada donde hay mucho que morder y aprovechar.

El problema de la expresión americana es, según queda dicho, el tema capital de la filología de Sanín Cano. Se complace íntimamente su patriotismo hispanoamericano con el hecho de que nuestro español sea, con las inevitables diferencias, sensiblemente uniforme y que las fronteras políticas no impliquen fronteras lingüísticas. ¡Qué grato el placer de viajar por las tierras de la América española, encontrarse siempre protegido por la cálida fraternidad de la lengua desde California a la Tierra del Fuego! ¡Qué abonado terreno para la difusión de los bienes de la cultura! El papel que la América nuestra desempeñará en el mundo del porvenir todos lo sentimos, será primordial tanto en lo cultural como en lo político y ello será posi-

ble gracias a la fuerza que nos da la unidad de nuestra vida espiritual sustentada en la unidad de lengua.

¿Lo que acabamos de decir es aún profecía, es ya una realidad que estamos tocando con las manos? ¿No será que nuestros deseos y la satisfacción que de antemano nos produce nos hace ver como una brillazón en la pampa, un espejismo que pronto no dejará de ser más que un triste recuerdo como toda perdida ilusión?

¿No está acaso allí agazapado el peligro cierto, que dramatizó Cuervo, de una fragmentación de la unidad idiomática de Hispanoamérica?

Ciertamente, ese peligro nos acechará permanentemente. De la historia de las lenguas conocidas, dice Sanín Cano, parece poder inferirse que la tendencia a la fragmentación es una tendencia constante. [1] Pero además la lengua española de hoy, la que hablamos en América se va alterando sin que nadie lo pueda remediar; será dura tarea la del filólogo del porvenir que se ponga a determinar con fijeza cuándo murió la lengua castellana y a qué hora precisa vino a la luz el idioma de los argentinos, pongo por caso... [2]

No se trata de sembrar el pánico reforzando sobre el tema que desazonó a Cuervo, ni de dejarse apresar por el pesimismo exangüe del "no hay qué hacer". Es simplemente la comprobación de un hecho natural. Los idiomas, nos recuerda Sanín Cano, una y otra vez, no alcanzan jamás estados permanentes, el cambio es la manifestación más segura, el pulso de su vivir. El idioma que deja de cambiar, que cesa de crearse a sí mismo año tras año, se anquilosa hasta quedar disecado, sin aliento vital en manos de piadosos conservadores.

No hay que perder entonces la serenidad ante la diaria comprobación de cambios en el español americano. La unidad lingüística de la América española no peligra por ello. Y si algún día vemos que la tendencia antes señalada se transformara en movimiento, ello no sería más que un hecho natural nacido de circunstancias hoy imprevisibles, y que, aun cuando dejaran de serlo, no estaría en nuestras manos dominar.

El cambio como hecho natural que prueba la ductilidad y potencia juvenil de nuestra lengua debe ser encauzado con inteligencia en su provecho, para hacer de ella un insustituible instrumento del arte y, por lo tanto, vehículo de nuestra unidad espiritual, que será

poderosa en la medida en que cada uno de los pueblos de la América española se sienta representado en el arte de los demás.

El pensamiento lingüístico de Sanín Cano arraiga según se ve en el positivismo triunfante en los años de su formación intelectual, pero su fronda se mece en las cimas por donde circula el hábito más reciente y vivificador del idealismo.

El proceso de automodificación además es tan lento que puede ser contrapesado por otro proceso de tendencia unificadora provocado por la difusión de la cultura. "Se modifica sin duda —dice Sanín Cano del español hablado en América—, aunque los cambios ocurren con tal lentitud que estudiada [la lengua] en cortos períodos da la sensación de la permanencia. Sin embargo, el lenguaje de las proclamas con que los militares de principios del siglo [pasado] enardecían a las masas ya empieza a tener sabor anticuado y con ese carácter se gana la voluntad de los eruditos y mandarines. En el curso de pocos años la transformación no es fácil de precisar." [3]

En las últimas líneas de este párrafo asoma lo que para Sanín Cano constituye la única amenaza cierta contra la unidad de nuestro español: el celo indiscreto de "eruditos y mandarines" a quienes el temor al magnificado peligro ha hecho perder la serenidad, extraviar el rumbo, puesto que dispuestos a contenerlo se han lanzado a luchar contra él con medidas no sólo inapropiadas sino contraproducentes, precipitando así la fragmentación que quieren evitar.

La conservación de nuestra unidad lingüística es, sin duda, una causa americana, y nadie puede desertar de ella puesto que en la unidad reside el futuro de nuestra significación en el mundo de la cultura.

En la lucha por asegurarla debemos poner a contribución todas nuestras fuerzas, pero no hay que olvidar que la fuerza más importante en cualquier lucha es la de la inteligencia. Sanín Cano combate con gran vigor, que no anula la gracia de la forma, a los "gramáticos y casticistas" que hacia fines del siglo pasado pulularon en nuestras provincias intelectuales —quedan aún hoy ejemplares rezagados— al calor de aplausos y distinciones que sus trabajos recibieron de sus cofrades españoles.

Con agudeza y sabiduría que no excluye el humor Sanín Cano sale airoso en su propósito de demostrar a sus adversarios que no han tomado la espada por la empuñadura sino por el filo. No los

desdeña, todo lo contrario, les habla a la inteligencia porque los aprecia, porque considera que muchos de ellos han tomado el camino extraviado creyendo haber seguido el más directo. Reconoce que en general son competentísimos conocedores del castellano. Como prueba del respeto que le merecían, y la estimación, allí está el bello artículo recordatorio de Luis Eduardo Villegas, "el último de los puristas". Hay en este homenaje una emoción velada y una pena profunda más que por la desaparición del viejo "hablista", dolor inevitable, por la inanidad de tanto fervor y trabajo por fijar y pulir su lenguaje. Lamenta que por la carencia de una doctrina lingüística el generoso esfuerzo de tantos redunde en perjuicio de la causa que creían servir. Es que estos Pedros Recios con el propósito de conservar la salud de la lengua juzgan mejor alimento que la nutritiva savia de la lengua popular el agua desvitalizada en que maceraron algunas viejas, ajadas, flores retóricas, y que mejor que exponerse al aire tostado que violento baja de las cumbres de las literaturas contemporáneas —que raja la piel y la oscurece pero renueva el vigor y agiliza la musculatura— era respirar el tufo guardado en las capillas de nuestro suntuoso panteón literario.

El resultado del tratamiento fué entecarla hasta el punto de dejarla sin vigor para trabajos de empeño. Sanín Cano dice sin eufemismos que "acaso la intransigencia de los gramáticos republicanos en favor del purismo sea la causa de la pobreza vocabular de la mayor parte de los escritores americanos..."[4] Pero nuestros puristas republicanos no hacían sino repetir las recetas que sus maestros monárquicos habían prescrito con los mismos resultados. "El español académico y universitario de nuestros días[5] le viene a las mil maravillas el llamarlo decadente, carece de iniciativa y está encenagado en la imitación de los viejos modelos."[6]

No renuncia Sanín Cano, con todo, a atraerlos al camino razonable. Pone para ello a contribución su extensa y moderna doctrina filológica y sus conocimientos amplísimos en el campo de la historia de las lenguas. Demuestra que ciertas lenguas dejaron de vivir precisamente por causa de puristas y gramáticos que lograron aislarlas de sus fuentes populares e impedir con ello su renovación. A los que hablan siempre de que las influencias extranjeras bastardean el carácter de la literatura nacional les recuerda que nunca fué más vigorosa la literatura española que después de sus nupcias con la

literatura italiana y que la literatura tan nacional del gran siglo francés vivió bajo la sugestión de la literatura española.

En un vigoroso movimiento instintivo, de apetencia de vida, nuestra literatura logra por fin hacia fines del siglo pasado, liberarse de sus mandarines y patrones. El camino real está nuevamente encontrado. Sanín Cano, satisfecho puesto que fué uno de los guías más conscientes, explica el movimiento desde su punto de vista de filólogo diciendo: "Los escritores americanos empezaron a perderle el miedo al galicismo, se desentendieron un tanto del Diccionario de la Real Academia y se atrevieron a usar palabras del francés, del italiano, del inglés, y a conformarlas, no en la manera en que se usaban en otras lenguas sino adaptándolas a la índole de la nuestra..." [7] La discusión de Sanín Cano con los gramáticos tiene además otro aspecto positivo que es el del método que propone para llevar al español americano a transformarse en un excipiente sin par para la ciencia y la filosofía y en un instrumento plástico e insuperable para la expresión poética. Este método consiste primeramente en hacer que todo americano sienta como un ideal la necesidad de la comunidad de la lengua para hacer cierto el goce de las formas superiores de la cultura a todos los pueblos de nuestra América. Luego hay que evitar que nuestra heredad sea un *hortus conclusus*. Que nuestro huerto esté abierto a todos los vientos, que pasen por su meridiano todos los soles. El contacto con otras lenguas, la imitación de otras literaturas, no pueden bastardear las nuestras. Su hondo sentido de la historia le hace ver a Sanín Cano que con ello en vez de languidecer se fortalecerán hasta atreverse a emularlas y aún a lanzarse a atrevidas aventuras.

Y menos aún hay que temer al habla popular: que la lengua literaria se nutra de ella, nada más eficaz contra la bastardía, ninguna fuente inspiradora más fecunda para el arte. "La lengua popular —dice Sanín Cano— es una cosa viva y chispeante, imagen de un pueblo, con cuyas vicisitudes se modifica, ya para enriquecerse con vocablos y nuevos modos de decir, ya para adaptarse a nuevas formas de cultura. En estas modificaciones queda siempre inalterado un fondo elemental, una base glotológica indefinible popularmente conocida con el nombre de genio del idioma." [8]

De este incorruptible genio del idioma son depositarios el pueblo en primer término y luego los artistas auténticos que son sus únicos intérpretes.

El pueblo y sus poetas crean su propio instrumento expresivo, no los gramáticos ni los filólogos. Y no es rica una lengua porque su diccionario registre muchos miles de palabras sino por el número de páginas no perecederas que produjeron sus artistas.

Hay además algunos trabajos que requieren realización inmediata. El primero es el de difundir las obras egregias entre el pueblo; éste no debe dudar de que la lengua de sus grandes intérpretes es la suya propia. A su vez los poetas deben estar atentos a las creaciones y expresiones populares de valor poético. En este orden de ideas, dice Sanín Cano que los escritores y poetas deben estar informados precisamente de estas cuestiones filológicas fundamentales.

Otro trabajo que no debe diferirse es el de unir estrechamente entre sí los centros intelectuales de los países de habla española, tarea no muy difícil si se piensa que por encima de los intereses materiales y las fronteras políticas hay un sentimiento popular de fraternidad continental que reposa más que en el pasado común en la hermandad del idioma, el que a su vez engendra ideales coincidentes, y hace sentirnos íntimamente solidarios en la realización de nuestro destino histórico común. Esta unión cuanto más estrecha, tanto más fecunda será para promover la unificación idiomática. El día que una sola de las comunidades hispanoamericanas deje de reconocerse en el espejo de la lengua común, y que en esa comunidad aparezca un poeta que se exprese apoyándose en las divergencias de su lengua con la general porque así satisface los sentimientos de su pueblo, ese día el sentimiento de la comunidad de destino de los pueblos de habla española habrá empezado a desaparecer.

Felizmente ese peligro anunciado hace ya más de medio siglo como inmediato por algunos espíritus aprensivos, aún no parece inminente; sin embargo, está siempre latente. Debemos vivir apercibidos si queremos verle siempre alejado. Por último, cree Sanín Cano que deberíamos preocuparnos seriamente en la elaboración de "un Diccionario de la lengua usual de acuerdo con la ciencia moderna y capaz de satisfacer las necesidades lexicográficas de los que en este continente presumimos de hablar español".[9] Para ello

propone una reunión de filólogos americanos de reconocida competencia para planear e iniciar el trabajo, que debe tratar de hacerse con rapidez.

Esta tarea es urgente porque en el diccionario que todos manejamos, lo nuestro no está tratado con suficiente competencia. Esto no puede extrañarnos, pero sí nos extraña la condescendencia que se ha tenido para incluir en sus columnas tantos indigenismos, muchos de ellos desusados no solamente del español, pero aún de la lengua indígena de la que se dice ser originaria, condescendencia que contrasta con la rigurosa cuarentena que se impone a voces de uso generalizado en toda América y de eficacia expresiva en sus usos poéticos.

El diccionario proyectado debe ser, pues, usual y nada más para que su eficacia como instrumento unificador no quede en la buena intención. Sus páginas no deben pretender suplir al diccionario de indigenismos, ni tampoco al etimológico, ni menos a los de regionalismos. Debe recoger sí todas las voces vivas y difundidas por áreas considerables y sobre todo las que aparecen en las obras de nuestros buenos escritores y poetas.

Los poetas, con el pueblo, son los dueños del idioma y no se equivocan en aquello que el genio del idioma exige. Porque el genio del idioma es el germen en la semilla, es ese algo inexplicable que hace que la semilla no se equivoque jamás y reproduzca todos los caracteres esenciales de la planta que lleva dentro de sí, como todo poeta genial y todo escritor de talento son como semillas que llevan dentro el destino y los caracteres inalienables de su pueblo.

* * *

La filología de Sanín Cano, pues, no es una filología de gabinete. Como todo saber fecundo está al servicio de ideales generosos y quiere compartirse cordialmente con el mayor número; para ello cuenta con la eficacia de una forma sin oropeles. Denso saber y forma leve, milagro posible solamente para quienes han logrado sorprender el secreto de la verdadera sabiduría.

MARCOS A. MORÍNIGO,
University of Southern California.

NOTAS

1 *Divagaciones filológicas y apólogos literarios.* Manizales, Colombia (1934).

2 *Divagaciones,* pág. 20.

3 *Divagaciones,* pág. 91.

4 *Divagaciones,* pág. 43.

5 Se refiere Sanín Cano a los primeros años de este siglo.

6 *Divagaciones,* pág. 15.

7 *Divagaciones,* pág. 44.

8 *Divagaciones,* pág. 87.

9 *Divagaciones,* pág. 32.

XUM

Vivencia del Maestro Sanín Cano

HABLARÁN otros, con mayor autoridad sin duda, de la múltiple, recia y duradera labor de don Baldomero Sanín Cano, en el homenaje tan generoso como justo que le rinde la REVISTA IBEROAMERICANA y en el que he sido tan gentilmente invitado a tomar parte. Aceptando con alegría el ofrecimiento, procuraré, trataré por mi parte de decir algo, según me sea posible decirlo, acerca de la personalidad misma del maestro, tal como me fué dado conocer y tratar a éste durante semanas que hubieron de ser para mí, por lo deleitosas e instructivas, demasiado fugaces.

Fuéme dado, en efecto, conocer en persona a Sanín Cano —a quien conociera ya antes, de nombre y por sus obras— durante el transcurso de la VIII Conferencia Panamericana, en Lima, la ciudad linda y graciosa como una andaluza americana de excelente cepa, dentro de su tradicional donaire peruanísimo. Formábamos parte Sanín Cano y yo de nuestras delegaciones respectivas a aquella memorable conferencia. Envueltos ambos en la ola mayoritaria de estadistas, economistas, políticos, que llenaba el gran Hotel Bolívar, donde casi todos, llenándole hasta los topes, residíamos, y asistiendo a las sesiones de la conferencia misma, apenas pude, tres o cuatro veces, charlar con don Baldomero, en relativas pausas no muy largas. Almorzamos por primera vez juntos, y fuera de todo protocolo, en el hermoso Club de la Unión, en los postreros días de la reunión hemisférica. Y nos hicimos desde entonces amigos para el resto de nuestros días mortales. Enterámonos mutuamente de que íbamos los dos, apenas terminada la Conferencia de Lima, y en representación asimismo de nuestros países, a otra asamblea, de proporciones y propósitos más reducidos y especializados, pero por lo mismo, más en consonancia con nuestras inclinaciones y con la

vocación —llamada vital— de nuestro destino: la Primera Conferencia de Cooperación Intelectual celebrada en otra gran ciudad de nuestra América, acogedora y cordial, por lo demás, como pocas, y de ilustre prosapia literaria: Santiago de Chile.

Cosa de una semana después, en el Hotel Crillon de Santiago, donde residíamos mi esposa y yo, así como la mayor parte de los demás delegados y sus esposas respectivas, nos reunimos de nuevo con nuestro ya viejo amigo — que no se cuenta a veces la amistad por los años de su duración, sino antes por la hondura y sanidad de sus raíces de estima y afecto, que son por su naturaleza atemporales. Juntos estábamos casi de la mañana a la noche, en el hotel mismo, en los numerosos actos sociales con que nos obsequiaba el gobierno recién inaugurado del presidente don Pedro Aguirre Cerda y la distinguida sociedad de Santiago así como durante las interesantísimas sesiones de la conferencia, presidida, a su vez, por otro ilustre y buen amigo: don Juvenal Hernández, en la Universidad de Chile, de la cual era él Rector a la sazón. Tomaban parte en aquélla numerosas personalidades, todas eminentes, de nuestro hemisferio y algunas europeas. Don Baldomero fué tácita y unánimemente reconocido como el patriarca americano de la conferencia.

Durante el transcurso de la cual, según apunté antes, tuve ocasión, para mí bienvenida, de proseguir con el maestro Sanín Cano, y con sosiego y espacio mayores y tiempo más propicio y prolongado la conversación que con él comenzara en Lima. La conferencia misma era, en vez de agotadora, estimulante. Las sesiones eran agradables y fecundas. Los temas tratados nos apasionaban a todos. El tono fué de verdadera e íntima cordialidad.

Y el patriarca de la conferencia, repitámoslo, fué el maestro Sanín Cano. Cada uno de nosotros supo, al tratarle, por qué sus compatriotas todos le saludan con título tan alto. Este gran don Baldomero sin barbas capriles como las de don Ramón del Valle-Inclán (sin la mordacidad valleinclanesca tampoco, a veces ácida y maldiciente) posee una sabiduría vital sonriente y un humorismo antioqueño de la mejor agua, tan serenos y benévolos ambos, como corresponde a un maestro consumado de la mente y del vivir humanos. Su figura alta y fuerte es la de un hombre situado entre la quinta y la sexta década de su existencia. Parece atesorar en su testa venerable y a menudo risueña un archivo inagotable de saber

de los libros y del mundo, de los hombres y países diversos que conoció en su esencialidad y en sus detalles cotidianos, reveladores del alma y carácter de países y hombres. Y ama a su patria ilustre de democracia y de cultura y su provincia, como él sana y recia, con amor cuya profundidad se recata en un viril pudor que lo revela y trasciende.

Sencillo y verdadero, como un gigante sin complejos, y como un *sage* que superó la vida sin mostrarlo, se me apareció siempre don Baldomero Sanín Cano, en los días, demasiado cortos por lo cordiales y fértiles, de la Primera Conferencia de Cooperación Intelectual. Por sobre todos mis recuerdos de ella, y del país fraterno donde ella se celebró, se eleva la figura amada del insigne delegado de Colombia. Tiempo ha que deseaba expresarlo. De ahí mi gratitud a mis distinguidos amigos y colegas: el director de la REVISTA IBEROAMERICANA, señor Julio Jiménez Rueda y su redactor, señor Manuel Pedro González, quienes me han ofrecido la más propicia ocasión de realizar, siquiera a vuela pluma a causa de la premura a que otros quehaceres del momento me obligan, mi anhelo y cumplir, siquiera haya de ser de suerte somera, el deber de unir este mi tributo al homenaje de alta justicia de la gran revista.

Abrigo la esperanza fundada de que hayamos de tener nueva oportunidad de renovar tal homenaje al Néstor de las letras americanas. Entretanto, desde esta tierra también hermana de la mía, le envío mi saludo filial de admiración y afecto:

¡Maestro, salud!

LUIS RODRÍGUEZ-ÉMBIL,
Caracas, Venezuela.

XIIM

El Maestro Sanín Cano

(Recuerdos)

Supe de Sanín Cano, el maestro a quien consagra este justo homenaje la Revista Iberoamericana, supe de sus condiciones humanas, del excepcional valor de su carácter, ya que el ensayista, el crítico, el humanista moderno que alientan en el colombiano universal me eran familiares desde mis días adolescentes, cuando José de Armas y Cárdenas, un discípulo cubano de Menéndez y Pelayo, me habló en una bellísima carta del autor de *La civilización manual* y me decía estas palabras que creo recordar textualmente: "me habla usted del caudaloso saber y de la penetración crítica de don Baldomero Sanín Cano, y yo convengo en ello, pero además debe ser varón austerísimo, de altas virtudes morales, porque Gabriel de Zéndegui no acaba de ponderarme la actitud ética del gran escritor, y Zéndegui es un santo".

Y ha sido precisamente con motivo de *Justo de Lara* (pseudónimo de José de Armas), como volví no ha muchos meses a tener noticias directas del maestro colombiano. Le remití un *Cuaderno de Cultura* que recogía el estudio de nuestro humanista titulado "Cervantes y el Quijote". Es un sagaz ensayo, cuya primera edición es de 1905. Ante su lectura recordó Sanín Cano sus viejas devociones cervantinas. Hace años tradujo del inglés a nuestra lengua la biografía de Cervantes escrita por el ilustre hispanista J. Fitzmaurice-Kelly. ¿Qué ve el maestro colombiano en el estudio cervantista de *Justo de Lara*? No se fija en lo literario tan sólo. Así comienza por señalar, como una de sus notas distintivas, "una bondad inagotable apoyada en un firme sentido de la equidad y en una capacidad finísima de valoración". Y añade luego: "además una feliz pureza de

expresión y un gusto severo servido por un conocimiento vastísimo de las buenas letras en más de cuatro idiomas".

Obsérvese cómo queda precisada en estas líneas la aspiración universalista del crítico cubano. La parte final de su estudio es un ensayo admirable de literaturas comparadas. Por eso alude Sanín Cano, muy certeramente, a esa vastísima lección de buenas letras en más de cuatro idiomas.

Escribe su deliciosa carta el autor de *La civilización manual* desde Popayán. No conozco la ciudad, famosa en los fastos de la poesía, pero la he vivido en la obra de Guillermo Valencia. Al gran poeta alude su amigo entrañable en la forma más delicada: "Recluído en esta ciudad por la edad y por el clima ideal no menos que por el recuerdo de un amigo incomparable, a cuyo lado pasé los cuatro años últimos de su vida, vivo de recuerdos." Hay un acento melancólico, una vaga nostalgia, en estas palabras del maestro. ¡Cuántas cosas despiertan en el espíritu ante la alusión al poeta de "Anarkos"! ¡Qué ejemplo el de la honda amistad del crítico de amplias proyecciones y el maestro de la poesía! Valencia, candidato dos veces a la presidencia de su país por el partido conservador, encarnaba tradiciones políticas que tuvieron siempre, en Sanín Cano, a un opositor tenaz. Es muy significativo que el poeta Valencia, hombre de derechas, haya encontrado su más alto crítico en Sanín Cano, una gran figura de la tradición liberal. Valencia es ese amigo incomparable, a que aluden las melancólicas palabras del maestro. "Su recuerdo", tanto o más que el clima suavísimo, retiene al ensayista en esa vieja ciudad llena aún de las clásicas notas de su cantor majestuoso.

He revivido episodios de esta fraternal amistad, algunos de los cuales tuve el privilegio de oír relatar al propio Sanín Cano. Iluminan un período de profunda renovación literaria. Expresan su verdadero espíritu, más que copiosos repertorios documentales. Quiero recordar ahora uno de los más reveladores.

En los días de la coronación de Jorge V, coincide Sanín Cano en Londres con su viejo amigo don Emilio Bobadilla, el injustamente olvidado *Fray Candil*. Mientras esperan en una terraza el comienzo de una ceremonia oficial, se ha acercado a su mesa otro periodista, residente en la capital inglesa desde hacía años: Ramiro de Maeztu. Pondera el insigne escritor español sus últimas lectu-

ras de poetas alemanes. "Había ido a Alemania para aprender qué cosa era la poesía lírica de la época moderna, leyendo a Hofmansthal, a Stefan George... Bobadilla parecía convencido. Lo estaba tan sinceramente que observó con un dulce reproche: tienes razón, sólo que has ido muy lejos y demasiado tarde a adquirir ese conocimiento. Tuve ocasión de leer a estos poetas en Bogotá, en 1897, en las versiones transparentes que de ellos hizo Guillermo Valencia."

Recojo la anécdota, que le oí cantar al propio Sanín Cano, de uno de sus ensayos: el dedicado a Emilio Bobadilla, en los días de la muerte de nuestro compatriota, y reproducido en el libro *Indagaciones e imágenes* (Bogotá, 1931). No cuenta el autor que él inició a Valencia en esta fase de la poesía alemana.

En la fecha a que alude *Fray Candil*, el grupo literario, que tenía en Sanín Cano su crítico orientador y en Valencia su altísimo poeta, libraba encendidas controversias con las más interesantes figuras literarias, y ha tenido en don Luis María Mora su historiador erudito y apasionado. Con no disimulada propensión libresca se denominaba a esta capilla *La Gruta Simbólica*, y el libro, que ha referido puntualmente sus peripecias, se titula *Los contertulios de la Gruta Simbólica*.

Es muy interesante que en las agrias páginas que dedica don Luis María Mora a don Baldomero se señale como una limitación, o un exceso, en la obra del gran crítico una actitud que es precisamente la afirmación cumplida de su universalidad, de su proyección vastísima. Decía el desenfadado don Luis "que a duras penas sabemos por estas latitudes un poco de francés y algo de inglés comercial y tardará mucho todavía antes que podamos, como Sanín Cano, pasearnos de bracete con los grandes maestros suecos, daneses, o noruegos, con los cuales él se trata de tú por tú". Ejemplo admirable de autodidactismo, Sanín Cano aprendió en Bogotá el danés para conocer directamente a Brandes, el crítico de *Las grandes corrientes literarias del siglo XIX*; el noruego, para acercarse sin trabas a la obra ibseniana; el alemán... Un poligloto le llama con desdén un poco singular el buen don Luis María... Pero las lenguas vivas, como las muertas, han sido para el maestro colombiano, antes que nada, instrumentos de cultura. Por eso, en el duro aprendizaje había esa alegría que sólo sentimos ante una nueva conquista

del espíritu. Con razón ha dicho el doctor Germán Arciniegas, en un fino ensayo sobre Sanín Cano, que el maestro, en su infatigable tarea nos da siempre el ejemplo de su júbilo, lleno de serenidad.

La obra de Sanín Cano recogida en volúmenes es una mínima parte de la que está dispersa en publicaciones del más diverso linaje. Samper Ortega, en la Biblioteca Aldeana, en el tomo que dedica a los eruditos antioqueños, el 54 de la colección (el término erudito expresa muy limitadamente lo que es la obra de un ensayista creador como Sanín Cano), dice que nuestro autor "era un ilustre desconocido" para la nueva generación colombiana, cuando llegó a su patria después de largos años de residencia en Europa. Sin embargo, su magisterio ha ejercido una profunda influencia. No porque haya enseñado directamente —fué sólo por algún tiempo lector en la Universidad de Edimburgo— "sino por lo que ha estudiado", para recordar la expresión de Arciniegas. Dice el autor de *Los alemanes en América*, una de las más bellas y sugestivas monografías históricas de estos tiempos, que hay catedráticos que dicen: "llevo 50 años de enseñar". Querríamos preguntarles: ¿Y han tenido alguno de estudio? Si a Sanín Cano le preguntásemos: —Díganos, maestro: ¿cuántos años lleva de enseñar?, quizá diría: —Ninguno. Pero llevo sesenta de estudiar.

Estas palabras se escriben en 1940. Hoy son muchos más años de estudio persistente, de la persistente visión universal sobre los hombres, las ideas y los hechos. Hace algún tiempo un joven escritor cubano, profesor de literatura hispanoamericana en la Universidad de California, el doctor Manuel Pedro González, tuvo una justa y feliz iniciativa, en uno de los periódicos Congresos de Literatura Iberoamericana, que se celebraban antes de la guerra: la de un homenaje continental a Sanín Cano. Se le dirigió un mensaje al Presidente de Colombia, que a la sazón lo era un periodista insigne, el doctor Eduardo Santos. El mensaje, calzado por más de cien firmas —yo me honré en firmarlo—, proponía una edición nacional de las obras de Sanín Cano y un volumen con los trabajos escritos sobre el maestro. Nada se ha hecho hasta ahora. Sanín Cano vive en su actividad infatigable de siempre. Hace poco más de dos años dió a la colección de Tierra Firme (México), un volumen sobre las letras colombianas, que es un ejemplo de síntesis crítica, ponderada y sabia.

En 1935 publicó la Dirección de Cultura del Ministerio de Educación (un departamento oficial cuyas tareas tuve el honor de inaugurar) el *Homenaje a Enrique José Varona*, en el primer cincuentenario de su primer curso de filosofía (1880-1930), valiosísima miscelánea de estudios literarios, históricos y filosóficos. Hay allí unas páginas reveladoras del maestro Sanín Cano, fechadas en Santa Fe de Bogotá, en julio de 1932. Aún vivía el maestro cubano a quien se consagraba el libro. El escritor colombiano evoca su aprendizaje literario. Corría el año de 1887 "y comenzaba a rehacer fervorosamente —nos dice en ese artículo de sabor autobiográfico— mi educación literaria y filosófica". Un cubano ilustre, que tuvo en Colombia su segunda patria, don Rafael María Merchán, le llamó para que hiciera el índice de su biblioteca, de unos diez o doce mil volúmenes. Había revistas, muchas revistas, francesas, italianas, alemanas; las más eran en español y algunas procedían de Cuba. Allí conoció el maestro la *Revista de Cuba*, fundada por don José Antonio Cortina, "allí dieron mis ojos —nos cuenta— con el nombre hoy para mí sagrado de Enrique José Varona".

Sentía el escritor una profunda crisis de conciencia. Necesitaba volver a estudiar, "no sin haber desaprendido la mayor parte de lo que hasta allí había creído saber". Debía rectificar nociones falsas adquiridas en las aulas, redondear otras incompletas. En ese momento grave llegó a sus manos la obra de Varona. El maestro cubano le enseñó "los primeros rudimentos de probidad intelectual". Parecía que sus libros daban al lector apasionado un consejo que nunca ha olvidado nuestro escritor: "importa como paso principal trazar la línea divisoria entre lo que sabemos y lo que ignoramos". Nos hace luego Sanín Cano esta confesión: "Al tratar entonces de fijar las sinuosidades de esta línea me dí cuenta, un poco demasiado tarde, de que al lado de nociones elementales muy estrechas se desenvolvía el desierto para mí inexplorado de lo que ya debiera saber..."

¡Cuánta gratitud siente por Varona el maestro de Colombia! El artista que alienta en el filósofo de los *Cursos libres* le fascina. He aquí cómo ve un breve volumen de versos publicado por Varona con el pseudónimo de *Luis del Valle*. "Un pensamiento delicado, clásico, finamente expresado, formaba el sentido de líneas armonio-

sas... La fase era una cosa espiritual y trascendente como en Matthew Arnold... Era una poesía destinada a pasar inadvertida de muchos y a llenar con deleites imprevistos las horas del pensador reconcentrado."

Más tarde hace Sanín Cano el elogio de *Desde mi Belvedere*. Advierte agudamente que cuando la prosa castellana corría el peligro de eterizarse entre los deliquios de escritores a quienes importaba más la riqueza y vanidad del adjetivo que la arquitectura general de la sentencia y su acuerdo con el pensamiento, aparecía este libro en que el estilo es una cosa sutil, puramente espiritual, inasible, y sin embargo, presente como los besos que dijo Tennyson: "recordados después de la muerte".

Como hemos dicho escribe esas páginas Sanín Cano en 1932. Dos años más tarde, cuando le dí cuenta de que al fin iba a publicarse el homenaje a Varona, me escribió contándome cuán tarde supo la muerte del gran escritor cubano. El trasatlántico en que hacía no sé que largo viaje, podía comunicar al pasaje las que juzgaba las noticias esenciales: un encuentro pugilístico, las últimas cotizaciones de la bolsa, los recientes acontecimientos políticos de este país o de aquel otro. La muerte de un hombre como don Enrique José Varona no parecía tener importancia alguna y no se dió la noticia. Por eso vino a conocerla tardíamente el maestro colombiano que confiesa, con su sinceridad característica, deber tanto al maestro de Cuba. Sanín Cano deducía del hecho una tácita condenación de la civilización maquinista de nuestro tiempo.

Una vez en Madrid, en la humilde morada de un estudioso, nos reunimos unos cuantos amigos para oír por primera vez la interpretación, bajo la experta dirección del musicólogo y folklorista don Eduardo M. Torner, de la música de algunas cantigas de Alfonso el Sabio. Estábamos Alfonso Reyes, Díez-Canedo, Eugenio d'Ors, y desde luego, Baldomero Sanín Cano. ¿No recuerda, maestro y amigo, aquella velada de música en la primavera madrileña? No nos atrevíamos a hablar para no alejar demasiado pronto de nuestro alrededor el encanto de aquella hora. De todos, quizá el más silencioso fué el maestro Sanín Cano. A las pocas semanas me habló el escritor de las impresiones de aquella noche. Vi cómo aquella música del siglo XIII vivía en el corazón del maestro. El ritmo de silencio penetrante le había unido con más intimidad a su espíritu.

Evoco este recuerdo de silencio, de paz y de música casi inefable, en el homenaje que hoy rinde a Sanín Cano, bajo la égida de Manuel Pedro González, el ilustre profesor de la Universidad de California, un grupo de amigos de la cultura americana.

JOSÉ MARÍA CHACÓN Y CALVO

Sobre Sanín Cano, Maestro

Poco después de llegar al París de 1928 oí por primera vez el nombre de Sanín Cano. Lo digo con pena pero sin vergüenza, porque tales lagunas eran y siguen siendo frecuentes en Hispanoamérica. Es en París, en Madrid, en Nueva York donde los hispanoamericanos —mexicanos, colombianos, argentinos...— nos hacemos continentales.

El México de mi adolescencia había recibido un baño de hispanoamericanismo gracias a don José Vasconcelos, que desde el Ministerio de Educación Pública hablaba de Hispanoamérica, había vivido en el Perú y entonces empezaba a recorrerla, mandaba al sur del Suchiate a estudiantes que nos traían noticia de las tierras desconocidas, y traía de ella profesores, escritores, poetas. Estudiante de la Escuela Nacional Preparatoria, respiraba yo hispanoamericanismo de buena ley en buen sitio para respirarlo, en las viejas aulas y en los amplios corredores del viejo Colegio de San Ildefonso, completamente ajeno al mérito de quienes lo creaban. A Vasconcelos lo vi una sola vez —y no precisamente con simpatía—, el día de la huelga de preparatorianos de 1923. A Carlos Pellicer, conterráneo mío que volvía de Colombia, lo oí conversar de sus amigos bogotanos en la antesala del Rector. Fuí alumno, por unas semanas, del nicaragüense Salomón de la Selva y del costarricense Moisés Vincenzi. Oí hablar, vagamente, de Gabriela Mistral. Pero, ingratos como buenos adolescentes, no sabíamos que algo nuevo se nos daba.

El fruto, que es lo que importa, maduraba. En el tercer curso de historia general que nos daba el inolvidable maestro José Luis Ossorio Mondragón y en el que poco se hablaba de Hispanoamérica, yo, por propia iniciativa, inexplicable para casi todos mis compañeros y aun para mí mismo, solicité permiso para escribir un tra-

bajo de clase sobre Bolívar. Esto era en el año de 1925. Ossorio me dijo, entre bromas y veras, con su típica cortesía: ¿No naufragará en ese mar proceloso la frágil barquichuela?... Pero cuando lo leyó me pidió que lo leyera en clase. Luego escribí y leí otro sobre José Martí. La información era breve, pero el entusiasmo mío y de los demás estudiantes se hizo grande. Sobre Bolívar la base era Rufino Blanco-Fombona, cuyas ediciones madrileñas pasaban por nuestras manos, y sobre Martí el mismo Fombona y la primera biografía de M. Isidro Méndez.

Yo tenía, desde mi infancia costeña, algún interés por Cuba y por Puerto Rico, y por sugestión de don Manuel Mestre Ghigliazza, Director de la Biblioteca Nacional y amigo de mi casa, leía sin parar, con sorpresa de mis compañeros y de mis profesores, los libros de Emilio Bobadilla. *Fray Candil* me daba, cuando menos, una información general de cuanto ocurría en Europa, y me interesaba en los escritores hispanoamericanos con quienes convivía o peleaba en Francia y España. No quiere esto decir que yo era el que menos ignoraba de Hispanoamérica. Habría que ver la experiencia personal de otros muchachos de mi grupo, que recordarán la suya tanto como yo recuerdo la mía. Pero, sin duda, gracias al aire creado por Vasconcelos y por la casual lectura de Bobadilla, fuí uno de los pocos que a los dieciocho años empezaron a mirar hacia las Antillas y hacia el sur.

La mención de *Fray Candil* viene muy a cuento porque un día de 1928, en París, cayó en mis manos un librito muy modestamente impreso y casi desencuadernado, editado en Bogotá: *Indagaciones e imágenes*, por B. Sanín Cano. Fué a parar, no sé cómo, al hotelito estudiantil de la Rue Cujas, del Barrio Latino, donde yo vivía. ¿Fué comprado en la Librairie Espagnole de la Rue Gay-Lussac, que tanto frecuentábamos los hispanoamericanos de París, o algún colombiano lo llevó desde su tierra? Lo que recuerdo claramente es que lo abrí en la página 127 —tengo, naturalmente, otro ejemplar a la vista— y encontré el nombre de Emilio Bobadilla como cabeza de capítulo. Leí sus ocho páginas con avidez y nació mi lazo de afecto y de admiración con Sanín Cano. Me leí todo el libro y a cuanto hispanoamericano o español encontraba le preguntaba yo por él, por quién era, dónde estaba, qué hacía. Y es que Sanín Cano me había vuelto el alma al cuerpo: casi nadie había leído ni leía

"a mi *Fray Candil*" —"tu *Fray Candil*" me decía siempre, con su punta de ironía, un escritor mexicano a quien frecuentaba en París— y, sin excepción, todos lo consideraban de poco valor o, cuando menos, cosa pasada y liquidada. Ellos no tenían razón, ni tampoco la tenía yo, pegado con una simple pasión de adolescente al parisismo y al "cientificismo" de Bobadilla, no siempre del mejor gusto, y a su individualismo excesivo y amargo.

En prosa serena, diáfana, nítida, Sanín Cano me hablaba allí del hombre — al que había conocido bien, recordaba su simpatía y su gracia de conversador, la condescendencia personal que lo adornaba en contraste a sus furias y crueldades de crítico, y marcaba sus limitaciones. Me daba el pro que me urgía para autorizar mi adhesión fraycandilesca, pero, con su claro juicio, me apartaba de mi ingenuo fanatismo. El artículo que tanta impresión me hizo, está rematado por una certera frase, que hoy podemos nosotros aplicar a Sanín Cano: "Un hado benigno le había condenado a morir joven, después de los sesenta años." Sanín también se conserva joven hoy, a los ochenta y siete.

Después seguí a don Baldomero a través de muchos artículos y de pocos libros; pero, entre éstos, sigue siendo *Imágenes e impresiones* el que más me gusta. Lo digo ahora que repaso la colección de recortes y los volúmenes que conserva el Instituto Hispánico de la Universidad de Columbia. Es que a la estimación razonada y global se impone siempre el punto de partida vital y humano.

Sus reconocidas tersura y mesura están ya en el artículo sobre "El descubrimiento de América y la higiene". Allí su galana prosa, sus muchas lecturas, su crítica sonriente. En "Cadenas de estuco" está muy presente su fondo revolucionario, un algo londinense y un mucho bogotano, ordenado y enfrenado pero con presagios de que puede desenfrenarse. En "El hombre disminuye" ve, sin ira, "la tendencia fatídica a nivelar y a nivelarse, tomando para eso las posiciones en que está repantigada la medianía", alta preocupación de los más puros modernistas. Allí mismo aparecen sus sedantes impresiones de reporter de guerra, de espectador reflexivo y emocionado de la del año 14, cuando nos cuenta de una barraca hecha teatro en que el público de soldados aliados "rehusaba noblemente el arma del insulto". Su vida y su obra ajenas al exceso hallan esperanza en aquel paréntesis elocuente. En sus críticas sobre Brandes —a quien guarda una fidelidad permanente—, Galsworthy, Fray Luis

y Marinetti sentimos y envidiamos su vasto conocimiento de todas las literaturas.

Luego abrimos *Divagaciones filológicas y apólogos literarios* y nos vamos encontrando con su respuesta a don Juan Valera —el ilustre español que es un precursor en haber querido y en parte logrado conocer las letras hispanoamericanas, no sin caídas de mal humor imperial— escrita en el mismo tono pero con más acopio de datos que el gran andaluz, quien en esa mala ocasión llamó a los hispanoamericanos "arrendajos serviles de los más disparatados extranjeros". Allí colecciona la buena doctrina lingüística que años después refrendan maestros de una España y de una América más cercanas, más sensatas y en camino de la justa reunión, y que tiene como antecedente los pilares americanos que se llaman Bello y Cuervo. Creo que es uno de los primeros que dice que hay que establecer "no cómo se debe hablar, sino cómo se habla". "Interesa más conocer la historia de la lengua —precisa— que todo ese formulario de reglas." "Las academias nos han querido hacer olvidar que el idioma es creación del pueblo." El sabio antiacadémico funda sus avanzados puntos de vista en el conocimiento de muchas lenguas europeas, y de las clásicas.

Hallazgos así hallaremos si seguimos revisando las *Divagaciones*, sus *Ensayos* editados en Bogotá en 1942, sus *Letras colombianas* de reciente aparición en México, que son ahora los libros que tenemos al alcance de la mano. El lector atento recoge aquí, nada más, sus anotaciones marginales: maestro de buena prosa, de ecuanimidad, con "la condescendencia y el buen humor de la verdadera sabiduría" —otra frase suya, de la que ha hecho norte y logro, que enderezamos hacia él—, de responsabilidad literaria, de divulgación útil y honesta; buen disociador de las ideas de los hombres y las culturas de su tiempo, que sin pasión expone la realidad del mundo que vive: "el mundo se está haciendo socialista a la vista de todos", decía a principios del siglo; periodista afilosofado —lo que Montalvo, tan valioso pero tan poco afilosofado, pedía y recomendaba; hombre de primera fila que empeñosamente busca la discreción de la segunda; sucesor de Bello en Londres— no hay que olvidar su oficio de maestro, también ejercido allí, y sus amistades literarias en toda Europa; ejemplo y guía, según Guillermo Valencia; representante de José Asunción Silva en la tierra; estudioso y divulgador de los más altos ingenios

europeos e hispanoamericanos. ¿Faltan méritos y nombres para darle permanencia literaria en el mundo de habla española?

No faltan; pero recordemos también su vida de maestro, de funcionario, de diplomático, de maestro que estudia —*rara avis*, como Germán Arciniegas ha recordado en artículo reciente— y en línea ascendente y recta que va desde sus días de profesor de Titiribí hasta su robusta ancianidad universal.

El homenaje que se le tributa contiene el agradecimiento de tres generaciones que ven en él otro maestro de América.

ANDRÉS IDUARTE,
Columbia University,
Nueva York.

Estampa de Sanín Cano*

A los ochenta y cinco años de edad, Baldomero Sanín Cano conserva el don de la gracia espiritual. Físicamente es un orgullo de la raza antioqueña. Por las calles de Bogotá, por las de Popayán, por las de Cali, se le ve deambular con paso tranquilo y seguro, erguida la cabeza, los hombros en espléndido equilibrio, una de las manos sobre el bastón y el rostro siempre jovial donde la piel sigue conservando una milagrosa coloración juvenil. El maestro avanza y observa todas las cosas y todos los seres y todos los accidentes del mundo que lo rodea, con impertérrita curiosidad. Los ojos están llenos de alegre malicia y en los labios revolotea una sonrisa irónica. De pronto se detiene enfrente de un muestrario de libros. Y para precisar los títulos, saca de su estuche los anteojos. El rostro adquiere entonces un leve aire profesoral. Desencantado de la mercancía expuesta, sigue su camino, golpeando suavemente en el pavimento con el cuento del bastón. El vestido es generalmente de color claro. El sombrero también, y éste, además, ostenta unas magníficas arrugas que ponen así, sobre la docta cabeza, un delicado acento de simplicidad, de imprevista sencillez. En el camino lo saludan gentes desconocidas, gentes amigas y gentes que no lo son, pero que lo admiran y respetan. Con los amigos se detiene a conversar breves instantes, mientras llega la hora de regresar a la casa. Viéndolo de

---

* Era propósito firme de la REVISTA IBEROAMERICANA no ofrecer en este homenaje más que testimonios inéditos expresamente escritos para esta ocasión. Hacemos una excepción, sin embargo, con esta bella "estampa" azorinesca que nos envió su autor, por estimar que los lectores de la revista habrán de agradecérnoslo. Esta emocionada silueta íntima la publicó Hernando Téllez en Bogotá al celebrarse el octogésimo quinto cumpleaños del maestro, pero es casi totalmente desconocida de los lectores no colombianos. (N. de la R.)

espaldas parece, por el color de la nuca, el tono del cabello que asoma bajo el ala del sombrero, y la ancha geometría de los hombros, un caballero extranjero, un ciudadano del norte de Europa, de paso y de paseo por la ciudad. De frente, ofrece la misma impresión, agravada por la limpidez de la piel, el trazo duro del rostro y las proporciones de la cabeza. Las personas que lo miran, lo observan con sorpresa llena de admiración. "¿Es el maestro Sanín Cano?", preguntan. Y cuando reciben la confirmación de su sospecha, se hacen lenguas ponderando la extraordinaria conservación física, el noble aspecto, la eterna juventud del personaje.

Cuando Sanín Cano regresa a su casa en un tranquilo barrio, ya el crepúsculo empieza a ceder ante la invasión de las sombras. En las colinas, que parecen muy próximas, la niebla va apoderándose insidiosamente de todos los perfiles. Hace frío y el cielo ostenta un agobiador color de plomo que imprime en las cosas y en las almas una secreta desolación. La callecita del maestro tiene unas lindas acacias, periódicamente heridas por la barbarie municipal. Su casa es modesta y limpia. Dos metros cuadrados de jardín, donde florecen altas rosas, defendidas de la anónima codicia ajena por una verja de hierro cuidadosamente cerrada. Dentro, un pequeño corredor y, al fondo, el despacho, que es también sala de recibo para los visitantes. La temperatura en el interior es agradable. Hay libros en los estantes. Libros sobre las mesas. Libros en el escritorio. Algunos cuadros y retratos en las paredes. El maestro está solo. Sin embargo, esa soledad no es total. Una amada sombra cuya imagen fotográfica preside, desde uno de los muros, el paso de las horas, lo acompaña, lo estimula, lo observa, lo conforta. El maestro se dispone a escribir. Y, bajo su mano, ya tiene ordenadas las cuartillas de papel leve, frágil y transparente. El estilógrafo de fino metal, brilla en la sombra, brilla aún más debajo de la luz de la lámpara. Un momento más, y la mano empieza a ejecutar la tarea de la creación intelectual. Se oye, en el perfecto silencio de la habitación, en el perfecto silencio de la prima noche, el rasguear de la pluma. Media hora, una hora de labor continua. Dos, tres veces, el maestro se ha levantado de la silla, para consultar un diccionario, para verificar una cita, para aclarar una fecha, para comprobar el significado de una palabra, la exactitud de una equivalencia lingüística. La prosa ha llegado a los picos de la pluma con exquisita gracia, con espontánea fluidez. Poco a poco se ha ido formando una esbelta ar-

quitectura en la cual todo es equilibrio, compenetración admirable de la forma y la idea, economía retórica y precisión estilística. La letra, con los años, se ha complicado un poco. Pero conserva el encanto de la caligrafía, antigua de cincuenta o sesenta años, en la cual ciertas letras le daban al conjunto de la plana el atractivo de un dibujo cuya gracia reside en la insistencia de determinado motivo ornamental.

Terminada la labor, que el maestro ha cumplido con alegre y desinteresado júbilo espiritual, su curiosidad infatigable, su insaciable sed de conocimiento, tratará de satisfacerse en la lectura de los libros amados. Allí en un rincón bien conocido de la biblioteca, está Brandes, sabio, magnánimo, perspicaz; en otro rincón espera Nietzsche, amargo, genial y peligroso; más allá Shakespeare, Cervantes, Swift y Shelley, Eliot y Huxley... Los filósofos, los artistas, los psicólogos, los analistas implacables de la condición humana, los histólogos de las pasiones, los novelistas que han puesto en claro las zonas oscuras del alma, los humoristas. Toda la sabiduría humana, condensada en libros inmortales, espera al maestro, imperceptiblemente indeciso frente a su propia biblioteca. La determinación, sin embargo, será la mejor. El maestro es un experto navegante en el vasto océano de papel y tinta que lo rodea por todas partes. De uno de los estantes ha extraído el libro preciso, el que demandaba su propia inquietud. Con él en las manos, acariciando el lomo, preguntando ya el placer hondo, indefinible de la lectura, se va en busca del lecho. Una mirada más a la habitación, al muro desde donde lo observan con infinita dulzura, unos ojos amados e inolvidables. El maestro ha apagado la lámpara. Las cuartillas escritas alcanzan a percibirse en la sombra. En el perfecto silencio de la casa, en el perfecto silencio de la calle y de la noche, se oyen los tranquilos, los pausados pasos del maestro que se dirige a su alcoba...

HERNANDO TÉLLEZ

Antecedentes de este Homenaje

Como complemento al testimonio de admiración y simpatía que en esta entrega especial de la Revista Iberoamericana rinde una veintena de los más distinguidos intelectuales de América al maestro Baldomero Sanín Cano, se reproducen a continuación algunos documentos publicados en el número dos, correspondiente a noviembre de 1939, de esta misma revista, reimpresos con fervorosa adhesión por *Nosotros*, de Buenos Aires, en la edición de enero-febrero de 1940. Hubiéramos deseado incluir igualmente algunas de las cartas enviadas por muchas de las figuras más destacadas del intelecto americano que en aquel año apoyaron la idea de un tributo internacional al gran escritor colombiano. La falta de espacio, por una parte, y, el hecho de que no pocos de los corresponsales de 1939 han contribuído con sendos trabajos en esta ocasión, y en ellos desarrollan los conceptos contenidos en las referidas epístolas, nos impiden darlas.

En cambio creemos pertinente señalar aquí los antecedentes de la pleitesía que por fin se le rinde hoy al decano de nuestros prosistas, si bien en forma mucho más modesta de lo que él merece y nuestra cultura reclama. Como luego se verá, era algo más digno del homenajeado y de mayor provecho para nuestra cultura lo que en 1939 se pedía, pero . . . nuestra América no da para más.

Esta idea ha tenido una larga elaboración en la mente de algunos de nuestros escritores y la han apoyado varias de nuestras publicaciones periódicas más prestigiosas en los últimos once años. Si no andamos demasiado trascordados la hizo pública por primera vez un crítico antillano en la *Revista Bimestre Cubana*, en 1937. Huelga decir que la sugerencia no tuvo eco ninguno entre nuestros escritores ni fué acogida por ninguna entidad ni revista. Dos años más tarde, en 1939, el poco afortunado iniciador del proyecto presidía el Ins-

tituto Internacional de Literatura Iberoamericana y aprovechó la circunstancia para renovar el empeño, reforzado esta vez con el apoyo unánime de la mesa directiva de la mencionada institución y el de la comisión redactora de la REVISTA IBEROAMERICANA, de la cual era jefe entonces el doctor Carlos García-Prada.

Lo mismo en 1937 que en 1939, el plan de homenaje que se aconsejaba debía consistir en la recopilación de la obra escrita de don Baldomero Sanín Cano para publicarla en una serie de volúmenes y salvar así para la posteridad una de las más nobles y luminosas manifestaciones de alta cultura que en la vida literaria de nuestros países se ha producido en lo que va de siglo. (Esta ejemplar ejecutoria permanece todavía hoy diseminada en su mayor parte en gran número de publicaciones periódicas desparramadas por todo el continente.) A esta edición de las *Obras completas* de don Baldomero debían añadirse dos o tres volúmenes a él dedicados contentivos de trabajos de investigación literaria, filológica y gramatical o de ensayos críticos —ya filosóficos o literarios— que son las principales disciplinas cultivadas por el homenajeado. Tal se había hecho en España en honor de Menéndez Pelayo, Menéndez Pidal y Miguel Artigas y, en América, en los casos de Enrique José Varona y Domingo Amunátegui Solar.

Conscientes de la imposibilidad de encontrar editor para un plan de tan vastas proporciones, los promotores del proyecto en 1939 trataron de movilizar el interés cultural y de estimular el sentimiento patriótico de los hombres de letras que por aquellas calendas integraban el gobierno colombiano para que impartieran su aprobación al plan y la publicación pudiera hacerse por cuenta del gobierno.

Las circunstancias parecían propicias debido al hecho de que por aquellos días regían los destinos de la nación colombiana algunos de los más caracterizados representantes de la vida cultural del país, tales como don Eduardo Santos que ocupaba la presidencia de la república, y en los ministerios Luis López de Mesa, Lozano y Lozano y otros. Esperanzados por lo que estimaban feliz coincidencia, los gestores del homenaje decidieron aprovechar la coyuntura confiados en que los elementos oficiales lo calorizarían y harían suyo ya que se trataba de honrar al valor más universal y de más fina calidad que Colombia ha producido y en él al país mismo. "Honrar honra", decía José Martí, y en la exaltación de su máximo ensayista y crítico, los gobernantes —creían los ingenuos proponentes de la

idea— se sentirían orgullosos y honrados ellos mismos, máxime cuando el impulso venía desde fuera y lo respaldaban unas sesenta firmas de Europa y América de máxima solvencia intelectual.

A fin de persuadir a los señores gobernantes de Bogotá y demostrarles que el deseo de rendir tributo al patriarca de nuestras letras y maestro indiscutido e indiscutible de varias generaciones, no era un capricho de jóvenes exaltados y devotos ni cuestión de grupo o bandería, el presidente del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana hizo circular la carta que debía enviarse al presidente Santos entre un respetable número de intelectuales de Europa y ambas Américas. A solicitud del presidente del Instituto, dicha carta, fué escrita por el doctor Carlos García-Prada, colombiano él mismo y gran admirador del maestro.

Como el lector podrá comprobar, este documento fué suscrito por más de sesenta figuras de incontrovertible autoridad, procedentes de dieciséis países de ambas riberas del Atlántico, y representantes de las más prestigiadas instituciones de cultura de los tres continentes. Tales el Collége de France, el Institute of International Education, las Universidades de Munich, Burdeos, Harvard, California, Columbia, México, La Habana y unas ocho o diez más, así como otras muchas corporaciones: academias de la lengua, asociaciones de escritores, bibliotecas, etc. Dignamente representados estaban también los órganos de especialización literaria más acreditados: el *Bulletin Hispanique*, la *Revue de Littérature Comparée*, *Revista Hispánica Moderna*, *Revista Bimestre Cubana*, *Revista Nacional de Cultura*, *Revista de las Indias*, *Revista Cubana*, *Repertorio Americano*, etc. *Nosotros*, de Buenos Aires y la Sociedad Argentina de Escritores, que no tuvieron noticia del proyecto a tiempo, se adhirieron a él con entusiasmo unas semanas más tarde. Muchos de los firmantes ostentaban, además, la representación diplomática de sus respectivos países.

Difícilmente podría encontrarse en los anales de la cultura hispana otro caso de petición más autorizada y unánime, tanto por la calidad de los peticionarios y la solvencia de las instituciones representadas, cuanto por la heterogeneidad étnica, creencias e ideologías encarnadas en los respectivos firmantes. Anglosajones e hispanos de ambos mundos, alemanes y franceses, judíos y gentiles, católicos y protestantes, conservadores y comunistas, todos concurrieron gozosos a apoyar con el prestigio de su nombre el acto de cultura y de

XUM

justicia que del gobierno colombiano se demandaba. Lo mismo ha ocurrido en el caso actual. Pocos hombres en América podrían aunar elementos tan disímiles y despertar una simpatía tan admirativa y cordial como la evidenciada en estos dos intentos de honrar a don Baldomero Sanín Cano.

¿Cómo acogió el gobierno colombiano la solicitud? ¿Cuál fué la reacción de los hombres de letras que en aquel instante ocupaban las más altas magistraturas del país ante un hecho tan inusitado y lisonjero para Colombia? Este es un capítulo penoso y desilusionante, no sólo para los que intercedieron en pro del honor que se pedía, sino para cuantos nos preocupamos por los destinos de la cultura americana. Porque debe señalarse aquí el hecho de que con aquel frustrado proyecto —como con el más modesto que ahora cristaliza— se perseguían dos propósitos: el primero consistía en testimoniar al glorioso anciano la admiración y la gratitud que todos hemos sentido siempre por él y reconocer públicamente la trascendente significación cultural de su labor; el segundo y acaso más provechoso fin era rendir un notable servicio a la cultura americana recogiendo en volúmenes la obra dispersa del maestro para hacerla circular por América como un modelo digno de emulación y un estímulo para las nuevas generaciones.

Las personas responsables de la iniciativa de 1939 ignoran todavía hoy cuál fué la reacción de los gobernantes de Bogotá y las causas verdaderas que impidieron la realización del proyecto. Lo único cierto y fuera de conjeturas es que el gobierno echó la demanda en saco roto y no hizo absolutamente nada. El único testimonio o fe de vida que el gobierno dió consiste en una breve carta o acuse de recibo de los documentos remitidos, enviada por el secretario del presidente Santos al presidente del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana y que éste conserva.

Tan pronto como tuvo noticia del proyecto la juventud intelectual colombiana, se organizó en Bogotá un comité gestor del homenaje que empezó a funcionar con gran entusiasmo. Mas ni la diligencia internacional ni la devoción doméstica lograron conmover a los señores arcontes colombianos. ¿Por qué? Sería en extremo interesante conocer la verdad. Hasta el que esto escribe han llegado rumores que es preferible no tomar en cuenta ni comentar . . .

Para concluir estas referencias que podríamos llamar históricas vamos a transcribir unas palabras contenidas en el medular testimo-

nio con que Gabriela Mistral enaltece este homenaje. La poetisa andaba en Europa en 1939 y no tuvo —ni tiene todavía— noticia de lo que en aquel año se solicitó del gobierno colombiano. Y no obstante, véase como sin saberlo pone de nuevo el dedo en la llaga y llama una vez más a capítulo a los magistrados de Bogotá para que no priven a nuestra América de la cosecha intelectual de mayor alcance que hasta ahora ha producido ningún colombiano. He aquí el ruego de la poetisa:

> "En estos días de su jubileo, nosotros esperamos del gobierno colombiano el acto que llaman los hacendados 'prestar al vecino semilla cernida'. Lo que está haciendo Cuba con Martí y lo que hace a estas horas México con don Justo Sierra, tiene que hacerlo la Colombia letrada por su pedagogo social y su ensayista divulgador de culturas. Que algo quede de las fiestas del año 48 y que eso sea un reparto del sustento recogido, y hasta hoy *quedado*, dentro de los silos colombianos. Ni la propia España le conoce lo bastante, y en el sur son muchos los que le admiran más por citas que por textos íntegros ¡cosa increíble! Así es de grande el desorden de la lectura en nuestros pueblos y así es la falta de jerarquía que gobierna el negocio librero y hasta las clases de literatura hispanoamericana."

Como se ve Gabriela reitera la demanda de 1939, la cual se mantiene vigente. Repitamos aquí las palabras finales del modestísimo crítico cubano en 1937: "el gobierno y la intelectualidad colombianos tienen la palabra". Aún están a tiempo de volver por el prestigio de su país y rendir este provechoso servicio a la cultura americana. Acaso en estos instantes en que los hombres de letras no figuran tan prominentemente en las altas esferas burocráticas de Bogotá, el ambiente sea más propicio para empresas de esta índole. Parece una paradoja y un contrasentido. Mas de estas antinomias y absurdos se compone la tela de nuestras vidas y la urdimbre de nuestro ambiente político. ¿No fué Jean Cocteau quien dijo que la única ley que explica la idiosincrasia hispana es la del absurdo?

He aquí ahora, en apoyo del voto de Gabriela Mistral, los documentos enviados en 1939 al doctor Eduardo Santos. Autor de la primera de dichas cartas fué el presidente de la institución que apadrinó el proyecto; la segunda, o sea la firmada por los solicitantes, como ya se dijo, fué escrita por el doctor Carlos García-Prada.

XUM

Los Angeles, Calif., 12 de septiembre de 1939.

Excmo. señor doctor Eduardo Santos,
Presidente de Colombia.

Señor:

Es para mí un motivo de particular satisfacción hacer llegar hasta S. E. la adjunta carta firmada por un respetable número de los más ilustres intelectuales de ambas Américas y de Europa. No fué la intención del Instituto solicitar la adhesión de la mayoría de los escritores de América. Sólo invitó a unas cuantas figuras representativas de la cultura iberoamericana o que por su difusión y conocimiento se interesan en otros países.

Rectores universitarios, catedráticos, académicos, historiadores, novelistas, poetas, críticos, ensayistas, ministros y embajadores, todos beneméritas figuras del intelecto europeo y americano, han respondido con entusiasmo a nuestra invitación para honrar al preclaro maestro de las letras americanas, don Baldomero Sanín Cano. Créame, señor Presidente, que la colección de cartas que obra en nuestro poder en respuesta al llamamiento de este Instituto, constituye ya de por sí un tributo de unánime admiración hacia el gran ensayista y crítico y una evidente demostración de la deuda intelectual que todos en América tenemos contraída con don Baldomero Sanín Cano. Como patriota colombiano, como intelectual y como la más alta representación oficial de ese admirable país, estoy seguro de que S. E. se sentirá orgulloso de saber que esta iniciativa ha sido acogida con jubilosa unanimidad por cuantos hasta ahora la conocen.

No dudo de que S. E. pondrá a contribución todos los recursos que su patriotismo y su alta investidura ponen a su alcance, para que este homenaje continental que proponemos se realice y tenga todo el relieve y toda la significación cultural que los méritos del homenajeado y la gloria intelectual de América merecen. Para todos nosotros es ya suficiente garantía de realización inmediata, la feliz coincidencia de dirigir los destinos de Colombia en estos momentos hombres de la talla intelectual de S. E., los doctores López de Mesa, Lozano y Lozano y tantos otros beneméritos de la cultura colombiana.

Con mi más alta consideración y respeto.

Al Excmo. señor doctor Eduardo Santos,
Presidente de Colombia.

Señor presidente:

Los subscritos, con el mayor respeto y movidos por hondo sentimiento de amor a las glorias de América, nos dirigimos a S. E. para encarecerle que ponga su entusiasmo generoso y los recursos que le da su alta posición oficial, en el empeño que todos perseguimos de rendirle un homenaje a don Baldomero Sanín Cano, maestro de las juventudes americanas.

Todos los pueblos cultos del mundo han experimentado siempre legítimo orgullo y sin par regocijo al honrar en una forma u otra a sus hijos más ilustres, y al hacerlo, se han aprovechado del momento oportuno. La América vive un momento decisivo de su historia, y, en la paz y en el honor, busca con afán la manera de afirmar categóricamente su unidad espiritual y cultural. Por eso la América entera sabe que es preciso rendirle ahora el homenaje debido a uno de sus más preclaros conductores, don Baldomero Sanín Cano, varón ejemplar por sus muchas virtudes, apóstol vigilante de la paz, la verdad y la justicia, maestro insigne si los hay por su sabiduría y por la sencilla autoridad purísima de su mensaje de liberación social, espíritu noble que posee y expresa las más genuinas aspiraciones de los pueblos americanos.

Nosotros creemos, señor Presidente, que el homenaje a Sanín Cano, para que sea digno de él y de América, debe consistir especialmente en la publicación, por cuenta del gobierno de su patria, de las *Obras completas de Sanín Cano* —que podrá hacerse con grandes ventajas bajo su propia dirección y antes de que abandone el mundo de los vivos— y en la preparación y publicación de dos o más volúmenes que contengan los trabajos que sobre el maestro y su obra o sobre temas afines escriban en su honor sus admiradores y discípulos, que son tantos en el mundo occidental.

La publicación de este homenaje bajo los auspicios del gobierno de su Excelencia, será un acto de gran trascendencia para la cultura iberoamericana y un alto timbre de honor para Colombia.

La feliz iniciativa que el Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana ha prohijado, de rendirle en esta forma un homenaje internacional al maestro Sanín Cano, merece nuestro aplauso, y,

para apoyarla, nosotros estamos dispuestos a hacer todo lo que esté a nuestro alcance y esperamos de S. E. la acogida favorable que merece.

De S. E. atentos y seguros servidores.

Pedro de Alba (Subdirector de la Unión Panamericana); Rafael Angarita Arvelo (venezolano); José G. Antuña (uruguayo); Germán Arciniegas (colombiano); Rafael Arévalo Martínez (Director de la Biblioteca Nacional de Guatemala); A. Arias Larreta (peruano); Mariano Azuela (mexicano); Luis A. Baralt (Universidad de La Habana); Roberto Brenes Mesén (costarricense); Américo Castro (español, Universidad de Wisconsin); George Cirot (Decano honorario de la Facultad de Letras, Universidad de Burdeos; secretario del *Bulletin Hispanique*); José María Chacón y Calvo (cubano, Director de Cultura, Secretaría de Educación; Director de la *Revista Cubana*); Hernán Díaz de Arrieta *Alone* (chileno); Enrique Díez-Canedo (español); Fernando Díez de Medina (boliviano); Stephen Duggan (norteamericano, Director del *Institute of International Education*); John E. Englekirk (Universidad de Tulane); J. D. M. Ford (Universidad de Harvard); Rómulo Gallegos (venezolano); Federico Gamboa (Director de la Academia Mexicana de la Lengua); Joaquín García Monge (Director del *Repertorio Americano*); Carlos García-Prada (colombiano); Enrique González Martínez (mexicano); Paul Hazard (profesor del College de France; Director de la *Revue de Littérature Comparée*); Alfonso Hernández Catá (cubano); Juana de Ibarbourou (uruguaya); Julio Jiménez Rueda (Universidad Nacional de México); Willis Knapp Jones (Universidad de Miami); Sturgis E. Leavitt (Universidad de Carolina del Norte); Félix Lizaso (cubano); Jorge Mañach (cubano); E. K. Mapes (Universidad de Iowa); Juan Marinello (cubano); Percy Alvin Martin (Universidad de Stanford); Concha Meléndez (Universidad de Puerto Rico); Octavio Méndez Pereira (Rector de la Universidad de Panamá); Francisco Monterde (Universidad Nacional de México); Tomás Navarro Tomás (español, Universidad de Columbia); Federico de Onís (español, Universidad de Columbia, Director del Instituto de las Españas y de la *Revista Hispánica Moderna*); Fernando Ortiz (ex presidente de la Academia de la Historia de Cuba; presidente de la Institución Hispano Cubana de Cultura; director de la *Revista Bimestre Cubana*); Gustavo

Adolfo Otero (boliviano); Antonio S. Pedreira (director del Departamento de Estudios Hispánicos, Universidad de Puerto Rico); Mariano Picón Salas (Director de la *Revista Nacional de Cultura*, Caracas); Alfonso Reyes (mexicano); Luis Rodríguez Embil (cubano); Manuel Rojas (ex presidente de la Sociedad de Escritores Chilenos); José Rubén Romero (mexicano); Concha Romero James (Director de la Oficina de Cooperación Intelectual de la Unión Panamericana, Washington); Pedro Salinas (español, Wellesley College); Daniel Samper Ortega (colombiano); Luis Alberto Sánchez (Presidente de la Alianza de Intelectuales de Perú); Arturo Scarone (Director de la Biblioteca Nacional, Montevideo); Dorothy Schons (Universidad de Texas); Pedro Sotillo (Director de *El Universal*, Caracas); Jefferson R. Spell (Universidad de Texas); Franz Tamayo (boliviano); Arturo Torres-Rioseco (chileno, Universidad de California); Arturo Uslar Pietri (venezolano); Medardo Vitier (cubano); Karl Vossler (Universidad de Munich); Alberto Zérega-Fombona (venezolano); Alberto Zum Felde (uruguayo).

Por la copia,

MANUEL PEDRO GONZÁLEZ,
University of California,
Los Angeles.

TESTIMONIOS

Mi adhesión fervorosa al homenaje del ilustre colombiano cuya cultura y maestría de nuestro español, le hacen merecer el título egregio de clásico moderno, junto a dos más populares y entrañables: el de gran capitán del idioma y el de gran señor de la civilización en el continente.

Don Baldomero Sanín Cano dicta desde el norte de Sudamérica, a todos los países de habla castellana, su constante, firme, rica y profunda lección de sabiduría alerta, con fuertes raíces y continua floración, como si en su jardín cantase la fuente de la juventud invencible y él tuviera en las manos la virtud sobrenatural y comunicativa de la luz.

JUANA DE IBARBOUROU,
Montevideo.

Saludo

Varón de muchas virtudes es Baldomero Sanín Cano. Ejemplar en la vida espiritual de la América hispana. Triple modelo. Lo primero, por lo resuelto y decidido de su dedicación intelectual, con preferencia a otras tareas, llamamientos o tentaciones. La cultura no es ocupación, profesión regular y asalariada; es pre-ocupación, voluntad y querer consagrarse a ella, por su propia causa. Si Sanín Cano da, al verle por primera vista, esa impresión de rectitud, me parece a mí que se lo debe a lo derecho y recto de su vida, toda mirando a un punto final, sin desviaciones. Otra de sus virtudes está en su modo de haberse afanado a lo largo de los años él solo, por acarrear libros, materia de lectura, en una época en que aún no sobraban las bibliotecas en su país; en su tesón, para aprender, él solo, cuando aún no había maestros suficientes que le enseñaran todo lo que deseaba saber; para irse modelando su conformación intelectual, en un ambiente que, no obstante abundar en inteligencias superiores, no tenía todavía asentada del todo, ni fija en su orientación la pública institución superior, llamada a la modelación de las aptitudes intelectuales, la Universidad. El fué su maestro; él se hizo su universidad; él se juntó su biblioteca. Lo mismo ha pasado a no pocos, allá en España, por los mismos años. No había opción: autodidactos o ignorantes. Y si mucho se ha andado de entonces acá, en la mejora de los instrumentos culturales puestos al servicio común, ha sido por el estímulo de los autodidactos de entonces, que sintieron el deber moral de dar a los más jóvenes lo que a ellos les faltó. Los colombianos saben mejor que nadie, cuánto y cómo ha servido la obra de Sanín Cano para orientar y formar inteligencias; él, que se tuvo que buscar su oriente y sus moldes, por su cuenta. Otra virtud es su equidistancia del tráfago político, de la

inmersión total en las gestiones de la vida pública, y de la "torre de marfil", aquella que fué "lugar cobdiciadero" para tantos mozos de los años modernistas. Sanín ha estado en su puesto, opinando con toda su autoridad, y como es debido, sobre cosas públicas, sin tenerse tontamente por enajenado o extranjero a la orden del lugar y el momento, dando la cara al hecho, al acontecer diario, a la angustia nuestra de cada día. Pero procurando sobreponer a esa angustia nuestra, la serenidad suya, a esa confusión común, la claridad de su cabeza. Así estuvo, así está, así tuve el honor de conocerle hace unos meses en Bogotá, y así le deseo que siga muchos años, en beneficio de todos.

PEDRO SALINAS

ADHESIONES

ATENEO DE LA HABANA
Presidencia
San Martín (Antes San José), 258 — 21 febrero, 1948

Doctor Manuel Pedro González,
Profesor de la Universidad de California.

Mi distinguido amigo:

En nombre del Ateneo de La Habana, que me honro en presidir, quiero expresarle nuestra fervorosa adhesión al homenaje que en fecha próxima rendirá al insigne maestro don Baldomero Sanín Cano, ex rector de la Universidad de Popayán, Colombia, la REVISTA IBEROAMERICANA.

Don Baldomero Sanín Cano es uno de los más altos maestros de la cultura americana. En su obra admirable se percibe la más delicada fusión de lo privativo de América con las esencias universales de la cultura. En una ancianidad fecunda, don Baldomero Sanín Cano ofrece el ejemplo de una fe creadora, de una labor infatigable, de la austeridad de su conducta, de su obra, en fin, de proyección vastísima, americana por muchos de sus aspectos y sus temas, universal por su acento, por su mismo espíritu.

Al expresarle la adhesión más ferviente del Ateneo de La Habana, reitero el testimonio de mi alta estimación y mi muy sincera amistad.

JOSÉ MARÍA CHACÓN Y CALVO,
Presidente del Ateneo
de La Habana.

Montevideo, 20 de noviembre de 1947.

Señor Director de la Academia Colombiana,
Santa Fe de Bogotá.

Me complazco en hacer saber al señor Director que la Academia Nacional de Letras, en la sesión celebrada el 7 de noviembre de 1947, de conformidad con la moción formulada por el académico de número, señora Juana de Ibarbourou, resolvió, por unanimidad, dirigir a esa ilustre corporación la presente nota con el objeto de expresar su adhesión al homenaje continental que se proyecta tributar al eminente escritor colombiano don Baldomero Sanín Cano.

La Academia Nacional de Letras del Uruguay, que aprecia y valora la alta personalidad de ese notable hombre de letras que honra con su obra la literatura de la América hispana, se asocia, desde ya, a los actos que se realicen, deseosa de contribuir así a que se estrechen aún más los vínculos espirituales que unen a los países del continente.

Aprovecho esta oportunidad para reiterar al señor Director las expresiones de mi más alta consideración.

RAÚL MONTERO BUSTAMANTE,
Presidente.

ACADEMIA NACIONAL
DE ARTES Y LETRAS
La Habana, Cuba

Doctor Manuel Pedro González,
Profesor de la Universidad de California.

Mi distinguido amigo:

Noticiosa la Academia Nacional de Artes y Letras, que me honro en presidir, de que la REVISTA IBEROAMERICANA tributará un homenaje al insigne escritor don Baldomero Sanín Cano, ex Rector de la Universidad de Popayán (Colombia), ha acordado asociarse con el más vivo entusiasmo al tributo que ha de rendirse al maestro colombiano, en cuya obra entera, junto a la más pura tradición de americanismo se percibe un nítido acento de universalidad.

Al rogarle que trasmita a la susodicha revista, que honra a las letras de América, la fervorosa adhesión de esta Academia, al justo homenaje a don Baldomero Sanín Cano, reitero a usted los sentimientos de mi alta consideración y de mi más sincera amistad.

Suyo afectísimo amigo,

ESTEBAN RODRÍGUEZ CASTELLS,
Presidente.

ACADEMIA COSTARRICENSE DE LA LENGUA
CORRESPONDIENTE DE LA REAL ESPAÑOLA

San José, 20 de febrero de 1948.

Profesor Pedro González,
Los Angeles.

Muy señor mío:

Por indicación del señor García Monge, le escribo comunicándole que la Academia Costarricense de la Lengua Correspondiente de la Real Academia Española, se une al homenaje continental que por conducto suyo se le tributa a don Baldomero Sanín Cano, uno de los más altos representantes de la intelectualidad de América. Y hace sus más fervorosos votos, en el nombre del señor Sanín Cano, por la ventura y engrandecimiento de las letras americanas.

Moisés Vincenzi,
Secretario ad Perpetuam,
San José, Costa Rica.

México, D. F., 24 de febrero de 1948.

Señor licenciado don Julio Jiménez Rueda,
Presente.

Muy estimado y fino amigo:

Contesto la grata de usted fechada 14 de los corrientes, en la que se sirve usted preguntarme si podría escribir algo para el homenaje que le hará la REVISTA IBEROAMERICANA al ilustre escritor colombiano don Baldomero Sanín Cano.

Desgraciadamente mis muchas ocupaciones me impiden preparar algo digno de tan relevante personalidad literaria, por lo que ruego a usted muy atentamente que me excuse, en la inteligencia de que con el mayor placer me adhiero al homenaje que se le va a hacer, pues es una de las más altas figuras de nuestra América, y especialmente de Colombia, que ha sido ilustre patria de tanto prócer.

Soy de usted, como siempre, atto., afmo., amigo y S. S.

GENARO FERNÁNDEZ MACGREGOR

Además de las adhesiones aquí publicadas, llegaron a la redacción de la REVISTA IBEROAMERICANA, cuando el presente número se hallaba en prensa, otras cartas, de los abogados Alejandro Quijano, Director de la Academia Mexicana Correspondiente de la Española, Alfonso Reyes, Agustín Yáñez y José Rojas Garcidueñas, del doctor John E. Englekirk y del profesor José Luis Martínez, que respondieron con entusiasmo a la idea de rendir este homenaje a don Baldomero Sanín Cano.

Advertencia

Con la reproducción de los siguientes trabajos de don Baldomero Sanín Cano, la REVISTA IBEROAMERICANA ha querido ilustrar los dos propósitos que con este homenaje se persiguen: honrar al maestro y a la vez beneficiar nuestra cultura contribuyendo a la mayor circulación de su obra. Hemos seleccionado estos artículos porque —cada uno en su género— son modelos perfectos de las dos formas literarias que don Baldomero ha cultivado de preferencia y en las cuales nadie lo ha superado en América: el ensayo, del cual es ejemplo perfecto el titulado: "El 'grande humor'," y la crítica literaria, ejemplificada en los sobrios y penetrantes estudios de Rafael Maya y Jorge Brandes, respectivamente. Con la inserción del primero, además, se desea contribuir al mejor conocimiento del gran poeta colombiano, escasamente leído hasta ahora, fuera de su país natal. Por lo que a Brandes respecta, fué don Baldomero quien lo descubrió y dió a conocer en América. Al reimprimir este ensayo, nos guía el deseo de auspiciar la lectura del gran crítico danés, sólo conocido por una limitada minoría en el mundo hispano todavía hoy.

XUM

ENSAYO Y CRITICA DE SANIN CANO

El "Grande Humor"

Si una cosa tiene chiste, regístrala en busca de una oculta verdad.
B. SHAW. *Back to Metuselah.*

I

EL autor de las síntesis más completas sobre las ideas filosóficas de los tiempos modernos, analista desprevenido de la moral contemporánea y atrevido investigador de los senos del alma, el profesor Hoeffding, de la Universidad de Conpenhague, ha querido coronar su obra de filósofo, de pensador y moralista con un estudio sobre el humor, curiosa y elusiva facultad o disposición del espíritu, a la cual debemos, sin duda, las obras literarias de significado más profundo y las figuras imaginativas más humanas y más trascendentales.

Con un gran respeto a su profesión y para evadir la censura de los especialistas, el autor de este libro advierte desde el principio que no es su ánimo hacer obra de análisis estético, sino "puramente psicológico"; mas como el humor se ha mostrado casi exclusivamente en obras de arte (dramas, novelas, ensayos literarios, pinturas, grabados, esculturas), viene siendo poco menos que imposible evitar la emisión de opiniones literarias al tratar del humor. En las siguientes páginas, sin excusar el análisis psicológico, la intención del escritor es aplicar las teorías de Hoeffding

a las manifestaciones humorísticas en la obra literaria. Es de notar que Lazarus (en su *Leben der Seele*, autor y obra que contienen muchos de los puntos de vista analizados por Hoeffding), sin nombrar al uno ni citar la otra, dice textualmente en su capítulo sobre la materia, que no está en sus propósitos "escribir un ensayo estético", lo cual no impide que también en ese jugoso estudio abunden las opiniones acerca de obras meramente literarias.

El profesor Hoeffding ha dividido el humor en dos clases, separadas por él con los calificativos de "grande" y "pequeño", para fijar los caracteres de la primera, en la cual aparecen los grandes luminares de la filosofía y del arte: Sócrates, Shakespeare, Cervantes, Kierkegaard. Fundamento de esta clasificación es el hecho de que el humor, el grande y genuino, es para Hoeffding no un estado de alma transitorio sino el resultado de un concepto general de la vida. En la obra del ironista, del satírico, del humorista en pequeño puede haber alternativas, al través de las cuales la psicología o el mero análisis literario suelen tropezar con maneras contradictorias de entender la vida, de explicar este enigma apasionante de la existencia. Para hacer más comprensible su punto de vista Hoeffding analiza en los primeros capítulos de su obra lo que él llama sentimientos totales (*Totalfoeleser*), en contraposición a los estados de alma elementales o incompletos (*Enkeltfoeleser*). En su tratado sobre las pasiones, Ribot denomina "emociones" los estados de alma elementales y caracteriza con el nombre de "pasión" lo que Hoeffding describe como "sentimiento total".

Para acentuar la diferencia entre estas dos actitudes mentales y evitar las confusiones que las alternativas de la vida individual podrían traer a su estudio, Hoeffding hace valer una curiosa clasificación de los espíritus, debida a Francis Newman, el humanista, hermano del cardenal. Según esa teoría, hay hombres que nacen espiritualmente una vez y otros que tienen, como si dijéramos, dos vidas espirituales sucesivas. Solamente entre los primeros hay individuos cuya vida está dominada y dirigida por un estado de alma de los que merecen, de acuerdo con la terminología de Ribot, el nombre de pasión. Los hombres que nacen dos veces (*Tofoedte*), entre los cuales son de citar Renan, el cardenal Newman y, en una esfera mucho más limitada, Mauricio Barrès, la idea directriz de cierta parte de la vida le cede el puesto a otro concepto

general de la existencia, como resultado de una crisis sentimental o filosófica. Dice Hoeffding: "En las personalidades fuertemente determinadas habrá, pues, un estado total de sentimiento que le da al resto de la vida espiritual su carácter propio. No es preciso que ese estado de sentimiento esté siempre en actividad, pero obra sus efectos y desempeña en toda circunstancia un papel indirecto. Y en aquellos momentos decisivos para la personalidad es él quien lleva la palabra. A él recurre la personalidad siempre que ha menester recogimiento, concentración. Con él se expresa el hombre interior, ya sea éste asequible o no a las demás gentes." Así define con la natural precisión y belleza de su estilo a los hombres de "un solo nacimiento espiritual" el profesor de Copenhague. No hay para qué detenernos en definir a los hombres de dos nacimientos cuya vida es un espectáculo muy interesante, sin duda, pero está fuera de nuestras investigaciones. Aun podría decirse que hay quienes se atreven a nacer espiritualmente más de dos veces, ya por efecto de una excesiva inquietud de la inteligencia, ya para guiarse en la turbia atmósfera de las evoluciones políticas, ya por obedecer al carácter histriónico de su naturaleza. También quedan fuera de nuestra competencia.

El "grande humor", el humor verdadero, sólo es posible en los hombres de una sola vida espiritual dominada, como lo explica Hoeffding, por una sola pasión intelectual. Son por ello tan raros los verdaderos y grandes humoristas. A más de los nombrados anteriormente, es difícil dar con otros en la historia de las letras humanas. En los fastos de la literatura contemporánea apenas podrían caer dentro de la denominación de grandes humoristas, Bernard Shaw, en Inglaterra, y acaso Angel Ganivet en España. En la vida del primero es discernible una actitud espiritual preponderante, la protesta casi orgánica contra el carácter falaz e hipócrita de la vida moderna. Su obra es la exposición franca y desnuda de la oposición constante entre los principios por los cuales se rigen las sociedades y los individuos y las acciones de unas y otros. En Angel Ganivet, la actitud mental es semejante, pero en él solicita su protesta, más bien la imbecilidad incurable que la hipocresía de los hombres.

No carece de importancia en el análisis del humor buscar el origen de la palabra y seguirla en el curso de sus varios significa-

dos. En el principio, la palabra tenía un sentido material y daba la idea de fluidez o humedad. Dos preciosas sugestiones se asocian a este significado original: el humor vivifica el organismo espiritual a la manera que la humedad es elemento indispensable de la vida física. Para hablar de un ingenio que carece de movilidad y de gracia se dice en la mayor parte de las lenguas indo-germánicas que es un espíritu seco. La fluidez es virtud literaria tan apreciable como la claridad. En tiempo de Shakespeare y de su rival y amigo Ben Jonson, las palabras *humour* y *humorous* ya habían entrado al idioma con significado distinto del meramente material. Este dice: "Cuando una sola facultad domina de tal manera en un individuo que todas sus ideas y talentos siguen un solo sendero, puede decirse de ese hombre que es un *humour*." Según el mismo autor, en sus tiempos se usaba la palabra *humorous* para designar al loco o al mero pisaverde. Shakespeare usa profusamente la palabra *humorous*, ya en el sentido de "caprichoso" o "fantástico", ya en el de "constante" o "característico". Burton dice en su *Anatomía de la tristeza*: "son *humorous* los que ya ríen desde lo hondo de su corazón, ya vierten lágrimas sin causa exterior, ya suspiran y se manifiestan afligidos y meditabundos, ya se dejan fascinar por extrañas imaginaciones". Es raro que ni en Shakespeare ni en Cervantes, los dos genios literarios de los tiempos modernos, en cuyas obras apareció por vez primera y a un mismo tiempo esta riquísima actitud del espíritu, jamás usaran la palabra en el sentido que ha venido a tener en tiempos más recientes, pero el dramaturgo inglés, más consciente que su ingenuo y desprevenido contemporáneo, tuvo la intuición de esa cualidad literaria con la cual había de imponerse a la posteridad. En el *Cuento de invierno* pone en boca del gracioso acompañante del pastor estas palabras con que expresa sus preferencias musicales y poéticas: "Amo las baladas tal vez con pasión excesiva: me gustan cuando son de asunto doliente puestas en música alegre, o cuando en ellas se canta una cosa entretenida, en tono de lamento." Acaso pensaba en esto el espíritu sistemático de Taine cuando quiso definir el humor como el estado de espíritu bajo cuyo influjo el escritor describe lo sublime en formas grotescas y lo grotesco en palabras sublimes, definición adaptable tal

vez a lo llamado por Hoeffding "el pequeño humor" que, según sus palabras, es una burla más o menos apacible. "Esa benignidad puede tener muchos grados, pasando por los cuales el humor puede revestir las formas de la ironía, de la sátira o el desdén."

Está en la imaginación popular, y aun en la mente cultivada de críticos regalones asociada la idea del humor al gesto de la risa. Spencer no ensaya la disociación de estos elementos en su curioso estudio sobre la facultad de reír, ya que su análisis aborda casi exclusivamente el carácter fisiológico de esta función jerárquica, tal vez la única que poseemos, con exclusión de las otras especies zoológicas. "Se revela, dice Hoeffding, el carácter de un hombre, en su actitud ante lo ridículo", una sentencia que encierra en pocas palabras opiniones semejantes de Platón, Kant, Goethe y de la sabiduría popular expresada en proverbios.

De dos puntos de vista muy distintos ha de estudiarse la risa: sea como la calidad de los actos externos que la provocan, sea como la disposición interior que se expresa por medio de ella. Los tratados elementales de estética en sus apreciaciones de lo cómico más tienen que ver con lo exterior que con los estados de ánimo de donde proviene la risa. De aquí resulta que ella es definida como el movimiento de ánimo causado en nosotros por la contemplación de lo inesperado o lo incongruente. La risa no es compañera inseparable del humor y puede afirmarse que allí donde ella se muestra, especialmente en la forma extrema de carcajada, el "grande humor", según lo define Hoeffding, está ausente. El humorista verdadero no suscita la risa. Suele en ocasiones la sonrisa asomar a los labios de quienes se ponen en contacto por la lectura o la contemplación con los maestros del humor, pero mientras más puras y más profundas sean las sensaciones creadas por el humor, mientras más tenue sea el lazo de las asociaciones suscitadas por la obra de arte verdaderamente humorística, más lejos están del lector las manifestaciones exteriores de la sonrisa. El acompañamiento natural de las sensaciones e ideas que despierta en nosotros la obra del humorista genuino es la sonrisa interior.

Hay en las asociaciones de ideas provocadoras de risa una cierta complacencia con el espectáculo del mal ajeno o con la indiferencia de la naturaleza o de los poderes invisibles ante los esfuerzos incompletos de la criatura humana o del mismo animal. La risa

se acompaña de una falta de piedad o de simpatía para con la bestia irracional o la bestia humana. En el humor, por el contrario, la nota predominante es la de simpatía para con el género humano. El burlador, por lo tanto, el satírico, el hombre que practica lo que Barrés llamaba el "desdén suficiente", están en el polo opuesto del humorista. Por esto dice Hoeffding muy acertadamente: "Sea que se considere el humor como una especie peculiar de las sensaciones que provocan a risa o como una manera de entender la vida, nada está con él en contraste tan vivo y característico como el sarcasmo o el desdén."

Más cerca del humor está la ironía, pero aun ésta incluye ciertos matices de sentimiento que la apartan de aquella humanísima visión de la vida. El ironista puede en ocasiones inspirarse en la simpatía y menos frecuentemente hay en sus expansiones muestras de piedad. Renan, sin duda, era un sentimental a quien punzaban las miserias y limitaciones del género humano. Hay piedad comunicativa en algunos libros de France. *Crainquebille* es el apólogo de un evangelista a quien los hados concedieron profusamente con las dotes de la ironía y el sentido de la belleza verbal, un inexhausto anhelo de justicia. En Heine la ironía no es siempre bondadosa. En todos estos autores el rasgo psicológico, la actitud que les impide llegar al grande humor es el sentimiento velado en Renan con las más dulces apariencias, perceptible a trechos en las últimas producciones de France, y ruidosamente articulado en Heine, de la superioridad del escritor sobre el resto del género humano. A causa de esto la ironía degenera a veces en los dos últimos en burla inmisericorde o en sarcasmo deshecho. Va un abismo de las suaves e irónicas insinuaciones de *Thaïs* al cinismo verbal y al pensamiento indecoroso de la *Révolte des anges*. En Heine el procedimiento literario consiste en dividir sus composiciones en dos partes ligadas hábilmente, en la primera de las cuales hay una nota sentimental delicada o profunda, fragorosamente contrastada por el sarcasmo sin atenuaciones de la segunda.

Estos ejemplos, tomados al azar en dos literaturas, sirven de apoyo a la tesis fundamental del profesor Hoeffding, según la cual el grande humor no es una actitud pasajera, ni un estado de espíritu fácilmente provocable, a manera de la embriaguez o el entusiasmo, por medios físicos o inmateriales, pero siempre de artificio, sino una pasión cuya permanencia y vigor determinan en el

individuo su concepto general de la existencia. Lo cual no quiere decir, según se explicó antes con palabras del mismo Hoeffding, que la pasión o estado de alma total esté actuando siempre en todos los menudos detalles de una vida individual; pero en la obra literaria o artística del grande, del verdadero humorista, puede siempre encontrar el crítico el hilo de oro que le da unidad y le predica divino encanto. Siguiendo un método distinto y sin tener a su disposición el riquísimo caudal de datos ofrecidos por el análisis moderno a los directores de almas, ya Taine había indicado las ventajas que ofrece la determinación de la "facultad dominante" en el estudio de un autor y sus obras.

Santayana, cuyo pensamiento honra y cautiva a la humanidad capaz de escucharle, expresa en su estudio sobre Dickens ideas que completan hermosamente la teoría de Hoeffding. Dice el pensador hispano-americano: "Un mundo convencional, un mundo de máscaras, se sobrepone a la realidad y pasa por la realidad misma en todas las esferas de la humana actividad; el humor es la percepción de esta falacia, es el hecho real que asoma a trechos por entre la trama de la convención, en tanto que ésta se mantiene como si no se hubiera descubierto el absurdo en que reposa. La pura comedia es más radical, más cruda y, en cierto sentido, menos humana, porque la comedia prescinde en absoluto de la convención, se complace por unos instantes en su obra y les grita a las nociones corrientes como abofeteándolas: '¡Tales sois! ¡Mirad' Al oír esto las gentes urbanas tienen la pretensión de reír y ríen, en efecto, no con formas de civilidad y tolerancia, como en presencia del humor, sino un tanto encolerizadas." (*The Dial*, agosto, 1921.) De modo que la ironía y la sátira son recibidas por la sociedad con los mismos sentimientos en que se inspiraba el autor al proferirlas. Cuanto al humor, su benignidad y simpatía envuelven en un plácido cendal a los objetos de su universal ternura, disfrazada con rasgos levísimos de burla.

II

No en todas las épocas de la literatura o de la filosofía ha existido la disposición de ánimo denominada "grande humor", por el profesor Hoeffding. Falta por completo en los diversos

autores a quienes se debe el *Antiguo testamento*. El estado de espíritu que predomina en esos libros excluye las posibilidades del humor. El autor de los cinco primeros libros era un iluminado. Explicaba el origen del mundo de acuerdo con las nociones que acerca de ese importante suceso le habían participado seres sobrenaturales de cuya existiencia estaba él convencido, tal vez, y seguramente los hombres a quienes comunicaba el resultado de sus conversaciones con el Altísimo. Algunos de estos libros contienen preceptos morales y de higiene, redactando los cuales no era posible extraviarse en los meandros de la noción humorística de la vida. Además, el temperamento de aquel sabio legislador y conductor de multitudes era, como juez y gobernante, de una severidad que a menudo llegaba a los mayores extremos de la sevicia, no sólo con sus enemigos sino también con sus administrados. En ese pueblo y en esa raza ha predominado siempre un concepto de la divinidad, que la atribuye los sentimientos justicieros o vengativos del hombre, llevados a su máximum de exaltación. Mirar los simulacros sagrados era grave culpa; el tocarlos se pagaba con muerte subitánea. Un desgraciado que estiró el brazo con ánimo de evitar que cayese el Arca de la Alianza, quedó muerto al instante. En ese estado de exaltación, la disposición de ánimo cuyas manifestaciones suavizan la vida y enriquecen la mente no podía existir.

Más adelante el *Antiguo testamento* es obra de profetas y videntes, cuya actitud ante el pueblo hebreo había de ser una de seriedad absoluta y sin intermitencias. El profeta es también un iluminado, y de ese punto de vista su actitud es necesariamente contraria a la del humorista. La exaltación profética dió frutos espléndidos en la poesía lírica. Debemos a los hombres que colgaron de los sauces llorones en Babilonia sus arpas melancólicas las notas más altas de ese género de poesía en aquella remota edad de la cultura humana. Al través de los siglos esa raza ha conservado el poder sobrehumano de expresar sus más íntimas emociones y de analizar sus estados de alma en rimas o en ritmos de un poder comunicativo irresistible. La poesía de los profetas renace en Heine y apunta en muchos de los poetas modernistas que le agregaban ímpetu desde Viena al movimiento alemán de "Hojas para el Arte". Dauthendey era israelita, y Hofmannsthal lo es por la

raza y por el acento de penetrante y refinada tristeza que hay en su obra poética decididamente judaica. Algunos han querido hallar modelos del humor en estos grandes representantes de la raza bíblica en la poesía moderna. Ya hemos visto como Heine se aparta del "grande humor" por el uso del sarcasmo, en que fué maestro, y por la ironía que ejercitaba con real emoción contra los demás y contra sí mismo, como para vengarse de la vida, que fué con él indiferente y en ocasiones y a la postre, cruel.

De los griegos pone Hoeffding como excelso modelo del "grande humor" a Sócrates. Sabemos que fué amigo del concepto delicado y gracioso y aun en los últimos momentos de su vida, discurriendo con sus amigos, dió muestras de un ingenio plácidamente burlón. Su discípulo y admirador, al verter la esencia del espíritu socrático en sus divinos diálogos, dejó uno como débil trasunto del temperamento regocijado del maestro. Aristófanes se apartó del humor con el estrépito de su sarcasmo y con el encono personal, de que hay por momentos claro testimonio en sus exhibiciones teatrales de la sociedad contemporánea; y, por lo que hace a los líricos de la Antología, estaban demasiado atraídos por el fragor de la guerra, por el atletismo, por las variadas y sanas emociones del amor pagano, para mirar la vida dentro del ángulo en que es menester colocarse, para sentir y comunicar la impresión humorística.

Es menos perceptible el "grande humor" en los famosos latinos del siglo de Augusto. Ellos amaban la gracia, y el más alto exponente de esa maravillosa época de letrados y estetas llegó a tocar notas unísonas con las de aquellos grandes líricos que en las postrimerías del setecientos y en el siglo XIX humanizaron los aspectos del paisaje y crearon el sentimiento moderno de la naturaleza. Pero la gracia romana no llegó nunca a las fronteras del grande humor. Fué irónica en Juvenal, acremente sarcástica en el gran satírico hispalense. Carecía aquella civilización del nuevo factor de la piedad y la simpatía que hace posible esta manera complicada de representar los sentimientos humanos. Nacida para la conquista y puesta frente a frente de la inmensa tarea de organizar un mundo, esa raza estimaba principalmente los valores de fuerza y era extraña a los sentimientos humanitarios. Creó el derecho . . . basado en la fuerza, dos elementos de cultura que excluyen naturalmente las premisas del humor. Antes del siglo de Au-

gusto, un gran letrado, un orador sublime y un hombre mezquino, el inolvidable Cicerón, había dicho a Paetus, el epicúreo, en una de sus cartas inmortales: "Y a esto se añade la sal de tu ingenio, no la sal ática, sino un chiste más salado que el de los atenienses, el puro, el antiguo chiste romano, lleno de urbanidad . . . me siento completamente fascinado por el chiste genuino, en especial el del terruño, y más ahora cuando observo que, con la acción del Lacio, de donde nos ha venido a torrentes la influencia extranjera, y con la inmigración de las gentes de bragas, procedentes del otro lado de los Alpes, el puro chiste romano ha tomado otras formas exteriores. Se encuentra ya apenas la huella del talento de nuestros abuelos para la burla." Las gentes de bragas a quienes se refiere Marco Tulio eran los galos forzados por el clima a cubrirse las piernas con una especie de pantalones. Y ya desde entonces, empezaba a difundirse por el mundo el *esprit gaulois*, forma del ingenio que apenas tiene en su curso relaciones someras de tangencia con las características del "grande humor", según lo han practicado los modernos. El estrépito de la *gaité gauloise* en Rabelais, la ironía en Montaigne, el grueso y demoledor sarcasmo de Voltaire no están incluídos en las categorías humorísticas. Con todo su talento literario y su vasta comprensión de las formas, al patriarca de Ferney se le escaparon las sutilezas y el tenue perfume de gracia y de caridad que hacen la obra de Shakespeare un valor excepcional y profundamente humano. Le llamó bárbaro, no sin reconocerle algún talento.

El "grande humor" es un producto eminentemente cristiano. Para que existiese y llegase a ser comprendido era necesario que la ley de gracia, la "charitas" nueva hubiera bañado el sentimiento de las varias razas en una onda amplísima de piedad humana. Era menester que la noción de pecado formase parte de la ideología del hombre, para que el genio del humorista pudiese apelar a la comprensión universal. No fué, por lo tanto, una mera coincidencia que los dos modelos del humorismo en las literaturas modernas hubiesen aparecido en el momento mismo en que la idea cristiana experimentaba la crisis más ruda de cuantas ha padecido en las alternativas de su historia.

Goethe, el genio literario más rico, más desparramado y a un mismo tiempo más profundo, careció del sentido del humor. Era intensamente lírico y conscientemente pagano. Le impacientaba

el pequeño humor de los poetas alemanes de segunda alzada, que opacaban el ambiente espiritual del día con sus burlas de gusto equívoco y con aquella ansiedad imprecisa que recibió el nombre de "la flor azul". En una de sus cartas a Zelter dice que "como el humor no tiene asiento ni ley en sí mismo, tarde o temprano degenera en melancolía o en capricho de mal carácter". "El humorista, dice en otra parte, atiende más a su propia disposición de ánimo que al objeto que observa o describe." Sin embargo, decir que carecía del sentido del humor es acaso una exageración. Le irritaban las exteriorizaciones agudas del "pequeño humor", de la ironía metódica al alcance de los funcionarios; pero apreciaba en su justo valor la actitud de Shakespeare y Cervantes ante el variado espectáculo de la vida intensa, generosa y completa.

El "grande humor" es, sin duda, el resultado de una apreciación de los valores humanos, según la cual la vida es una obra de arte. Conformándonos a él, aceptamos las desarmonías en el conflicto vital y tratamos de acomodarlas en la sinfonía general formada por el juego de apetitos y tendencias contradictorias. Los dos grandes humoristas de los tiempos modernos fueron también hombres de acción que sintieron la vida intensamente y recorrieron la escala de las tribulaciones el uno, de las pasiones, de los reveses y logros, el más afortunado.

Es raro que mientras Shakespeare dejara en su patria el germen fecundo de su genio, hasta hacer de él en sus conciudadanos una especie de distintivo nacional en la forma del "pequeño humor"; Cervantes, el genio nacional por excelencia, no haya penetrado en el alma española para provocar la imitación de sus actitudes ante la vida. En Inglaterra es casi condición de la vida intelectual el poseer en vasta o en pequeña escala el sentido del humor. El retruécano, el *calembour*, las frases de vario y torpe sentido, merecen reprobación unánime en las esferas distinguidas de la inteligencia. La sátira violenta y personal, aun la ataviada artísticamente por talentos literarios de tan alta envergadura como Swift o Byron, merece atención literaria, pero excluye la imitación o las actitudes admirativas. Pocos novelistas insignes carecen en la Inglaterra del siglo XIX y de los tiempos actuales, del sentido del humor. Para recomendarse a la gentileza del lector han de llevar en las venas ese grano de sal que impide la corrupción de los humores. Los más excelsos escritores británicos de la época actual

y de la que le ha precedido inmediatamente, llegan, por el fondo y por la forma, a la categoría del "grande humor", conforme al minucioso análisis de Hoeffding.

En España el ingenio y la obra de Ganivet caen dentro de aquella definición; pero tamaña persona vivió y murió sin recibir de sus contemporáneos señales de comprensión ni palabras de aplauso congruentes. Es cierto que su obra es escasa y fragmentaria. En ella, sin embargo, luce la pasión intelectual característica del hombre para quien la vida propia es una obra de arte y la vida de otros un espectáculo humorístico digno de hacer un esfuerzo para comprenderlo en sus grandes líneas y en sus aspectos primordiales, no sin echarle encima un velo sutil y transparente de caridad y simpatía.

Al hacer un estudio del "pequeño humor", no sería posible olvidar dos grandes inteligencias españolas cuya obra tiene reflejos pasajeros del verdadero y grande. Larra murió demasiado pronto para legar a la posteridad cuanto ella tenía derecho a esperar de tamaño temperamento; pero en él estaban reunidas la simpatía hacia el género humano con la aptitud para percibir las incongruencias de las acciones ajenas y representarlas en el plano usual de la vida. Galdós habría sido un grande humorista si su piedad hubiese sido más sincera y si hubiese excusado las tentaciones de la propaganda. En su manera discreta y suave de poner en solfa las costumbres de sus compatriotas, echa uno de menos la onda subterránea de simpatía que caracteriza a los genuinos representantes del humorismo.

Rafael Maya o la Pasión Estética

VA un trecho de *La vida en la sombra*, pasando por *Domus aurea* a *Los coros del mediodía*. El poeta se transforma sin cambiar en lo substancial los caracteres de su visión artística de la vida. Se transforma en beneficio de la poesía y queda, sin embargo, igual a sí mismo, porque la transformación es orgánica. Hemos visto en América poderosos maestros de la dicción poética en el empeño de transformarse voluntariamente, y los hemos visto disminuir en fuerza hasta reducirse a las tres dimensiones del sólido ordinario. Cambiar, de acuerdo con un deseo de parecerse a otros, es abdicar de la personalidad, la más triste y peor figurada de las abdicaciones. Nuestro yo varía continuamente en las alternativas del estudio, de la experiencia, del conflicto vital, pero variarle, como el tocado de las mujeres o como la apariencia de los escaparates en un almacén de novedades, es un pecado contra el espíritu santo.

Va un trecho del D'Annunzio que escribió "Il dolce grappolo" en *Isotteo y la Quimera*, al poeta de "Las Manos", en el macrocosmos de *Las Laudes*, pero del principio al fin de su carrera, pasando por las *Elegías romanas*, es uno mismo el artífice de su propia vida, el joyero de la frase, el hombre que se mira en el universo, consciente de que el universo se mira en él. Una transformación semejante se opera en el fondo y en la forma de Rafael Maya. La modificación guarda armonía con su vida, con su temperamento, y es tan suave y tan íntima, que acaso él mismo no la perciba. Tampoco saben las flores cuáles son los movimientos de origen subterráneo que llegan hasta el cáliz y los pétalos para hacerlos abrirse y ostentar toda la riqueza de sus formas y colores. Ni puede tampoco el hortelano seguir paciente y minuciosa-

mente los pequeños movimientos que hace el botón de rosa para desdoblarse en la fastuosidad de una flor. Una tarde la planta está cubierta de promesas verdes, y a la mañana siguiente el aire cargado de perfumes les señala a los ojos una orgía de colores que empezó en la obscuridad y se prolonga en competencia con la abundancia luminosa del claro día.

No se entienda, sin embargo, que las primeras poesías de Rafael Maya eran apenas el botón, la promesa de una inteligencia. Su naturaleza de artista floreció de repente en manifestaciones de una belleza singular y completa. Sin duda precedió a esa generosa floración primera un trabajo de gestación espiritual semejante al que transforma unos en otros los metales en las grandes presiones, en las temperaturas fabulosas, en los oscuros y ciclópeos crisoles de la profundidad planetaria.

La vida en la sombra es el espíritu disuelto en la naturaleza. No parece sino que las palabras todas del idioma, sus sonoridades, la concordancia misteriosa entre el sonido y el concepto hubieran sido inventados para que esta mente privilegiada se sirviese de ellos y nos dijese: "¡Mirad, la naturaleza es el verbo!"

Verás la clara primavera
sobre los campos retocar
con oro suave y nácar diáfano
su leve manto floreal.

. . . . . .

¡Está mi valle tan distante!
Ya han empezado a recortar
para el establo, alegres mozas
el heno tibio y maternal.

. . . . . .

El himno azul de los cortijos
irá trazando su espiral,
mientras la tarde se despide
como una nave sobre el mar.

Los colores, las líneas, las sensaciones de calor y de tacto armonizan con el ritmo inquietante del eneasílabo, cuyos acentos variables le dan al pensamiento una fugacidad de hechizo.

No me olvides, le dice a una estrella,

Cuando entres por la rota ventana del hogar
a posarte en la lámpara que no quiere alumbrar,

o te pierdas en los caminos de un cuento
que se enreda en la tibia quietud del aposento.

La frescura de las imágenes rivaliza con la sencillez inasequible de la expresión. Poniendo atento el oído a las confesiones de esta alma de niño y de poeta profundo, sorprende el crítico a veces rincones encantados de su habitación espiritual. Una mujer le dice que no gusta de sus versos, y súbitamente le ocurren al poeta decenas de motivos por los cuales esa gentil persona no podrá nunca poner su complacencia en estas criaturas hechas de rima y de sentimiento:

El deseo premioso
de vivir en la forma pasajera,
de perpetuar la gracia en sólo un gesto
y aprisionar la fuga del instante . . .
Y tántas cosas vanas
inútiles y absurdas
como pongo en mis versos,
no caben, buena amiga,
en tu ideal casero
que mantiene la alcoba siempre limpia,
la mesa con sus flores,
y bien podada en el jardín la éra.

"Vivir en la forma pasajera" y "querer perpetuar la gracia en un solo gesto", son dos preceptos en los cuales se podría concentrar toda la retórica de Rafael Maya y todas las reglas de la poesía lírica. El ha "violado las arcas del tesoro que guarda la noche", y por haber acariciado con sus manos esa muchedumbre de joyas y haber sentido en el oído espiritual el choque del diamante con el metal precioso, ha experimentado una sensación de plenitud.

La nota más delicada la da en los versos de Maya una melancólica incertidumbre. Ha sentido la tristeza de haber conocido. En el conocer hay un goce indefinible, pero cuando esa dulzura de la percepción se pierde en las brumas de la memoria, sobreviene en las almas delicadas un estado semejante a la melancolía. Es triste "la sombra que proyectan los objetos cuando cae sobre ellos la luz del conocimiento". Maya es demasiado consciente para gozar sin asomos de tristeza del espectáculo vital.

La muerte agita alrededor del poeta la cuchilla de su guadaña, y él parece haber oído el ruido penetrante que hace la hoja de acero cortando el aire denso y frío de la noche. Percibe, sin duda, el ruido levísimo de las arenas en el reloj del tiempo y le despierta en la noche el rumor de la vena líquida con que se mide en la clepsidra el paso indiferente, el ademán burlesco o las muecas inclementes de las horas:

> Quiero bajar los húmedos peldaños
> afelpados de musgo, de la estrecha
> galería que lleva hasta tu cripta
> donde espera la esfinge somnolienta,
> coronada de rosas inmortales,

le dice a la muerte.

Aun la visión macabra es elegante y cautivadora en este poeta, dueño en todo momento de la palabra adecuada a la noción fugitiva. Y por esa noble actitud de resignación sin desafío y de altiva aceptación del absurdo, sus poemas de muerte, sus frecuentes alusiones al olvido y la nada dejan en las mentes sanas una impresión de salud y fortaleza. La muerte en la filosofía de Maya, cuyo nombre viene a tener valor simbólico, en esta esfera del pensamiento, no es otra cosa que una de las formas de la vida.

En la riqueza de imágenes, característica de este insuperable analista de sus propias sensaciones, no es posible decir cuáles acuden a su pluma con más abundancia ni en cuáles se complace y se detiene con mayor delectación su mente de poeta. La vista, el oído, el tacto, el olfato acuden gustosos a su conjuro:

> La fiebre creadora
> fluía por mis dedos
> como una fuerza cósmica. La estancia
> parecía un horno,
> y yo cantaba en medio de las llamas
> como los babilónicos mancebos.
> Anillos de palabras
> ceñían sus imágenes en torno
> de mis sienes exhaustas.
> Apretaban mis dedos
> cinco sortijas trágicas,
> extraídas del fondo
> siniestro de una hornaza . . .

Todas las sensaciones se dan cita en esta página de poeta alucinado para comunicar la sensación del vértigo, y el desempeño es de una hechura tan digna, que ni una sola vez en la tensión exigida por el tema decae el ritmo, flaquea la imagen, o se oscurece el concepto.

* * *

Con los años Maya se liberta de la rima. Acaso la fácil armonía de las sílabas finales se le antoja ya demasiado evidente, demasiado exterior, para hacerla concordar con la estupenda riqueza de la vida interior. En *Coros del mediodía* escasean los consonantes y aun los asonantes. El verso libre, de una libertad indómita dentro de las exigencias de un ritmo perfecto, desarrolla frases enteras como una sola palabra, por sobre las cuales pasa el hada armonía como era llevado el espíritu creador sobre las aguas en el principio del mundo. Se ha apasionado, como D'Annunzio, del heptasílabo, ágil, fluído, noble y sencillo, capaz de adecuarse a todas las sensaciones, ayudado por instantes del noble endecasílabo. En "La muerte del héroe" ha ensayado victoriosamente una lucha con el asonante uniforme en todos los finales de verso de siete sílabas:

> De súbito un flechazo
> vibró, y el fino dardo
> hincóse en su costado
> mientras un hilo cálido
> descendía a lo largo
> del cuerpo inmaculado.

El sabio dominio del idioma, del ritmo y de la imagen le sacan vencedor en estas lides, que parecen veleidades de amante apasionado.

Y este poeta que juega con las rimas, se deshace de ellas, tira por lo alto las medidas, como el juglar los platos de porcelana, vuelve a recogerlas y las dispone como los preceptos ordenan; es, además, un prosista de excelsas dotes, un narrador y cronista de los sucesos pasajeros, en cuyas manos la frase se desliza con suavi-

dades de raso y coloraciones de paisaje lacustre en las horas de la tarde. Su prosa vale como su verso. Su manera de ver la vida, y su noción del arte hacen de él un poeta superior, cualquiera que sea la forma de expresión en que ponga sus preferencias.

Jorge Brandes o el Reinado de la Inteligencia

Det Skal Mod til at have Talent.
G. BRANDES

"REQUIERE valor el tener talento." Con estas palabras empieza el estudio de Brandes sobre H. G. Andersen, el autor de los cuentos universalmente considerados como literatura destinada a la niñez. Y en pos de esta frase dice el crítico danés en el mismo estudio: "El escritor debe atreverse a tener fe en su intuición; debe confiar en la idea de que es sano lo que le ocurre, que la forma en que se desenveulve su pensamiento espontáneamente, aunque sea nueva, tiene razón de existir; debe tener la osadía de exponerse a que le llamen afectado o silvestre, porque uno debe atenerse a su inclinación y seguirla adonde lo conduzca y mande." Estas palabras encierran una elegante ecuación en ciertos aspectos de la inteligencia de Brandes y de su vida espiritual.

Jorge Morris Cohen Brandes nació en Copenhague el 4 de febrero de 1842. Perteneció a una familia israelita y, a juzgar por las cartas de su adolescencia y juventud, fué favorecido por el destino con una madre de cultivada inteligencia, firme en sus principios y capaz de inspirar hondos y duraderos afectos en sus hijos. El recuerdo de su madre, como en el caso de Goethe, surge y flota en la atmósfera de su vida, la embellece por instantes y la idealiza. Estudió en la Universidad de Copenhague. Su familia le destinaba al foro. El más sabio y afectuoso de sus profesores, Hans Broechner, una especie de santo laico que acumulaba ciencia en su cerebro con una alegría de apariencia nueva y renovable,

lo atrajo a la filosofía. Broechner adquiría conocimientos para comunicarlos gozoso a sus discípulos y moría lentamente con el sólo "regret" de que acaso del otro lado no hubiera posibilidad de gozar aprendiendo. Este hombre desventurado y siempre alegre influyó grandemente sobre la formación intelectual de Brandes, según aparece de su instructiva y deleitable correspondencia publicada en 1939.

Brandes se negó a seguir la carrera del foro. No quería demostrar la verdad sino buscarla. Tomó el rumbo de los estudios filosóficos y en éstos, al probar el encanto de la belleza, resolvió quedarse en los jardines y los entrecortados senderos de la estética. La naturaleza lo había dotado ampliamente y con pródiga generosidad para esta clase de investigaciones. Cuando él hizo sus estudios universitarios las cuestiones de estética apasionaban cordialmente a las inteligencias más escogidas.

Probó amargas horas su patriotismo cuando era todavía estudiante. En 1864 ensayó Bismarck en Dinamarca sus fuerzas contra el más débil y le arrebató a la pequeña monarquía los ducados de Schleswig y Holstein. Este año y los siguientes fueron de humillación para el pequeño Estado escandinavo. Con el asentimiento de la corte, que no del pueblo, se había apoderado del gobierno una minoría conservadora, dominada por el fanatismo protestante, con el apoyo y la complacencia de los soberanos. En la correspondencia entre Brandes, Broechner y otros espíritus libres de la época se pueden apreciar por instantes los juegos del luteranismo para conservarse en el poder y cerrarles el paso a los liberales.

Una de las víctimas de esta erizada intransigencia fué Jorge Brandes. Al terminar sus estudios, fué, como era natural, su más íntimo anhelo el ganar una cátedra de estética en la famosa y sapientísima universidad de la capital danesa. Broechner le estimulaba y ponía en juego sus mejores influencias en favor del amado discípulo. Todo fué en vano. Brandes, para consolarse de sus naufragios en el mar universitario, antes de ceder, como probablemente lo esperaban los atrincherados capitanes de la fe intransigente, resolvió viajar por Europa en muchas direcciones de la rosa de los vientos y del espíritu. En ese viaje por Francia, Italia, la Gran Bretaña y Alemania, tuvo contacto con los grandes pensadores de la época, Taine, Renan, Stuart Mill, Hettner, Villa-

ri, el historiador italiano, y otros personajes de tercero y cuarto orden acerca de los cuales se ejercita en graciosas observaciones su fino humor escandinavo y su conocimiento de las humanas flaquezas. Es el triste año de 1871. En una de las cartas de Broechner a Brandes hay estas frases sobre el triunfo de los alemanes en el año terrible: "Y la raza que triunfa es la representativa del reverso de toda civilización y cultura, el bruto poder que esclaviza la inteligencia y supedita sus obras para hacer retroceder la libertad y poner en lugar de ella la brujería y las supersticiones de la Edad Media." Estas palabras íntimas en boca de un hombre de ciencia, de un filósofo dado a los más profundos estudios de lógica y de metafísica, representan más que otra cosa el estado de espíritu creado en los países del norte por la soberanía de la intolerancia.

Al regresar de su viaje de observación y de estudios, Brandes se sentía preparado para entrar a la lucha. La voracidad de su inteligencia en la adquisición de conocimientos se hace presente en las frases con que describe sus primeras visitas a ese repertorio de la ciencia y de la humana curiosidad que es la biblioteca del Museo Británico, modestamente llamado por los ingleses "cuarto de lectura". Describe en su diario como las horas más felices de su vida, aquéllas que pasó en Londres satisfaciendo anhelos de saber que la biblioteca nacional de su país, con medio millón de volúmenes, no había podido colmar.

Ya había escrito obras de pensamiento, como el *Estudio sobre la estética de Taine*, y formó el propósito de dar conferencias libres sobre "la literatura de Europa en el siglo XIX representada en sus principales corrientes". Tal es el título de los discursos pronunciados ante un auditorio numeroso y atento que buscaba y encontraba en las palabras del conferenciante el origen de los males que afectaban la vida danesa y la explicación de cuánto era remota la posibilidad de curarlos.

De esas conferencias, que conmovieron reciamente la contextura intelectual de Dinamarca, Brandes hizo un libro en seis volúmenes con el título de que se ha hecho mención. Ese título ha sido abreviado por la avidez de los lectores y críticos, y hoy la obra es conocida con el nombre de las *Corrientes*. Del danés la obra pasó en la traducción alemana a conocimiento del público europeo. Algunos tomos fueron traducidos por el mismo Brandes

al alemán, otros circulaban por el mundo en ediciones pirateadas por hábiles tudescos en el negocio de librería. Con esta obra el nombre de su autor vino a ser símbolo de autoridad en la crítica literaria de Europa. Pronto pasó del alemán al inglés y en tal idioma se difundió por todo el mundo. El título de la obra da una idea completa e inteligente de sus propósitos. La literatura de un país no es una vegetación aislada, originaria exclusivamente de su suelo y sin nexos con la vida intelectual y la obra pensante de otros países. El pensamiento humano es de apariencias homogéneas en sus más elevadas manifestaciones; hay una especie de corrientes telúricas que ponen en contacto a unas inteligencias con otras, al través de enormes distancias, en el tiempo y en el espacio. Las ideas a que se debe la aparición de obras semejantes entre sí en comarcas distantes unas de otras, sin contacto intelectual entre ellas, parecen hacer su rumbo espiritualmente como las semillas de algunos vegetales en el pico de las aves o en las corrientes del aire. Brandes nos muestra en su obra capital el nacimiento y la difusión de las ideas literarias y las formas en que éstas van envueltas como un drama grandioso, en seis actos, de una movilidad apasionante. Empieza por caracterizar a los franceses que les dieron salida a sus pensamientos en tierra extraña a fines del siglo XVIII y principios del XIX. Es el tomo sobre la *Literatura de los emigrantes*, análisis de vigor y luminosidad fascinadores. En el segundo acto, de título *La reacción en Francia*, analiza la tendencia demoledora de los dos espíritus predominantes en la época, De Maistre y De Bonald, y prepara el escenario de los actos siguientes en que los actores del "romanticismo alemán", las obras insuperables de los "románticos franceses", la "literatura naturalista" de la Gran Bretaña y la actividad variada, graciosa, sentimental o lánguida de la "joven Alemania", van llenando alternativamente las tablas del mundial escenario. La época se prestaba magníficamente para una presentación escénica de los grandes movimientos estudiados por Brandes en su obra de más vasto significado. Los hombres de ese período portentoso y abigarrado tuvieron o quisieron tener vidas caracterizadamente dramáticas. Rousseau, enfermo de manía persecutoria, es un personaje de drama pasional y de análisis; Chateaubriand, Byron, Shelley, llenan el mundo con sus hechos, con sus fastuosos amores, con el ritmo y el pensamiento angustiado de sus obras; De Bonald y De Maistre hacen

llegar a los espectadores el zapateo del coturno antes de mostrarse en el tablado; Beyle se atormenta con sus cogitaciones y lanza al escenario paradojas como dardos; Musset ostenta sus desengaños como un lisiado sus dolencias. Hay gentes discretas como Merimée, que odian la publicidad y desprecian la idea de entregarle a un mundo indiferente o suspicaz la intimidad de sus sentimientos. Su actitud le da variedad a la escena y al andar del drama. Personajes de natural hosco, de inteligencia maligna, fabulosamente equipada por nacimiento y por estudio para conocer al hombre y lastimarlo sin herirlo, tales como Sainte-Beuve, llenan su fin en este drama de la pasión, de la vida intensa y del análisis. No hay que esconder la verdad de que mirada de ciertos ángulos la obra es defectuosa y por necesidad incompleta, pero no había entonces ni se ha hecho hasta hoy trabajo en su clase de tantos alcances, que encierre en tan poco espacio las facetas más importantes de un período de vida intelectual sin émulo en la historia del pensamiento moderno. Enumeraciones frías, catálogos parecidos a un bostezo, historias desarticuladas de éste y de otros períodos y aun del ciclo entero de la literatura de todos los tiempos, hay por docenas y aún han de escribirse muchos. De los existentes ninguno tiene la fascinación y la vitalidad palpitante y cálida de esta obra que no sólo enseña y entretiene sino que apasiona, haciendo ver la vida en aspectos de interés sorprendente.

Las ideas políticas de Brandes, su concepto de la vida, le hacían imposible ganarse el sustento en Dinamarca. En alguno de sus escritos pinta con frases de dolor comunicativo la amargura de quien se siente no solamente incomprendido sino odiado en su patria. Por su parte él sentía desdén suficiente por la mayor parte de las gentes que dirigían la opinión en general, que imponían su gusto en literatura y arte y su voluntad en el gobierno; situación doblemente penosa para un ser de sensibilidad aguda que amaba a su patria con pasión reflexiva y sin reservas mentales. Sus páginas sobre el sentimiento nacional, sobre los caracteres específicos del alma danesa, conmueven por su delicadeza, por su profundidad y exactitud.

Por los años de 1880 tuvo la idea de trasladarse a Berlín, para adquirir dominio absoluto del idioma alemán y ganarse la vida escribiendo en esa lengua. El ambiente le fué propicio; *Berliner Tageblatt* publicaba semanalmente un artículo y la *Deutsche*

Bundschau daba de cuando en cuando ensayos o estudios literarios de Brandes. Fué en esta revista donde el autor del presente escrito vió por primera vez el nombre de Brandes al pie de un sagaz, iluminado y desprevenido análisis de la obra de Emilio Zola. De sus estudios de esa época se formó el tomo *Menschen und Werke*, publicado en 1894, con estudios sobre los personajes literarios que llenaban el ambiente de esa hora, aunque ya hubieran muerto, con el rumor creado por sus obras y sus ideas. Allí está el estudio sobre Zola, un delicioso análisis de la obra de Jacobsen, el primer trabajo serio y concienzudo sobre Federico Nietzsche, conjunto de conferencias leídas en Copenhague, con las cuales empezó a romperse la capa de hielo que los profesores alemanes habían soplado con académica consagración alrededor de su nombre. A Brandes le debió Nietzsche el principio de su fama y a Brandes importa que acudamos para comprender la tenacidad con que el ambiente de la filosofía alemana opuso resistencia a uno de los más claros y más profundos pensadores del último cuarto del siglo XIX, cuya actividad mental influyó no solamente sobre el rumbo de los espíritus sino también sobre los recursos y la índole de la lengua alemana.

No hay espacio para mencionar toda la obra literaria de Brandes y acaso no sea necesario. Los dieciocho tomos en cuarto mayor de que ella se compone son como un diario de la vida espiritual de Europa desde 1875 hasta la muerte del autor en 1927. Conocía Brandes casi todas las lenguas cultas de Europa y escribía con desembarazo en dos o tres, a más de la propia. Llegó a señorear el alemán hasta escribir, como se ha dicho, para diarios y revistas de la mayor competencia como textos de lengua; pero su amor se concentraba en la lengua danesa, su idioma nativo, en cuyas hermosas propiedades de claridad, elegancia y fastuosa hospitalidad ponía todas sus complacencias. Preguntado alguna vez sobre cuáles eran las mejores obras suyas publicadas en alemán, respondió: "Si desea usted saber lo que soy y puedo hacer como escritor, lea mis libros en danés."

No se daría, sin embargo, una idea de la estructura mental de Brandes si no se mencionaran a lo menos algunas de sus últimas obras. Es natural que el crítico interesado en la descripción de los estados de espíritu de un escritor, según se lo muestran las obras del personaje estudiado, gire hacia los estudios biográficos.

De la representación de las *Corrientes literarias* Brandes hizo rumbo a las monografías de cierta extensión, algunas de valor psicológico incomparable como los estudios sobre Ibsen y Turgueniev, y de estos análisis evolucionó hacia las biografías minuciosas que sin disminuir el personaje principal sirven para dar una idea completa de la cultura y las peculiaridades de toda una época. *Julio César* es la exhibición de la vida romana en todos sus aspectos en los dos siglos anteriores al cristianismo; *William Shakespeare* no es sólo una biografía literaria: es la historia de la civilización en Inglaterra mientras duró en ese escenario el autor de *Hamlet*; *Miguel Angel* es el Renacimiento; *Voltaire*, el siglo XVIII en sus aspectos de mayor significado y de fuerza expansiva del espíritu.

Como en muchos hombres de su época, los estudios estéticos condujeron de la mano e insensiblemente a Jorge Brandes hacia los estudios sociales. No es difícil explicar los motivos de esa desviación o cambio de ruta. La injusticia predominante en los aspectos de la vida moderna tiñe de fealdad repulsiva la historia contemporánea. Al hombre que estudia los orígenes, los aspectos de lo bello y su influencia sobre las obras y actividades del individuo, la fealdad de la injusticia suscita en su organismo pensante reacciones hondas y duraderas. Ruskin pasó de la extática contemplación de la belleza al estudio de las desigualdades y miserias sociales. En un nivel no tan elevado, Faguet, disector de ideas y retratista de figuras literarias proceras, acabó por entregarse a la contemplación de las verdades eternas que plantea el problema social. En Brandes la injusticia, la crueldad, la competencia brutal de que está llena la historia pasada y actual de las naciones, movieron en los últimos días su pluma para analizar los conflictos internacionales. En el plácido recodo no escaso de amenazas que fué Dinamarca, en la guerra de 1914, Brandes usó de su gran serenidad, de su conocimiento de los países beligerantes, para explicar los orígenes de la lucha sin escatimarle a ninguno de ellos la responsabilidad en el enorme crimen colectivo de cuyas consecuencias no se ha repuesto el mundo ni se repondrá en muchos años. Escribió durante la guerra una serie de reflexiones sobre las causas del oscuro delito, publicadas luego con el nombre de *Guerra mundial* (*Verdenskrig*), y durante las tentativas frustráneas de organización de la paz discurrió desapasionadamente y proféticamente acerca de las torcidas vías y falaces procedimientos de que

se estaba haciendo uso para mantener en el mundo la intranquilidad y el odio. En *Tragoedien's anden Del* (*Segunda parte de la tragedia*) recogió esos artículos que en un mundo menos obcecado pudieran haber servido de guía para los responsables. Allí pronostica Brandes la liga de Alemania, Italia y el Japón más o menos en las formas en que ha venido a efectuarse.

En su obra de crítico el autor de las *Corrientes* no es sistemático ni intransigente. La base de sus indagaciones es una absoluta libertad de pensamiento. Ni critica para enseñar y menos para corregir. En toda su obra no hay un solo trabajo destinado a demoler libros o reputaciones ajenas. Lo insignificante, aunque haya tenido admiradores, no lo tienta sino como fenómeno social. Lo feo, detestable, lo impuro, lo artificioso, lo dejan indiferente. Sigue el consejo de Renan: "On ne doit parler que de ce qu'on aime." Rehuye los sistemas. Para su espíritu de analista un libro es el producto de una inteligencia. En el libro se encuentran los datos necesarios para determinar las cualidades del talento, del carácter a que debe su origen. La historia y la biografía nos suministran apenas datos para saber que hubo un comediante y autor de dramas que tuvo por nombre Guillermo Shakespeare. Pero, dice Brandes, nos dejó treinta y seis o treinta y siete dramas, ciento cincuenta y tantos sonetos, varios poemas. Con ellos basta para enterarnos de la vida de este hombre singular y prodigioso. No sólo en la obra de un autor se pueden encontrar detalles para levantar la estatua de su personalidad literaria. Donde falta el documento, las anécdotas pueden suministrar elementos utilísimos de investigación. La anécdota puede no tener fundamento histórico. Su valor depende de que haya circulado realmente en vida del autor, haya o no logrado pasar por verdadera entre los contemporáneos. El hecho de que haya sido propalada en su tiempo, aunque carezca de verdad histórica, ilumina la hora, por el hecho solo de haber circulado.

Sin embargo, no son estas obras de investigación y conjetura las más significativas en el total de la enorme producción de Brandes. El análisis ejercido sobre algunos contemporáneos arrebata por sus cualidades de penetración y dominio del sujeto. El estudio sobre Zola, cuyos procedimientos de exagerado realismo asustaron a una generación y comprometieron la responsabilidad de la siguiente, empieza demostrando que todo el tinglado de al-

gunas de sus novelas es de corte clásico, salida que nada tiene de humorística para quienes lean desprevenidamente las páginas de *La faute de l'Abbé Mouret* o todo el contenido de *Rêve* o de *Une page d'amour*. Dice Brandes: "El pesimismo obra en el esfuerzo artístico de Zola, en exacta concordancia con su tendencia a describir lo auténticamente, lo fundamentalmente humano; simplifica y reduce." Ahora, describir lo ordinario, lo general, lo abstracto; simplificar, reducir, eran los procedimientos vitales del arte y la literatura clásicos.

Brandes fué de nacimiento un esfuerzo imperioso de la naturaleza para crear una inteligencia capaz de entenderlo todo. No se escapó al talento literario de esta criatura privilegiada ninguna de las manifestaciones del arte en época tan rica de sensibilidad y refinamientos como el siglo XIX. Sintió y expresó con dolor en la angustiosa mañana del siglo XX los preliminares de graves conflictos. Lanzó el último suspiro en 1927, llena el alma de las amarguras en que se debatía el mundo en esos instantes de crisis preparatorios del drama que él había diseñado en una de sus últimas obras. El haber nacido en un país de población reducida y dominado por el fanatismo religioso en gran parte del siglo de su nacimiento, le cerró por mucho tiempo las avenidas de la celebridad. Con todo, su nombre había conquistado fama y honores al cerrar el siglo XIX. Rusia, Polonia, Inglaterra, América, le invitaban a difundir por medio de conferencias la riqueza ideológica de su mente y el tesoro de sus emociones frente a las grandes obras y a los grandes errores del hombre.

RESEÑAS

EMILIO BALLAGAS, *Mapa de la poesía negra americana*.—Buenos Aires. Edit. Pleamar., 1946. 324 pp.

Es ésta la más completa y selecta antología de la rica e interesantísima poesía a que está consagrada. Además de casi todos los países hispanoparlantes de América, figuran autores de Estados Unidos y una muestra del Brasil. Asimismo, poesías de motivo negro escritas por españoles (Lope de Vega, Simón Aguado, Góngora, Unamuno, García Lorca, Alberti).

Este *Mapa* pone frente a nuestros ojos la alegría, la tristeza, la lucha, la gracia, la psicología integral del negro, expresada en el sortilegio poético. Valorando todo lo que significa, no sólo como esfuerzo de búsqueda, sino también como criterio selectivo, un único reproche podríamos hacerle, y es que el Brasil no está representado con la necesaria amplitud, pues recordamos que Raúl Bopp, Murillo Araujo y R. Camargo Guarnieri —entre otros— han escrito excelentes poemas negros. Pero, si la actual poesía brasileña es desconocida en el Plata, ¿no es lógico que en Cuba —donde esta antología fué organizada— haya tan gran dificultad en obtener esos poemas?

El admirable prólogo que Ballagas ha escrito para su obra, constituye una óptima iniciación en la lectura de esta "suma de poesía afroamericana, cuyo rasgo más distintivo es el de ser un arte de relación, poesía negra con referencia blanca, o poesía de blancos referida al negro y a su peculiaridad americana", en la que figuran, entre otros, los estadunidenses W. Whitman, Langston Hughes; los mexicanos José Juan Tablada y Sor Juana Inés de la Cruz; los centroamericanos Demetrio Korsi, Darío y Max Jiménez; un grupo muy nutrido de cubanos del siglo XIX y de la época actual; los dominicanos Manuel del Cabral y Tomás Hernán-

dez Franco; los haitianos Pierre Moraviah Morpeau, Jacques Roumain, Oswald Durand y Louis Borno; los venezolanos Manuel F. Rugeles, Eloy Blanco y Rodríguez Cárdenas; los ecuatorianos Abel Romeo Castillo, Carrera Andrade y Adalberto Ortiz; los uruguayos Ildefonso Pereda Valdés y Gastón Figueira; los argentinos José Hernández, Luis Cané, Blomberg ... Y Puerto Rico, Colombia, Jamaica y la Guayana francesa.

Dos palabras acerca del antologista: Emilio Ballagas, conocido sobre todo por sus poemas negros —que lo ubican junto a Guillén, pese a todos sus rasgos diferenciales— es igualmente auténtico en sus otros poemas, de un subjetivismo denso y sutil, tales como *Júbilo y fuga* (en cuyo prólogo afirma Marinello que fué Juan Ramón Jiménez quien trajo los ángeles a la poesía contemporánea), *Elegía sin nombre*, *Sabor eterno*, *Nocturno y elegía*, *Nuestra Señora del Mar*, obras —casi todas— de edición limitada, *hors commerce*, editadas con exquisita pulcritud. Es asimismo un ensayista de depurada cultura, como lo demuestran sus páginas acerca de los movimientos literarios de vanguardia, de Tagore, del goguismo.

* * *

José Miguel Ferrer, *La sombra nace en el cielo.*—Caracas, Ediciones "Nuestro Mapa", 1945. 32 pp.

El poeta que en 1939 se inició con su poemario *Cuarta dimensión* y que logró tan significativos elogios por sus *Cantos para fareros y navegantes*, nos da ahora estas estrofas que él mismo denomina de "testamento de guerra para labriegos y soldados".

¿Poesía de lucha? ¡Sí! El remanso suntuoso y necesario que es el lirismo preciosista de nuestros días (y que se expresa, sobre todo, en el soneto), ese remanso no puede significar un pantano definitivo. El agua viva y torrencial debe continuar su viaje. La poesía ardorosa y combativa que tan anchurosamente se expandió en los días de fuego de la revolución española, esa poesía plural y fermental, no puede detenerse, en nuestros días inciertos y heroicos. Ella debe ser eso mismo que este poeta venezolano refleja en su canto: "la eterna flor ardiente y navegante que del cielo nos llama, redentora del hombre; la estrella, rosa nutrida por el bóreas, coral que alumbra el mundo con sangre arborescente; gramínea teñida con sangre de soldados, desplegando en las estepas sus banderas perdidas". Porque —como tan hondamente lo afirma José Miguel Fe-

rrer— "el hombre, bajo el fuete del anticristo es una fruta que da simientes para los libres pájaros, mientras pasa la ráfaga maldita que apaga surtidores y devora arcoiris e infantiles canciones y sueños que son hélices llevando al cielo un lirio".

Para decir su verdad poética y humana, Ferrer no recurre a ningún énfasis. Su palabra está libre de todo tono discursivo, mortal para la auténtica poesía. Su canto, de majestuosos alejandrinos sin rima, posee la gravedad, el ímpetu, la torrencialidad necesarios a su propio momento creativo, a su propia búsqueda. No faltan, entre esa gravedad, entre ese ímpetu y entre esa torrencialidad, pausas de fina ternura. Este "testamento de guerra para labriegos y soldados" es, asimismo —y el poeta lo reconoce—, "testamento de profeta a los niños nacidos en la hora del cañón, y con ellos verá un día el cielo, país de los arcángeles que dejan en la tierra su condena sin gloria".

Una poesía de esta naturaleza orillaría las zonas del panfleto si no estuviera desbrozada de todo prosaísmo y si no se internara en aquel mundo en que la emoción y la imaginación dicen su música esencial. La poesía de este libro es, en definitiva, agónica, recordando —al usar ese epíteto— la advertencia de Unamuno: "agónico, es decir, que lucha, que lucha contra la vida y contra la muerte".

* * *

LEDO IVO, *As imaginações*.—Rio de Janeiro. Edit. Pongetti, 1944. 112 pp.

Con éste su primer libro, Ledo Ivo se incorpora —en plena juventud— al grupo de los poetas brasileños de verdadera jerarquía, de significativo valor. La mejor manera de dar la tónica de su lirismo experimental es, sin duda, traducir una de sus páginas. He aquí, por ejemplo, su "Cantiga":

> Fué mi amiga quien gritó en la sombra
> el día en que nací.
> Fué mi enemiga quien gritó en la sombra
> durante mi muerte.
> Era el 18 de febrero de 1924
> y yo acababa de nacer.
> Porque yo acababa de nacer, una rosa
> se abrió en París, otra en Viena;
> pero una tercera no se abrió.

Murió conmigo. Era lo principal.
Fué mi amor quien gritó en la sombra
el día en que nací.
Después fueron las mudanzas y los aprendizajes.
Yo estaba muerto; pero andaba y hablaba
y amaba y dormía y moría.
Yo estaba muerto, pero podía morir.
Fué mi muerte quien gritó en la sombra
durante mi vida.

Ledo Ivo cultiva, con el mismo instinto musical, el verso libre y las formas clásicas (romance y soneto, sobre todo). Su lirismo rebelde, bellamente desordenado, se expresa más cabalmente —a nuestro gusto— en los ritmos que él mismo crea. Sin embargo, ¡qué gracia y qué pureza en aquel romance de "El encuentro"!:

Mi encuentro con Rilke,
siempre en algún lugar.
Un preludio de muerte
en mi despertar,
y la voz de Rainer
para yo gritar.
Mi encuentro con Rilke
en Worsepe o en el mar,
nunca en este país,
siempre en algún lugar.

Quizá la melancólica ironía de Carlos Drummond de Andrade se refleje en alguna estrofa de este libro. Pero ahí vemos, sobre todo, una hermandad temperamental, con notables diferencias expresionales. Ledo Ivo no tiene, en general, el admirable poder de síntesis de Drummond de Andrade (que firma poemas de tres, dos y hasta un solo verso). Pero el nuevo poeta posee una imaginación muy viva, muy rica, que ilumina el secreto poético. En verdad, puede afirmar, con el verso de Rimbaud que ha puesto a manera de epígrafe de *As Imaginações*: "Je suis maître en fantasmagories".

Los poemas de más anchurosa belleza son, en este libro, los que dedica a Adriana, en quien simboliza, entre otras cosas, "la patria de la poesía". A ella regala esos extensos poemas en verso libre que se titulan: "Adriana y la Poesía", "Justificación del poeta", "Poema de la desaparecida", "Descubrimiento de Adriana", "Balada de la desesperación subyugada" y ese alucinante "Poema de Adriana", que Ledo Ivo dedica a Jorge de Lima.

De esa "suite" de invocaciones a Adriana, dejaremos aquí una muestra, fragmento del poema que describe a Adriana durmiendo:

Una sonata célebre huyó de un concierto con un suspiro de Adriana.
Los desembargadores sacáronse el sombrero, porque pensaron en Adriana
durmiendo.
Ella reposaba y entonces cajas de música enloquecieron inexplicablemente
y las amadas de los poetas se cubrieron misteriosamente de neblina.
Desaparecieron temporales y naves antiguas huyeron de los viejos libros
de historias infantiles y despertaron en los puertos soñados.
Un trapecista creyó ver a Adriana con los brazos biertos tentándolo en el aire
y se precipitó irremediablemente en el vacío.
El Presidente de la República decretó feriado porque Adriana estaba durmiendo
siendo revocadas las disposiciones contrarias.
Países en guerra concordaron en treguas indeterminadas
para que las batallas no perturbasen el sueño de Adriana
que algún tiempo después despertó dulcemente y descubrió no estar como antes
del descanso,
pues Cristo había desapropiado su grande poesía
para que perteneciese a todos los hombres y a todos los mágicos.

Los versos finales de "Justificación del poeta" merecen ser traducidos:

El tiempo no existe en el alma del poeta.
Todo es universal y abarca todos los tiempos.
Los poetas, padre, son las manos de Dios escribiendo los poemas del mundo
inseguro.
No importa, padre, que digan que soy loco,
que lloro inclinado en los puentes, que me conmuevo en los teatros,
que pregunto por la obscura Adriana cuando la madrugada baja
en silencio,
en silencio.
Los poetas son los pianos del mundo
sólo ellos tendrán la noción de la agonía del mundo.
Ayer un niño fué despedazado por una bomba,
mañana se encontrarán poemas en el bolsillo del suicida soñador,
y mientras tanto los guinches trabajan incansablemente día y noche
y los operarios fatigan brazos y piernas.
Ninguna oscilación habrá en la poesía,
ella quedará en equilibrio, porque los ritmos la amparan
y Adriana nunca se prostituyó.

A esta misteriosa y obsesionante Adriana, le grita Ledo Ivo su "Poema de la desaparecida":

Adriana, devuélveme a la desaparecida. Yo la escondí en una isla y la robaste
pues nada pasa inadvertido para tu espíritu.
No me tortures con la ausencia de la desaparecida,
no la quieras sustituir por tus senos omnipresentes.
Adriana, intuición de la poesía, yo quiero a la desaparecida;
la busqué por todas partes y fué en vano. Fuí a Londres, y allí los bombardeos
hacían imposible distinguirla en el corazón de las brumas.
Ciertamente, no la ahogaste en el Támesis, ciertamente no la suprimiste.
Fuí a París y habías hurtado el Sena.
Adriana, devuélveme a la desaparecida. Ella era rival de tus senos y la
eliminaste de mis ojos.
Sin embargo, mi poesía de hoy ausente y viva,
¿dónde está? ¿en qué lugar la encontraré?

Esta Adriana, "ciudadana del mundo", "música y paisaje, rosa de los grandes vientos", "voz que atiende a los S.O.S.", "ritmo ilimitado", es "la amada del niño Ledo Ivo", quien la explica así: Adriana: tiene la A de amor, la D de demonio, la R de rayo, la I de intimidad, la A nuevamente de amor porque siempre de ausencia, la N de novia, nubes, niebla o nunca, porque siempre A todavía de amor, de ausencia, por la primera vez de angustia. Y vuelve a describirla, a explicarla: Adriana tiene la A de Adriático, la D de drama o de dolor, la R de río o remo, la I de inquietud o isla, la A de amor, por la primera vez de angustia, la N de nave, navegación o nunca, la A siempre de amor, sin jamás proseguir.

Estos poemas que Ledo Ivo grita a Adriana, están plenos de fermentos emocionales y su mágica realidad, su patetismo, su fuerza, su ternura, su caos, su delicadeza crean un mundo de alta poesía. El poeta "no quiere a Adriana aprisionada por la métrica, la busca libre, con su poderoso imán, con su presencia que detiene los relojes, para que la hora de ella desordene todas las horas". Y nos dice: "¡Todo es Adriana, Poesía de la Poesía!" Y a ella así susurra: "Adriana, soy adrianamente tuyo. Cada letra de tu nombre es una palabra de amor, el cielo, el mar, los campos, los pececillos del mar, el tormento todo es tuyo. Fué tu presencia quien hizo descender sobre mí esta luz que es como la claridad de Dios, el beso del cielo en la faz manchada de sudor y llanto de los hombres."

Poeta-niño, con el deslumbramiento de su apostolado, clama en el silencio del hogar: "¡Soy poeta, padre mío! ¡Mamá, lo que tu hijo representa, son dieciocho años de poesía, de profunda poesía! Mis hermanos y amigos, Ledo Ivo es poeta."

Esta conciencia de su destino no es, sin embargo, puro goce y asombro. La imagen del dolor se enrosca en ella, como un ofidio rutilante. Y frente a Adriana, el poeta dice su estremecimiento: "Me ahogo en ti como en un grande mar. Adriana, razón absoluta de mi existencia, estás en mí como en un campo poblado de incendios. Soy tu esclavo, amada; siervo de tus cabellos rubios que desordenan el equilibrio de las mañanas." Y aun sabiéndose esclavo de ella, le dice su sed de defenderla: "Duerme en mi cuerpo, Adriana, duerme en mi cuerpo que te protege y posee meridianos hipnotizados por la geografía del amor."

Ya, al descubrir a Adriana, le había dicho: "Soy realmente tu sombra y tu prodigio, un gesto de tu mano será la señal para que se aproximen las músicas. Mi vida depende de la poesía, mi patria. Me suicidaré si me destierran."

* * *

PAULINA MEDEIROS, *Fronda sumergida*.—Montevideo, Biblioteca "Alfar", 1945. 56 pp.

Densa y sutil, la poesía de esta uruguaya se aparta de toda música fácil, de todo elemento decorativo, en una búsqueda tenaz, límpida y honestísima, de ese mundo onírico que tan bien responde a su sensibilidad.

Hay nobles hallazgos en esta obra que posee una rara unidad, de una emoción austera, llegando a su plenitud —para nuestro gusto— en "Calle de otoño", "Pasa sobre mi frente", "Ruego", "Presencia", "Dama de piedra", páginas alquitaradas, de esencia dramática casi siempre; a veces, de una gracia inocente; siempre de intensa verdad poética.

Verdad poética, realidad mágica, aire abierto a la fantasía, pero no ajeno a este duro y bello mundo de nuestras luchas y de nuestra terca esperanza. *Fronda sumergida* hace evocarnos la definición de la poesía moderna, emitida por Arturo Rivas Sainz: "materia fluída, voluble e imprevisible como la incolora neblina de un ansia indefinida. Materia que no es siempre la misma para todos. Intangible aun en los signos que la prenden. Allí el espíritu, desatado de la atracción de las palabras, se cierne taumaturgo".

* * *

GABRIELA MISTRAL, *Ternura*.—Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1945. 190 pp.

Un corazón todo estremecido por la bondad telúrica y la bondad celeste: Gabriela Mistral. Su palabra de amor y de fraternidad, fina y fuerte a la vez, tiene un valor altísimo, más que nunca en esta hora de reconstrucción y de esperanzas. Ella nos viene a probar, con la claridad de su arte apostólico, que no es cierto que "el hombre es el lobo del hombre". Nos trae la certidumbre del proceso humano, siempre hacia planos de superioridad. Las pausas en el camino —y aun los momentáneos retrocesos— no cuentan en la marcha, cuando se va acercando a nosotros esa "ancha luz" de una de sus páginas más intensas.

Si nos adentramos en su lirismo, comprobamos cómo, siendo tan americana —y muy a menudo, tan chilena—, es siempre un espíritu universal por la vibración humana, generosísima, de su obra toda. Por eso le son tan familiares la tierra y la ternura de los seres que la pueblan. Desde el niño que en el juego busca expresar su sed de belleza, hasta el oscuro labriego entregando al surco las semillas que encierran el milagro de las frondas de música, encuentran en su corazón un eco igual al que le inspira el misterio de la noche constelada. Ese sentido místico que sabe darle a la vida, es su arte y su felicidad. De él nace su obra y en él se inspiran sus actos, su dicha de saberse unida a la tierra pródiga, hermanada a la tierra bella en todos sus aspectos, comprensiva y buena, en la que "son ternura, palabras de amor, la florecilla blanca y el guijarro de color", como tan bellamente afirma en una de sus "lecturas espirituales" de sus días chilenos, cuando aún no había salido a ver el rostro multicolor del mundo, pero ya presentía la infatigable magnanimidad de todo lo que Dios ha creado.

Para conocer y amar cabalmente el espíritu y el lirismo de Gabriela, no hay que concretarse a sus poemas. Ellos son como la clave milagrosa, como la verde puerta de la selva. Detrás está la riqueza infinita, la prolongación llena siempre de unidad y de prodigalidad, en su perfecta armonía generosísima.

He aquí su libro para los niños y para los que llevamos ya la *saudade* de nuestra infancia. He aquí, junto a nuevos poemas, las rondas que corean todas las escuelas de América, las canciones de cuna que las madres

entonan en la montaña y en el valle, en el apartamiento del rascacielo y en la choza junto al mar. He aquí las deliciosas "jugarretas", la "desvariadora", la "cuenta-mundo". Y los poemas que Gabriela califica de "casi escolares", y los cuentos. He aquí esta atmósfera tan celeste y tan terrena. Y la gracilidad de un tono folklórico, pero depurado, bruñido por la afinación del arte.

A propósito: quien compare muchos poemas tal como aparecen aquí, con las versiones anteriores, podrá comprobar —en las correcciones tan numerosas como sutiles— el espíritu de superación, de claridad e intensidad que dirige la recreación de muchas expresiones e imágenes. Las ocho páginas que Gabriela ha escrito expresamente para esta edición y que titula de "colofón con aire de excusa", son reflejos de ejemplar sinceridad, de orgullosa humildad, y, asimismo, toda una sabrosa y fina lección acerca de lo que es la verdadera poesía para los niños.

* * *

TOBÍAS ROSENGERG, *La serpiente en la medicina y en el folklore*.—Buenos Aires, Edic. del Tridente, 1946. 110 pp.

Es esta una obra sumamente interesante, sobre todo por la riqueza de su información, bien ordenada y documentada. Su título nos exime de explicar su tema central. Agreguemos que ese tema está tratado de una manera exhaustiva, dentro de un estilo ágil y sintético.

La figura básica de este estudio aparece enfocada en sus relaciones con la terapéutica aborigen popular americana, así como en el relato de numerosas creencias y supersticiones a que la serpiente ha dado motivo, ya en el viejo como en el nuevo mundo, así en épocas lejanísimas, esfumadas en la neblina del tiempo, como en otras vinculadas a la vida gauchesca.

Es singularmente destacable el último capítulo de esta obra, en el que, en cincuenta frases breves, aparece resumida toda la tradición popular referente a la serpiente, tradición tan imaginativa como aguda.

Este libro, de agradable edición económica, está bien ilustrado y luce un conceptuoso prólogo que firma Félix Molina Téllez.

GASTÓN FIGUEIRA

ERNESTO MEJÍA SÁNCHEZ, *Romances y corridos nicaragüenses.*—México, Imprenta Universitaria, 1946. 123 pp.

La colección de *Romances y corridos nicaragüenses* que Ernesto Mejía Sánchez nos ofrece en pulcra edición de la Universidad Nacional, es de primera importancia para los estudiosos del folklore.

Esta obra, a diferencia de otras colecciones de literatura popular en las cuales el autor pule y perfecciona su material, posee la rara virtud del respeto a los textos; y la santidad del texto es factor indispensable para cualquier estudio serio en la rama del folklore científico. Mejía Sánchez siempre acompaña sus versiones de datos acerca de quién las recogió y de la región en que fueron colectadas; importante lo primero, por el factor personal, y lo segundo indispensable para conocer la distribución geográfica y la línea migratoria de ciertos motivos de narración tradicional.

La clasificación de los romances y corridos es particularmente acertada y hacemos hincapié en lo beneficioso que es tener distintas versiones de un mismo trozo de literatura popular, como es el caso de "La amiga de Bernal Francés" o "La canción del garrobo" en la presente colección.

El prólogo tiene valor por sí mismo, ilustrando de manera somera, pero precisa, la tradición del romance español en América, su transformación en corrido, y los temas más frecuentes o más antiguos en la poesía popular nicaragüense.

La notación musical a la mayoría de los romances y corridos y las referencias bibliográficas, son otras tantas muestras del método riguroso usado por el autor de esta interesante colección.

Esperamos que pronto aparezca la colección de "120 corridos mexicanos" que Mejía Sánchez tiene en preparación, para una editorial argentina; obra que, como la que reseñamos, es no sólo interesante para el lector no especializado, sino indispensable para subsecuentes estudios de clasificación de nuestras tradiciones.

MARÍA DE LOS ANGELES MORENO ENRÍQUEZ

La familia de Sor Juana Inés de la Cruz. Documentos inéditos. Introducción y notas de Guillermo Ramírez España. Prólogo de Alfonso Méndez Plancarte.—México, Imprenta Universitaria, 1947. XLVI, 118 pp.

Pocos biógrafos de Sor Juana, quien murió en 1695, han citado sus fuentes de información, y sólo a partir de 1900 se han publicado algunos documentos relativos a su vida. González Obregón incluyó aquel año, en su *México viejo*, un facsímile del asiento escrito en el Libro de Profesiones del Convento de San Jerónimo cuando hizo sus votos finales; en 1929 Dorothy Schons publicó sus *Nuevos datos para la biografía de Sor Juana*, obra que es parte del resultado de sus investigaciones en los archivos españoles, y cinco años después, *Algunos parientes de Sor Juana.*

Quien esto escribe publicó en 1947 [1] el testamento que la monja hizo antes de profesar, así como la "donación" en que su madre, pocos días después, le cedió una esclava. A tales publicaciones siguió en breve esta nutrida colección de treinta y un documentos relativos a la familia de Sor Juana. Figuran entre ellos testamentos, certificados de matrimonio y de defunción, declaraciones —una de Sor Juana—, y las actas de profesión de algunas parientas suyas que fueron también monjas de la misma orden. El testamento de su madre aparece en facsímile, así como algunos autógrafos y las páginas más interesantes de otros documentos. Un árbol genealógico —que Ramírez España formó— establece la ascendencia de Sor Juana, a partir de su abuelo, que vino de Sanlúcar de Barrameda, y llega hasta la undécima generación. Los documentos fueron descubiertos, en su mayoría, en los archivos de la Arquidiócesis de México, que forman ahora parte del Archivo General de la Nación; algunos estaban en los archivos de la Catedral, otros en el Archivo de Notarías, y unos cuantos fueron exhumados de entre los papeles familiares del compilador, descendiente de una de las hermanas de la poetisa.

El más importante documento personal es el testamento de Isabel Ramírez, pues revela que ésta, aunque madre de seis hijos, nunca estuvo casada. Tres de sus hijos, inclusive Juana, procedían, según aquélla, de Pedro de Asbaje y Vargas (sobre quien no arroja el libro nueva luz);

1. *Cuatro documentos relativos a Sor Juana.* México, Imprenta Universitaria, 1947. Los originales en el Archivo de Notarías, en México.

los otros tres, entre los que se contaba el único varón, eran hijos de Diego Ruiz Lozano, un labrador casado que vivía no lejos de la casa de Isabel, en las inmediaciones de Amecameca, provincia de Chalco. La aparente contradicción entre estos datos y las declaraciones de Juana, así en su testamento como en su acta de profesión, de ser "hija legítima", puede explicarse, según el compilador, por el hecho de que su padre reconocería a los hijos de alguna manera; conducta que, dentro de las leyes españolas, pudo justificar la aseveración de Sor Juana. No debe, sin embargo, pasarse por alto que, en la "donación" a Juana, su madre se llama a sí misma "viuda" de Pedro de Asbaje, "mi esposo", y declara a Juana su "hija legítima", contradicciones que todavía reclaman una explicación satisfactoria.

También se recogen en esos documentos algunos detalles de otros parientes. Los seis hermanos parecen haberse estimado unos a otros, así como Ruiz Lozano a sus hijos ilegítimos, a quienes tanto él como su esposa legaron sus bienes. Dorothy Schons había indicado ya que una de ellas, Inés, casó con José Miguel de Torres, secretario de la Universidad de México; su hijo le sucedió en el cargo. Los hijos de Josefa María de Asbaje fueron acogidos en el seno de la familia de Francisco de Villena, notario de la ciudad de México, quien los educó, les dió su nombre e hizo de ellos sus herederos. También fué pariente de la poetisa, José Antonio de Alzate, el sabio mexicano del siglo XVIII.

Estos documentos merecen, pues, ser cuidadosamente estudiados por quienes se interesan seriamente en conocer la vida de la más grande poetisa de Hispanoamérica, y debe felicitarse al compilador por su descubrimiento, y a la Universidad Nacional de México, por la publicación de esta obra.

LOTA M. SPELL,
Austin, Texas.

JOSÉ MARTÍ, *Obras completas.*—Edición conmemorativa del cincuentenario de su muerte. Prólogo y síntesis biográfica por Isidro Méndez. La Habana, Editorial Lex, 1946. XXXI, 2162 y XVI, 2063 pp.

En dos volúmenes que constituyen una hazaña editorial, por la impresión nítida y la calidad del papel (siguiéndose los pasos de alguna de las ediciones realizadas por M. Aguilar en Madrid), se reúne escru-

pulosamente la producción del escritor impar que tuvo, como pocos de los hombres extraordinarios de América, el privilegio de hacer historia y dejar gran parte de ella escrita. En el primer volumen aparecen la carta-testamento literario de Martí, que ha servido de norma para la edición; y luego se han subdividido en cuatro partes sus escritos, agrupándolos bajo las siguientes denominaciones: Patria e independencia; Letras, Educación y Pintura (crítica y didáctica), Norteamericanos y Escenas norteamericanas. En seguida van el índice de materias formulado por Rafael Marquina y los índices onomástico y geográfico realizados por Mariano Sánchez Roca.

Ambos volúmenes —que serán de capital importancia para quienes ahondan en la obra martiana y la siguen a través de los países americanos por donde el Maestro iba aventando al voleo sus mágicas semillas—, advienen como dignísimo homenaje que se le rinde cuando aún vibran las resonancias del cincuentenario de su muerte en 1945. Después del prólogo encomendado al señor Méndez —uno de los escritores que más han estudiado la vida y la obra de Martí—, figuran páginas entresacadas de las obras de varios escritores que se han interesado en la divulgación del pensamiento martiano o que contribuyeron con especiales comentarios que solicitó de ellos el año anterior la revista *Cuadernos Americanos* de esta capital: Enrique José Varona, Jorge Mañach, Fernando Ortiz, Alfonso Reyes, Emeterio S. Santovenia, Juan Marinello, Gonzalo de Quesada y Miranda, Alfonso Hernández Catá, Félix Lizaso, Carlos Márquez Sterling, Luis Rodríguez Embil, José María Capo, Benjamín Jarnés, Camilo Carrancá y Trujillo, Juan Larrea y Andrés Iduarte.

En este volumen se hallan concatenados, en armoniosa integración, todos los escritos del prócer, comenzando con el que publicó en Madrid en 1861 con el título de "El presidio político en Cuba".

No estará mal insistir en la singular importancia de esta obra, para la historia de las ideas políticas y del pensamiento literario de la América española. Debe también tributarse un aplauso cálido al doctor Mariano Sánchez Roca, Director de la Editorial Lex, de La Habana, por esta hazaña que pone en sitio encumbrado a las artes gráficas cubanas.

RAFAEL HELIODORO VALLE

F. DE IBARZÁBAL, *Derelictos y otros cuentos*.—La Habana, Editorial Hermes, s. f. 152 pp.

Interesantísimos son los cuentos de esta colección del señor de Ibarzábal — cuentos realistas, la mayor parte dibujos vivos de la vida. Una de sus características más salientes es su intensa virilidad; el mundo que retrata es un mundo masculino; en todas estas páginas no hay más que dos o tres mujeres que aparecen como sombras en el fondo.

En muchos de los cuentos prevalece una nota irónica — la ironía del destino que se burla de los hombres. Hay que leer, por ejemplo, cómo se burla del náufrago ("Derelictos") que, cuando en el horizonte aparece un barco, mata a su compañero (socio suyo) para quedar como único dueño de las riquezas que resultarán de un vasto negocio recién proyectado; cómo se burla del tímido y desesperado estudiante de ingeniería ("El hombre bien vestido"), el cual, para echar a andar una invención suya, entra en una casa con el intento de robar y de restituir, después, la suma que se llevara; y sobre todo, cómo se burla de la gente pobre ("Gente pobre") que sigue siendo pobre.

Muy conmovedores son "El último viaje" y "Ventanas azules", que relatan la tragedia de dos vidas humildes; uno, la de un pobre carpintero cuya mujer le es infiel; el otro, la de un contramaestre despedido por la compañía naviera donde por tantos años había prestado sus servicios.

Muy distinto de estos cuentos realistas es el último del libro ("El único lugar sobre la tierra"), cuento fantástico (figuran en él Dios Nuestro Señor y sus apóstoles), en que se burla de sus compatriotas el escritor cubano.

Todos los personajes están muy bien delineados; a menudo, con poquísimas palabras. He aquí, por ejemplo, el boceto de los cuatro marineros en "La mortal aventura de Bin-Dink": "Eran cuatro hombres que algún día dieron fama al puerto. Ya cansados, como las marinas gaviotas o los propios veleros en reposo, un día plegaron sus velas y anclaron en ese rincón de su existencia —el recuerdo— como viejos bergantines desmantelados".

El libro abunda en expresiones sugestivas y originales, como "La casa queda vacía. Vacía como un discurso diplomático".

Y las descripciones son vívidas y concisas, como ésta de una callejuela por la noche: "En el saco azul de la noche caen las estrellas ama-

rillas. El campo está felpudo y húmedo como una toalla de baño. Las casas, inclinadas unas sobre otras, se cuentan confidencias mudas, mientras en las alcobas gimen ascos habituales. La callejuela, irrisoria como un chiste, siente cruzar el viento, que pasa sobre los árboles como un cepillo y los deja desempolvados y nuevos".

En verdad, son muy intensos estos cuentos, tanto por su estilo como por su contenido.

CLOTILDE M. WILSON,
University of Washington, Seattle.

MEMORIA

OF THE SECOND INTERNATIONAL CONGRESS OF PROFESSORS OF IBERO-AMERICAN LITERATURE

An excellent collection of studies in Latin American Literature and Philology which contains contributions by many of the most distinguished scholars in the field from Latin America, Spain, and the United States. Only a limited number of copies are available.

A volume of more than 400 pages ..... $ 3.50

OTHER BOOKS ON HISPANIC SUBJECTS

Grandes novelistas de la América Hispana, with detailed biographical, critical material, and analyses of their works, by Arturo Torres-Rioseco, Professor of Spanish American Literature in the University of California ..... (cloth) 3.50

La Novela en la América Hispana, by Arturo Torres-Rioseco ..... (paper) 0.75

Don Carlos de Sigüenza y Góngora, a Mexican Savant of the Seventeenth Century, by Irving A. Leonard ..... (paper) 2.75

Spain's Declining Power in South America, the years 1730-1806, by Bernard Moses ..... (cloth) 3.00

The Civilization of the Americas, by Simpson, Beals, Priestley, Alsberg, González, Fitzgibbon ... (paper) 1.00

Essays in Pan-American, by Joseph B. Lockey .. (cloth) 2.00

Beside the River Sar: Selections from *En las Orillas del Sar* by Rosalía de Castro, translated by S. G. Morley ..... (cloth) 1.50

Sonnets and Poems of Anthero De Quental, translated by S. G. Morley ..... (cloth) 1.50

Studies in the Administration of the Indians of New Spain, by L. B. Simpson ..... Vol. I & II 1.50
Vol. III 1.75
Vol. IV In Press

AND OTHERS. WRITE FOR LIST.

ORDERS SHOULD BE SENT TO THE BERKELEY OFFICE

The University of California Press
Berkeley and Los Angeles, California

NUEVO PRECIO DE NUMEROS ATRASADOS

DE LA

REVISTA IBEROAMERICANA

Por el aumento de suscritores que solicitan los primeros números de REVISTA IBEROAMERICANA y la demanda constante de los mismos, por parte de instituciones y particulares que desean tener sus colecciones completas, se hallan a punto de agotarse los números atrasados, que previsoramente se conservaban.

En vista de ello, el Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana se ha visto obligado a aumentar el precio de esos números atrasados de la REVISTA, órgano del mismo.

Los precios fijados, por ahora, a los cuatro primeros números, son los siguientes (en dólares):

Número	Estados Unidos	Otros países
1	2.75	2.25
2 y 3	2.50	2.00
4	2.00	1.50
5 y siguientes	1.50	1.00

Como es fácil advertir por dichos precios, en la venta de esos números atrasados se hacen concesiones análogas a aquellas de que disfrutan los suscritores de la REVISTA IBEROAMERICANA, fuera de los Estados Unidos.

Pedidos a:

MARTIN E. ERICKSON

Louisiana State University. Baton Rouge, Louisiana.

Just Published

Repaso

LECTURA • GRAMÁTICA • CONVERSACIÓN

By DONALD D. WALSH

This new text by Donald Walsh presents the essential materials for comprehensive grammar review. As in the case of the author's *Introductory Spanish*, this book is distinguished by its compactness and by the logic and clarity of its exposition. It is a comparatively easy text, devoted to the treatment of fundamentals and sufficiently concise to be covered in a single semester.

Repaso contains fifteen lessons, three review lessons, and a comprehensive review. Each lesson includes a Spanish text, a grammar review, a generous number of exercises for oral drill, and a series of English sentences for translation into Spanish. The grammar review is compact and elementary, one or more important grammatical points being discussed in each lesson. The Spanish texts present a continued story that will appeal to young people of college age.

185 pages *Price, $ 1.95*

An Outstanding Success

Introductory Spanish

READING • WRITING • SPEAKING

By DONALD D. WALSH

Introductory Spanish is now firmly established as an outstanding text in its field. Over 200 colleges and universities have adopted this popular book. A few of the most recent adoptions: Stanford University, Columbia University, University of Akron, Iowa State College, Michigan State College, University of Rochester, Oregon State College, University of Minnesota.

224 pages *Price, $ 1.95*

W • W • NORTON & COMPANY • INC •

101 FIFTH AVENUE NEW YORK 3, NEW YORK

PUBLICACIONES
del
INSTITUTO INTERNACIONAL DE LITERATURA IBEROAMERICANA

BIBLIOTECA DE CLÁSICOS DE AMÉRICA

Constituirá no sólo una selección de autores y de obras iberoamericanas, sino también una historia de la literatura iberoamericana, en cien tomos. En cada tomo, la selección literaria irá acompañada de un estudio biográfico y crítico, notas explicativas y bibliografía.

Se han publicado los siguientes tomos:

	Estados Unidos	Otros países
	—	—
I. *Antología poética*, de Manuel González-Prada	2.50 Dls.	2.00 Dls.
II. *Prosas y versos*, de José Asunción Silva	2.00 „	1.50 „
III. *Cuentos*, de Horacio Quiroga . . .	2.50 „	2.00 „
IV. *Flor de tradiciones*, de Ricardo Palma	2.50 „	2.00 „
V. *Don Catrín de la Fachenda*, de J. Joaquín Fernández de Lizardi . . .	2.50 „	2.00 „

COLECCIÓN LITERARIA, SERIES A Y B

Amplia y verdadera antología de la poesía iberoamericana contemporánea, editada por Carlos García-Prada. Se publica en dos series. La Serie A es parte integrante de la REVISTA IBEROAMERICANA, órgano del *Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana*. La Serie B se publicará en cuadernos separados. Todas las selecciones irán acompañadas de estudios y noticias biográficas y bibliográficas.

De la Serie A se han publicado:

	Estados Unidos	Otros países
	—	—
I. *15 poemas*, de Porfirio Barba Jacob .	.50 Dls.	.40 Dls.
II. *16 poemas*, de León de Greiff . .	.50 „	.40 „
III. *42 poemas*, de Luis C. López . . .	.50 „	.40 „
IV. *17 poemas*, de Julio Vicuña Cifuentes	.50 „	.40 „
V. *35 poemas*, de Rafael Arévalo Martínez	.50 „	.40 „
VI. *36 poemas* de autores brasileños . .	.50 „	.40 „
VII. 22 *poemas*, de Arturo Torres-Rioseco	.50 „	.40 „

Pedidos a:

MARTIN E. ERICKSON

Louisiana State University. Baton Rouge, Louisiana.

A Golden-Age Play . . .

LA VILLANA DE VALLECAS

Comedia famosa
de TIRSO DE MOLINA

Another notable Heath college text — one of the few of its type available to American students. Rich in the peasant element in which Tirso excelled, and sparkling with witty repartee, it is an interesting introduction to this important Spanish writer of the seventeenth century. Introduction, notes, and vocabulary by SHERMAN W. BROWN, of Knox College. $1.68

D. C. HEATH AND COMPANY

BOSTON NEW YORK CHICAGO ATLANTA
SAN FRANCISCO DALLAS LONDON

A New PORTUGUESE text for the end of the first or the beginning of the second year.

Erico Veríssimo's
GATO PRÊTO EM CAMPO DE NEVE

Edited with notes and complete vocabulary by Lloyd Kasten and Claude E. Leroy of the University of Wisconsin. *This fascinating account by Brazil's most popular novelist of his trip to the United States is delightful reading for all students of Portuguese. The author's interesting contrast between our way of life and that of the Brazilians is one of the many striking features of* Gato Prêto.

HOLT New York • Chicago • San Francisco

THE SPANISH AND PORTUGUESE TEACHERS' JOURNAL

HISPANIA

Established 1917.

AURELIO M. ESPINOSA, *Editor 1917-1926;*
ALFRED COESTER, *Editor 1927-1941*

Published by the American Association of Teachers of Spanish and Portuguese.

Editor, HENRY GRATTAN DOYLE, The George Washington University, Washington, D. C.

Associate Editors, WILLIAM BERRIEN, MICHAEL S. DONLAN, AURELIO M. ESPINOSA, JR., E. HERMAN HESPELT, EDDIE RUTH HUTTON, MARJORIE JOHNSTON, WALTER T. PHILLIPS, STEPHEN L. PITCHER, FLORENCE HALL SENDER.

Advertising Manager, DONALD, D. WALSH, The Choate School. Wallingford, Connecticut.

HISPANIA appears four times a year, in February, May, October, and December. Subscription (including membership in the Association), $2.00 a year; foreign countries, 40 cents additional for postage. Each number contains practical and scholarly articles for teachers of Spanish and Portuguese, including helpful hints for teachers new to the field. A sample copy will be sent on request to the Secretary-Treasurer of the Association. Addres subscriptions and inquiries about membership to: GRAYDON S. DeLAND, *Secretary-Treasurer*, American Association of Teachers of Spanish and Portuguese, Denison University, Granville, Ohio.

HISPANIA is an ideal medium through which to reach the organized Spanish and Portuguese teachers of the United Satates. For advertising rates, address the *Business Manager*.

Articles, news notes, and books for review should be addressed to the *Editor*.

A LA UNIDAD
POR LA CULTURA

AMERICA

HABANA, CUBA
DIRECCION
Y ADMINISTRACION
Paseo de Martí 116
TELEFS.: M-9665
M-3700

REVISTA DE LA ASOCIACION DE ESCRITORES Y ARTISTAS AMERICANOS

PRECIO DE SUSCRIPCION $2.00 DOLARES

An Anthology of Spanish American LITERATURE

Hespelt • Leonard • Reid • Crow • Englekirk

138 adoptions last year

Complete in one volume, 824 pp., $5.00
In two volumes, each $3.00

and

An Outline History of Spanish American Literature

Companion volume by the same authors, 192 pp., $1.75

APPLETON-CENTURY-CROFTS, INC.
Crofts Division: 101 Fifth Ave., New York 3, N. Y.

LIBRERIA "CERVANTES" DE JULIO SUAREZ

Lavalle, 558 Buenos Aires

LIBROS ANTIGUOS Y MODERNOS, RAROS Y CURIOSOS, REFERENTES A LA AMERICA DEL SUR

Sección especial al servicio de NOVEDADES (Historia, Literatura, Derecho, Ciencias y Artes) en las condiciones más ventajosas

Unica agencia de la REVISTA IBEROAMERICANA, en la Argentina

OLD AND RARE LATIN AMERICAN BOOKS

FRANZ C. FEGER

17 E. 22 Street

NEW YORK 10, N. Y.

Castro, Américo: España en su historia. B. A., Losada, 1948 ..... $11.00

Laín Entralgo, Pedro: La generación del noventa y ocho. Madrid, 1945 ..... 3.50

Rodríguez Marín, don Francisco: Estudios Cervantinos. Madrid, 1947 ..... 8.25

The ANTOLOGIA POETICA of MANUEL GONZALEZ PRADA, first in the series CLASSICS OF LATIN AMERICA to be published under the auspices of the International Institute of Ibero-American Literature, is now for sale at $2.50.

The anthology contains nearly 400 pages, is beautifully printed, carries an excellent introduction and many notes by Carlos García-Prada, and is to date the finest single volume representing the works of the famous Peruvian master.

COPIES ARE LIMITED, SO PLEASE PLACE ORDERS AT ONCE WITH MARTIN E. ERICKSON, LOUISIANA STATE UNIVERSITY, BATON ROUGE, LA.

OBRAS POSTUMAS DE GONZALEZ-PRADA

Trozos de vida (1933) — Poemas	$ 1 00
Bajo el oprobio (1933) — Panfleto contra las tiranías militares en América Latina	0 75
Baladas peruanas (1935) — Poemas	0 50
Anarquía (1936) — Artículos sociales	0 50
Nuevas páginas libres (1937) — Ensayos	0 75
Grafitos (1937) — Epigramas	1 25
Figuras y figurones (1938) — Artículos políticos	0 75
Libertarias (1938) — Poemas	1 00
Propaganda y ataque (1939) — Artículos religiosos y políticos	0 75
Baladas (1939) — Poemas	1 50

De venta en

LA PRENSA, 245 Canal Street, New York.

Para remitir por correo, por cada libro.... 15 centavos

„ „ C. O. D. „ „ „ .... 25 „

No envíe dinero suelto por correo. — Use cheque o giro postal.

THE INTER-AMERICAN MONTHLY

A new publication devoted to reporting and interpreting life in the Americas. Edited by John I. B. McCulloch, former editor of Pan American News and The Inter-American Quarterly — and incorporating both publications.

The Inter-American Monthly is an invaluable source of timely information on politics, headline personalities, art, music, literature, trade and finance, education — comprehensive, authoritative, and realistic.

Free sample copy on request.

Subscription rates: 3 years — $7, 2 years — $5, 1 year — $3.

Special rates for classroom use.

THE INTER-AMERICAN MONTHLY

1200 National Press Bldg. Washington, D. C.

TULANE UNIVERSITY, colocada estratégicamente en la ciudad de New Orleans, se interesa vitalmente en el desarrollo de una fraternidad más cordial entre las Américas, y por medio de su departamento de español y su Instituto de Middle American Research trabaja hacia este fin. La Universidad saluda al Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana como a una organización dedicada al mismo ideal, según se lee en su lema: A LA FRATERNIDAD POR LA CULTURA.

THE TULANE UNIVERSITY OF LOUISIANA

New Orleans

NOTICE TO MEMBERS

PLEASE patronize our advertisers and thus contribute to the financial support of your institute. Our advertisers have splendid collections of Latin American books at prices no higher than you would pay elsewhere. When ordering from them, please mention the *REVISTA*.

THANK YOU

NUEVA REVISTA DE FILOLOGIA HISPANICA

Director:
Amado Alonso

Nápoles, 5
MEXICO, D. F.

REPERTORIO AMERICANO

Semanario de Cultura Hispánica

Director:
Joaquín García Monge

APARTADO LETRA X
S. JOSE DE COSTA RICA

Revista Nacional de Cultura

Directora:
Elisa Elvira Zuloaga

Ministerio de Educación Nacional

CARACAS, VENEZUELA

ATENEA

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes

Directores:
Enrique Molina
y Domingo Melfi

Secretario:
Félix Armando Núñez

Mutual de la Armada y Ejército
SANTIAGO DE CHILE

HISPANIC REVIEW

A Quarterly Journal Devoted to Research in the Hispanic Languages and Literatures

Editors: M. Romera-Navarro and Otis H. Green

Published by
The University of Pennsylvania Press, Philadelphia 4, Penn., U. S. A.

Subscription price: $ 4.00 a year; single issue, $ 1.25

IMPRENTA UNIVERSITARIA DE MEXICO